

Selección RNR



Mientras
te miraba

ISABELLA MARÍN



Comedia romántica

Mientras te miraba

Isabella Marín



1.ª edición: mayo, 2017

© 2017 by Isabella Marín

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-738-2

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Portadilla

Créditos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Epílogo

Promoción

Capítulo 1

Damon Wilde era un *hacker*. No un *hacker* cualquiera, como aquellos que se colaban en los correos electrónicos de los demás y leían las patéticas cartas que estos pretendían enviar a sus ex parejas (aunque nunca se atrevían a hacerlo y acababan borrándolas en el último instante). No, Damon Wilde era la clase de *hacker* que accedía a los ordenadores del Pentágono, de la CIA y de la Casa Blanca, y burlaba el sistema solo por maliciosa diversión.

Por supuesto, nadie habría adivinado aquello al ver al exitoso empresario bajarse de su deportivo negro marca Porsche. Wilde, con las gafas de sol colocadas encima de su recta y aristocrática nariz, se detuvo durante unos segundos delante de la impresionante torre de cristal oscuro, en cuya entrada se podía leer en letras color plata Wilde Industries. Estaba manteniendo una breve conversación telefónica con un importante jeque de las arenas, que tenía gran interés en cerrar un trato con las empresas Wilde. La conversación fue, verdaderamente, muy breve. Damon era hombre de pocas palabras. Y bastante ácidas, además.

—Puedes coger tus ciento cuarenta millones y métértelos por tu desértico culo —bramó antes de colgar, hecho que dejó al ilustre déspota boquiabierto al otro lado del teléfono.

El *Soltero de Oro*, según lo apodaba la prensa sensacionalista, vestía un traje gris plomo creado por el maestro italiano William Fioravanti, por el cual había tenido que pagar la friolera de veintidós mil dólares. Pero ¿qué importancia tenía eso cuando era el dueño de medio Manhattan? El imperio que Wilde había creado de la nada se extendía por toda la Quinta Avenida y contaba con joyerías, boutiques de lujo, agencias inmobiliarias, clubs nocturnos y restaurantes, aparte de la corporación Wilde Industries. Esta última se dedicaba, exclusivamente, a fabricar dispositivos tecnológicos (también conocidos como armas de destrucción masiva), que el gobierno

usaba, supuestamente, en su lucha contra el terrorismo.

Damon había perdido a sus padres cuando solo tenía cinco años. Un grupo terrorista había tomado, a base de pistolas y metralletas, un pequeño centro comercial de Boston. Mataron a todo el mundo sin la más mínima compasión. El pequeño Damon fue el único superviviente de la masacre. Nadie se explicaba cómo. Quizá porque estuvo escondido en alguna parte.

Cuando lo encontraron los agentes del FBI, estaba lleno de sangre y abrazado al cadáver de su madre. Tras envolverlo en una manta, lo llevaron a una ambulancia para que fuera examinado tanto por los médicos, como por los psicólogos del equipo de intervención. Damon no parecía tener ni un rasguño. Sus traumas no eran visibles. Lo único que pudieron notar los sanitarios fue que el niño no lloraba, ni parecía asustado, sino todo lo contrario. Apretaba los dientes y no dejaba de repetir una y otra vez «los aplastaré, los aplastaré, los aplastaré».

Damon nunca más lloró. Ni una sola vez. Llorar era cosa de débiles. Él aplastaba cada vez que necesitaba expresar su tristeza.

A la edad de quince años creó su primera arma, un misil nuclear completa y absolutamente indetectable. Los rusos habían conseguido construir algo similar en la segunda mitad de los noventa, el mortífero misil de fibra de carbono que la OTAN conocía por el nombre de Sickel-B, pero la más preciada posesión del Kremlin solo era *difícil* de detectar, mientras que la tecnología del adolescente americano era indetectable. Nadie entendía por qué los satélites DSP¹ no conseguían ver el dispositivo, y Wilde se negaba a desvelar sus secretos.

A los dieciséis, abandonó el instituto y empezó a crear armas para el gobierno. A los diecinueve, la revista Forbes lo catalogó como el más influyente adolescente millonario. Ahora, tras haber cumplido los treinta y seis años, la fortuna amasada y el poder que poseía sobre las vidas de los demás elevaban al pequeño huérfano de Boston al rango de dios.

Y así era como se sentía mientras el ascensor panorámico lo transportaba a la planta ochenta y siete de su edificio. Como si fuera Dios. En el fondo, se le

parecía bastante. Al fin y al cabo, Damon Wilde también controlaba la vida y la muerte. Lo único que tenía que hacer era chasquear los dedos para llevarse por delante a todo aquel que él considerara indigno de seguir viviendo. A lo largo de su vida había aplastado cientos de células terroristas. Sin pensárselo dos veces. Cada vez que era necesario, apartaba sus trajes de alta costura, se confundaba en el uniforme del ejército estadounidense y, sin tan siquiera pestañear, lanzaba sus aniquiladores misiles contra sus objetivos. Siempre sabía dónde había que apuntar y jamás vacilaba. Su rostro no registraba ninguna clase de emoción humana en esos momentos. No había pena ni compasión en su oscura mirada. Nunca tenía remordimientos ni experimentaba problemas de conciencia. Consideraba que estaba en su jodido derecho de aplastar a esas sucias cucarachas que, de haber seguido viviendo, en un futuro no muy lejano, habrían destrozado la vida de alguna familia inocente. Como habían destrozado a la suya.

Cuando el ascensor se detuvo en la última planta de la torre, donde se hallaba su santuario, el despacho desde donde creaba sus destructores juguetitos, Damon Wilde miró a través de los cristales cómo el mundo se abría delante de sus ojos. Era suyo. Todo cuanto le rodeaba era suyo. Sonrió con felina satisfacción antes de bajar. Tener un imperio lo era todo para él. Tal vez porque no tenía nada más a lo que agarrarse. Solo tenía un imperio y una misión.

Misery, su secretaria, se lanzó al ataque nada más verle. Wilde, por supuesto, no dejó de caminar. Nunca lo hacía, para desesperación de la pobre Misery, quien tenía que estar siempre corriendo a sus espaldas. Su media melena roja parecía un globo de fuego que viajaba a gran velocidad por los grises pasillos enmoquetados, persiguiendo al arrogante dios moreno. ¿Es que Wilde no sabía que las mujeres de sesenta años sufrían de artrosis? No, por lo visto, no tenía ni idea.

—A las nueve, reunión con el alcalde de Nueva York —dijo mientras levantaba la mirada de su agenda para no chocar con el mobiliario de oficina—. A las diez y cuarto, desayuno con el gobernador de California. A las once,

reunión con un productor de Warner Bros.

Wilde frenó en seco. Misery agradeció aquello. Con su metro cincuenta y cinco de estatura, y unos tacones de siete centímetros, era muy difícil seguirle el paso a ese gigante de metro noventa.

—¿Qué coño quiere la Warner? —quiso saber.

Misery miró ese ceño fruncido. Wilde era muy intimidante incluso sonriendo, pero frunciendo el ceño provocaba que a la pobre Misery le temblaran hasta las bragas. ¿Acaso se había equivocado ella al concederle una reunión a ese agradable jovencito de la Warner?

—Eh... hacer una película sobre usted.

—Negativo.

Wilde reanudó la marcha y Misery lo siguió de nuevo, resoplando a sus espaldas.

—Pero, señor...

—El mundo ya tiene a Stark y a Wayne. Yo no soy un superhéroe, ni hago el bien. Hacer el bien no es lo mío, Misery. Y ahora quiero que canceles todas mis reuniones y que nadie me moleste.

—Pero...

La mano en alto de su jefe hizo que la anciana Misery Blake cerrara sus arrugados labios, pintados de un rojo tan intenso como lo era aquella americana carísima que vestía y que el mismo Damon le había regalado para el día de la madre.

—¡Que *nadie* me moleste! —gruñó entre dientes, lo que quería decir que si *alguien* osaba hacerlo, las consecuencias serían apocalípticas.

La gruesa puerta del santuario de Damon se cerró en las narices de su secretaria. Esta entornó los ojos con exasperación, dio media vuelta y se dispuso a cumplir con las exigencias del señor, aunque se detuvo justo antes de empezar, solo para renegar entre dientes. Renegar despojaba a Misery del estrés que le causaba trabajar para el magnate de los misiles. De no haberlo conocido desde que era un crío, lo habría mandado al demonio muchos años

atrás. Pero le tenía demasiado cariño. Misery nunca se había casado y Damon era lo más cercano que tenía a un hijo. En el fondo, ella sabía que él, a pesar de sus rugidos, también la amaba como a una madre.

Al otro lado de la puerta, Damon corrió a su ordenador de trabajo y tecleó algo con rapidez. Un *hacker* amigo suyo le había dicho que la CIA, tras años de fracasada investigación, le había pasado el caso AngelusAngelus a una nueva agente, una tal Alice Montgomery. AngelusAngelus era un *hacker* que el gobierno había nombrado enemigo público número uno cinco años atrás. Nadie, ni siquiera su amigo el *hacker*, sabía que Angelus era él mismo.

A Wilde no le preocupaba la investigación, por supuesto. Como todo lo que él hacía, sus acciones delictivas eran indetectables. La prisa se debía a que *Moscas91* («¿¿Qué hacker en su sano juicio se haría llamar Moscas91??») había mencionado que la señorita Montgomery estaba como un tren. Damon era de la vieja escuela y consideraba que, para luchar contra un enemigo, antes había que conocerlo. Personalmente, si dicho enemigo estaba como un tren. Y él, desde luego, tenía mucho interés en conocer a la *madeimoselle*. Tanto, que se coló en su ordenador de trabajo y en el portátil de su casa en menos de cinco minutos.

Cuando estuvo dentro, y tras haber instalado un software que le permitía no solamente ver el interior de los ordenadores de la súper agente especial Alice Montgomery, sino encima acceder a todas sus *webcams* y espiarla, se reclinó en su silla de cuero negro, cuyo precio superaba cinco de los grandes.

—Angelus, eres un crack —se dijo a sí mismo, satisfecho.

—¡La puta madre que los parió a todos! —estalló Alice, lanzando una carpeta encima de su escritorio.

Damon no pudo reprimir una carcajada. La agente podía estar como un tren, pero sus modales dejaban mucho que desear.

Sin ser consciente de que había unos atentos ojos observándola con fascinante interés, Alice se pasó los dedos por la larga melena castaña, que caía en ondas sobre su espalda. Se cogió la cabeza entre las palmas, apoyó la

frente contra la mesa y expulsó el aire con irritación. Estaba extenuada. No había conciliado el sueño en toda la noche y los oscuros círculos que rodeaban su mirada desvelaban aquello.

Independientemente de su más que obvio cansancio, a Damon le pareció la criatura más hermosa que había visto en sus treinta y seis años de vida. No era en absoluto su tipo, él siempre salía con modelos despampanantes que solo comían zanahorias. La mesa de la agente estaba llena de envoltorios de Snickers. Uno, dos, tres, cuatro... ¡Por Dios bendito! ¿Es que a esa mujer no le preocupaba la celulitis?

El corazón de Damon dio un vuelco cuando Alice levantó de pronto la cabeza y sus ojos color café se clavaron en los suyos.

—¿Quién demonios eres, Angelus? —musitó entre dientes.

Él contuvo el aliento. Era como si ella estuviese hablándole a él. Sabía que no era así, no podía verlo ni saber que él estaba espiándola, pero su modo de mirar hacia la *webcam*... la intensidad de esa mirada había dejado a Damon sin aire. Incapaz de quitarle ojo, entrelazó los dedos de sus manos y apoyó sus perfilados labios contra los dedos índice. No pudo evitar pensar que sus manos dibujaban la forma de una pistola, y esa idea le hizo sonreír. Luego se preguntó de qué calibre sería la pistola de la agente y si esta sabía disparar bien. «Es de la CIA, cabeza de chorrito. Claro que sabe disparar bien. Y como sigas mirándola, te meterá una bala en el culo».

Sin embargo, no consiguió dejar de observarla. Había algo en aquella mujer que lo hechizaba.

—¿Alice?

Damon dejó de mirarla como un imbécil y desvió los ojos hacia ese hombre rubio, alto y corpulento, que estaba apoyado contra la puerta de Alice, ataviado con uno de aquellos trajes negros tan típicos entre los agentes del gobierno. Era David Kirby, un jefazo de la CIA, a quien Damon había estado fastidiando durante años por pura maldad. Antes de que le asignaran su caso a Alice, había sido el agente Kirby el encargado de perseguirle virtualmente.

Damon sonrió como un felino al recordar la frustración del agente cuando,

después de años y años de investigación, se había dado cuenta de que no podía hacer más que besarle su precioso e indetectable trasero, puesto que Angelus era más listo que todos los agentes de la CIA juntos. A continuación, apagó la sonrisa. La agente Montgomery, ¡SU agente Montgomery!, («¿¿Su agente?? ¿¿Qué coño estaba diciendo?!») rodeó el cuello de Kirby y lo besó apasionadamente.

—¡No! —le gritó con la voz llena de horror—. ¡Suelta a ese gilipollas! ¡Oh, no, Alice, no uses la lengua! —dijo asqueado, tapándose los ojos con las palmas.

Les habría lanzado algo a la cabeza con mucho gusto. Un barreño de agua fría, a ser posible, para acabar con la evidente erección de Kirby. Por desgracia, los poderes de un *hacker* no llegaban a tanto, así que se limitó a apretar los dientes y los puños. Tomó nota mental de infectar los ordenadores de Kirby con algún mortífero virus esa misma noche. Uno de aquellos que enviaba videos porno a los contactos de Outlook parecía la mejor opción. Sonrió ante la imagen de un atónito presidente de los Estados Unidos abriendo un correo urgente del agente Kirby, que en vez de secretos de estado contenía un video de enanos asiáticos. Se preguntó distraído dónde podía encontrar un video de enanos asiáticos follándose a alguien. Con un poquito de suerte, a alguna cabra. Tal vez así echaran de una puta vez a ese incompetente de Kirby, cuyos brazos estaban tocando... «¡Oh. Dios. Mío!»

—¡No le toques los pechos, so cabrón! —Cogió su cenicero y lo estrelló contra la chimenea, de pura mala hostia—. Está bien, capullo. ¿Quieres guerra?

Empezó a teclear frenéticamente. La cosa se había calentado tanto que, si no hacía algo rápido, los dos agentes echarían un polvo encima de la mesa. «Por el amor de Dios». Por mucho que a él le gustara la idea de ver desnuda a la apetitosa agente Montgomery, no estaba dispuesto a dejar que las sucias zarpas de Kirby la tocasen. Además, Kirby se acababa de sentar de espaldas a la cámara y lo que menos le apetecía a Damon esa mañana ¡era ver su peludo culo!

—¡Agente David Bradley Kirby, suelta muy despacio los pechos de la agente Montgomery y gírate hacia mí!

Los dos agentes se sobresaltaron al escuchar esa voz distorsionada. Ambos sacaron las pistolas deprisa («Mucho mejor») y miraron a su alrededor, confusos. Damon puso los ojos en blanco, exasperado por la incompetencia de Kirby. Alice era demasiado delicada y demasiado fascinante como para catalogarla de poco competente.

—Aquí, so gilipollas —le gritó a Kirby—. En el ordenador.

Kirby apretó los dientes mientras bajaba la pistola.

—Angelus.

—¡Agente Capullo! —exclamó Damon a modo de saludo—. ¡Cuánto tiempo sin vernos! Casi echaba de menos tu mueca de vinagre.

Alice giró la cabeza hacia su compañero, bruscamente.

—¿Angelus? ¿MI Angelus?

La satisfacción se apoderó del delgado rostro de Damon. Le complacía enormemente cualquier adjetivo posesivo que saliese de los sensuales labios de la agente Montgomery y que guardara relación con su persona.

—Hola, princesa. —Intentó poner voz de seductor, pero salió algo parecido a la voz de Darth Vader.

Maldijo ese puto modulador de voz. Por algún motivo, quería que ella lo encontrara atractivo. Y como no podía verlo, debería encontrar atractiva su voz. Pero acababa de fracasar. ¡Olímpicamente!

—¡No me llames así! —exigió ella con voz autoritaria.

Guapa y mandona. A Damon le gustaba cada vez más.

—Eres muy hermosa. Y tan delicada que pareces una princesa. Te mereces algo mejor que... Shrek.

Alice tendría que haberse cabreado. El tío acababa de llamar ogro a su prometido. Sin embargo, sus carnosos labios se curvaron en una sonrisa que fue incapaz de frenar a tiempo. Damon tampoco pudo evitar sonreír.

—Eso es, nena —musitó, mirándola absorto—. Sonríeme. Estás muy guapa

cuando sonrías.

Se tapó la boca al darse cuenta de que lo había dicho en voz alta. «¡Mierda!»

—¡Mantente alejado de mi prometida! —ladró Kirby, apuntándolo con su dedo índice.

El atractivo rostro de Damon se nubló. «¿Prometida? Por poco tiempo».

—¿O qué vas a hacer, agente Capullo? —preguntó con la voz teñida de burla.

—Cuando te encuentre, te juro que no volverás a ver la luz del sol en tu puta vida —amenazó con contundencia.

La esquina derecha de la boca de Damon se alzó en una media sonrisa. Kirby siempre amenazaba con privarle de la luz del astro rey. Como si la oscuridad tuviese algo de malo. Damon, personalmente, encontraba fascinante vivir entre las tinieblas.

—Suerte encontrándome, entonces. —Y apagó el micro.

—Llamaré a los técnicos para que revisen tu ordenador —informó Kirby—. Te ha instalado un software de espionaje, el muy hijo de puta.

—De eso nada.

Damon estaba a punto de cerrar la cámara, pero se detuvo al escuchar aquello. Alice alzó el rostro, frío e inexpresivo, hacia su compañero/amante/jefe/prometido. En efecto, parecía una agente de la CIA en ese momento.

—Yo le caigo bien. —«Más que bien, nena»—. Quiero interrogarlo.

Qué astuta. Damon sonrió de satisfacción. Mmmm, un interrogatorio con ella podía llegar a ser muy interesante. Ella preguntaría cosas, él preguntaría cosas... Sería como una primera cita, pero sin las copas. Sacudió la cabeza, indignado consigo mismo. Estaba desvariando. ¿Qué coño le pasaba? Tampoco era que Alice Montgomery fuese *miss* Mundo. De acuerdo, la mujer era alta, alrededor de un metro ochenta, esbelta, de rasgos delgados, esculturales, con unos altos pómulos y una sonrisa pícaro, pero él las había

visto infinitamente más guapas. Sacudió la cabeza de nuevo, rebatiendo sus propios argumentos. Más guapas, sí, pero ¿como ella? No. Ella era única. Eran sus ojos, nunca había visto unos ojos tan penetrantes. Había algo en ellos que hacía imposible dejar de mirarlos. Y sus labios. Tampoco podía dejar de mirar sus labios. Quería probarlos. Sentir su sabor. Recorrerlos con la punta de su lengua. ¿Le gustaría a ella? ¿La haría gemir? Seguro que sí. Alice ronronearía como un gatito entre sus brazos, y él sabría cómo darle placer. Y jamás la besaría con los ojos abiertos como ese gilipollas.

—Está bien —accedió al fin el agente Kirby, lo que hizo que Damon dejara de pensar en los labios de Alice y se centrara en su interrogatorio—. Estoy vigilándote, hijo de perra.

Damon encendió el micrófono y rio entre dientes.

—¿Quién vigila a quién, so gilipollas?

Kirby le hizo una peineta. Damon le dedicó una mueca de disgusto, pese a que era consciente de que Kirby no lo veía. Por él, podía besarle el trasero. Solo quería hablar un poco con la fascinante Alice.

—Señor Angelus —empezó ella en cuanto se quedaron solos.

«*¡Qué formal!*» Alice tomó asiento delante de él —es decir, del ordenador—, abrió su libreta y cruzó las manos por encima de la mesa. Damon se puso cómodo, con los pies encima del escritorio (que había pertenecido al penúltimo príncipe de Mónaco) y la espalda apoyada contra el respaldo de la silla.

—Como somos amigos, puedes llamarme Angel.

Ella, con gesto serio y profesional, enarcó una ceja.

—¿Por qué Angel? ¿Es usted religioso?

Damon soltó una risotada cargada de desprecio. Sí, claro. ¡Religioso! ¿Dónde coño estaba Dios cuando aquellos tipos disparaban cientos de balas y la sangre de los inocentes salpicaba las baldosas?

—Solo creo en mí mismo.

Ella apuntó algo en su libreta. Damon estiró el cuello, pero no pudo verlo.

Sabía que ella sujetaba la libreta de esa forma aposta, para impedirle ver sus notas. ¡Maldición! ¿Tal vez debería instalar un par de cámaras en su despacho? Solo para... ¿captarla desde todos los ángulos? Sacudió la cabeza para rechazar aquella idea. Eso era acoso. «¿Y esto qué coño es, Wilde? ¿A qué juegas con ella?».

—¿Qué has apuntado en la libreta?

Alice sonrió un poco. A Damon lo mataban sus sonrisas. Cuando se mantenía seria, lo hechizaba con la intensidad de su mirada, pero cada vez que sonreía Alice Montgomery se convertía en una mujer completa y absolutamente espectacular. Mirándola, él era incapaz de no contagiarse, y acabó sonriendo como un quinceañero enamorado.

—La curiosidad mató al gato, señor Angelus. ¿Nunca había oído eso?

—Es Angel. Y no se trata de curiosidad, sino de justicia.

Alice le dedicó una mirada que derritió gran parte de las neuronas de Damon. Gracias a Dios, le sobraban unas cuantas. Si no, aquello habría sido catastrófico.

—¿Justicia?

—Si tú vas a preguntarme cosas personales, ¿no te parece justo que yo pregunte lo que escribes sobre mí?

Alice se inclinó hacia delante, con ambos brazos apoyados sobre la mesa. Sus ojos se clavaron en los suyos y esa mirada color café atrajo a Damon como un imán.

—¿Y tú vas a contestar a las preguntas personales, Angel? —Esta vez su tono no era frío y profesional. Era cálido, como si estuviese hablándole a un viejo amigo.

Él esbozó una sonrisa pícaro.

—Todas, salvo una. La que yo elija.

Alice, torciendo los labios, cabeceó.

—Me parece bastante justo.

Giró la libreta hacia la cámara y él pudo leer: «El sujeto sufre de un

avanzado narcisismo que solo puede ser fruto de una infancia muy infeliz». Echó la cabeza hacia atrás y prorrumpió en carcajadas. Alice se mantuvo seria.

—¿Qué es lo que te divierte tanto, Angel?

—Que los psicólogos de Manhattan cobran a mil pavos la sesión y no llegan a esas conclusiones tan pronto. ¿Se te ha ocurrido alguna vez convertirte en psicóloga?

—Soy psicóloga —acotó ella con tranquilidad.

—Oh. Vaya. ¿Y qué haces en la CIA?

—Eh, ¿quién interroga a quién, listillo?

Damon se mordió el labio inferior y tuvo que darle la razón a ella.

—¿Por qué haces esto? —prosiguió Alice, mirándolo fijamente—. ¿Dinero?

—No, claro que no. O, al menos, ya no.

—Entonces, ¿por qué?

Encendió su mechero y estuvo jugueteando con él durante un tiempo, mientras reflexionaba.

—Diversión. Aburrimiento. Locura. ¿Quién sabe? —susurró distraído, contemplando con mirada vacía cómo la llama del mechero estaba abrasando la palma de su mano.

—¿Por qué no podemos detectarte?

«Soy demasiado bueno para vosotros».

—Soy un fantasma.

—Eso dicen. La semana pasada alguien burló nuestros sistemas de protección, entró en el ordenador del despacho oval y envió un *e-mail* firmado por el presidente y dirigido al general Colan, cancelando la orden de bombardear una base militar de Siria.

—¿Estás compartiendo conmigo secretos de estados, agente Montgomery? —se burló, mirando ausente cómo disminuía la llama de su mechero.

En unos instantes, aquella llama se apagaría igual que lo haría una vida

humana, así, de pronto, y contemplarla mientras se desvanecía en el aire le hacía recordar lo efímero que era todo cuanto lo rodeaba.

Alice puso los ojos en blanco.

—Me juego el puesto a que ya lo sabías, Angel.

Damon sonrió maliciosamente, alzó la mirada y buscó sus ojos. La llama acababa de morir. Estaba rodeado de muerte. Todo lo que él tocaba, moría. Era trágico, en el fondo. Pero mirar a Alice lo mejoraba, sin duda.

—Claro que lo sabía, Alice. Fui yo.

Alice exhaló. Qué fácil resultaba sacarle confesiones a aquel hombre. ¿Por qué no eran así de agradables los demás delincuentes?

—¿Por qué lo hiciste? —Su voz era un dulce susurro que le arrancó una sonrisilla tonta a Damon.

—Dijeron que la base pertenecía a un grupo terrorista —confesó en voz baja, casi ronca.

La ceja de Alice se alzó, interrogante.

—¿Y no era así?

—Nop. No tenía nada que ver con el terrorismo, sino con otros intereses de nuestros ilustres líderes. Así que los detuve a tiempo.

—¿Por?

«Porque no diseño los putos misiles para matar a inocentes».

—Estaba aburrido. Mi novia cortó conmigo y no tenía nada mejor que hacer.

Esa respuesta divirtió a Alice.

—¿Qué hiciste para que cortara contigo? —inquirió, consciente de que aquello no guardaba relación con el interrogatorio. Solo era morbosa curiosidad.

—Cepillarme a su hermana. Pero, para que conste, no sabía que eran parientes, así que no corras a anotar en tu libretita «fetichismo con hermanas» —le dijo sarcástico.

Alice no pudo contener la risa y explotó en carcajadas. Ese tío era muy

gracioso. Y le caía bien, pese a ser el delincuente más buscado por la CIA. Era de locos. ¡No podía caerle bien! Y, sin embargo, era incapaz de evitar encontrarlo simpático. Una sonrisa cruzó el rostro de Damon, como si hubiese escuchado los pensamientos de ella.

—¿Cuánto tiempo llevas con Shrek? —susurró en voz suave.

El brusco cambio de tema hizo parpadear a Alice. No tenía por qué contestar a eso, pero lo hizo.

—Desde la universidad.

—¿Diez años?

—¿Cómo sabes que tengo treinta años?

«He *hackeado* tu ficha mientras hablábamos».

—Soy adivino.

—Y muy gracioso.

Damon se inclinó hacia adelante, con repentino interés.

—¿Tú crees? Tal vez podrías salir conmigo y dejar a Shrek. Los hombres graciosos gustan a las mujeres, ¿verdad?

Alice, esforzándose por disimular la diversión, le lanzó una mirada de advertencia.

—No voy a dejar a *Shrek*. Voy a casarme con él dentro de dos meses.

«¡*Por encima de mi jodido cadáver!*»

—Sabotearé vuestra boda —anunció Damon con tranquilidad.

Ella soltó una carcajada.

—No habrá ordenadores.

—Pero puedo secuestrar al cura —repuso él, cruzado de brazos como un niño enfurruñado.

—Sí, pero yo te agradecería que no lo hicieses. Y como somos amigos, tú vas a complacerme.

Damon curvó los labios en una mueca de disgusto.

—No es justo abusar de nuestra amistad de este modo.

—La vida es injusta, Angel. Y volviendo a lo que nos preocupa, ¿cuál es tu siguiente golpe?

Podía agarrarse al comodín de la pregunta que no iba a contestar, pero no le daba la gana. Algunas veces era tan villano como el Joker. Disfrutaba creando caos.

—El siguiente lanzamiento de misiles. Si no tiene nada que ver con terrorismo, lo impediré por todos los medios. Así que, si quieres advertir a la Casa Blanca de ello, adelante, agente. Te invito a que lo hagas.

Alice sonrió con suficiencia.

—Dudo mucho que el general vuelva a hacerle caso a una orden que llegue por correo electrónico. Me sorprende que no lo hayan despedido por esa metedura de pata.

—Es igual. —La voz de Damon solo delataba su infinito desdén—. Diles que, si los lanzan contra *cualquier* otra cosa que no sea una base militar terrorista, desviaré sus misiles. Y como me toquen las narices, mi objetivo será la jodida residencia de verano del general.

Alice abrió la boca, estupefacta. ¿Era que un *hacker* podía piratear los misiles?

—Sí, princesa, puedo controlar los misiles, desviarlos y hacer básicamente lo que me dé la real gana con ellos —aclaró, con los ojos entornados.

«Porque los diseñé yo mismo».

—Se lo haré saber al presidente.

Él asintió con la cabeza.

—Me parece un buen plan, preciosa. —Desvió la mirada hacia su reloj, y carraspeó—. Me temo que nuestra cita debe acabar por ahora. Tengo que irme. Hay algo ilegal que necesito hacer.

—Angel... —susurró Alice, colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja.

Él se detuvo y la miró. Estaba guapísima. ¡Y estaba sonriéndole!

—¿Sí, princesa? —dijo en voz baja y cálida.

—Una última pregunta.

—Soy todo oídos.

—¿Cómo puedo encontrarte?

Damon la miró a los ojos durante un largo momento. No era la mirada pícaro y burlona que había estado manteniendo durante su interrogatorio, ni era tampoco prepotente. En sus ojos solo había ternura mientras la miraba. Sus gruesos labios le sonrieron un poco. Lamentó que ella no pudiera verlo en ese instante. Estaba convencido de que él le habría gustado.

—Yo te encontraré a ti, amor.

Esa era más bien una promesa. Luego, cortó la comunicación.

1 N.A.: Satélites espías de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, que detectan lanzamientos de misiles, naves espaciales y explosiones de armas nucleares.

Capítulo 2

Una semana de perros, eso era lo que había tendido Damon Wilde, llena de reuniones, entrevistas, discursos y cenas benéficas. ¡Cien mil dólares donados a una ONG que protegía a los gusanos de seda! ¿Qué coño le importaba a él la puta seda? Entonces, acudió a su mente la imagen de la agente Montgomery llevando un virginal camisón de seda blanca, y decidió que los gusanos se merecían no cien mil, sino doscientos mil. Rompió el primer cheque y luego firmó otro por el doble de cantidad antes de irse a casa ese viernes a las once de la noche.

Por norma general, Damon Wilde no se iba a casa un viernes por la noche. No solo, al menos. Pero en esta ocasión no le apetecía compañía. Quería cenar comida tailandesa y, tal vez, ver a Alice. Llevaba sin verla desde el lunes. Era casi molesto lo mucho que la echaba de menos.

Mientras su Porche trazaba las curvas, llamó a uno de sus restaurantes y encargó la cena. La *maître* se había sorprendido mucho cuando, al preguntar si era para dos o más, según la costumbre, él le había dicho que solo para uno. Él mismo estaba sorprendido a causa de su actitud. No sabía lo que estaba haciendo. Todo aquello era una locura. Pero era incapaz de sacarse esa mirada color café de la cabeza. Cada vez que había intentado distraerse con el trabajo, los intensos ojos de Alice habían interferido en su mente, y solo había podido verla a ella.

Entró por la puerta de su ático, sin detenerse ni un instante en contemplar la imagen de la ciudad a través de los ventanales que iban desde el techo hasta el suelo. Se dio una ducha rápida, se vistió con una camiseta blanca y un pantalón corto, y bajó al salón. Alguien, alguno de los cientos de empleados que tenía (posiblemente, miles; ignoraba la cifra exacta) había puesto la mesa y la comida encima de los platos. Cenó lo más rápido que le fue posible y, nada más acabar, corrió hacia su portátil. Con él en el regazo, se tumbó en el sofá.

Entonces, miró a Alice.

Ella estaba en una pequeña habitación, tumbada en la cama, con los pies en alto. Damon sonrió ante esa imagen. No parecía una temible agente de la CIA, sino una quinceañera soñadora. Estaba leyendo. Intentó ver el título del libro, para leerlo él también y poder hablar juntos de ello, pero no estaba visible. Encima de su barriga ronroneaba un gato persa de pelo largo, gris, que ella estaba acariciando. Como el ser excéntrico que era, Damon había tenido toda clase de extraños deseos a lo largo de su vida, pero nunca hasta aquel entonces había deseado ser un gato.

—Mefistófeles, deja de clavarme las uñas.

Damon soltó una carcajada. Conque Mefistófeles, ¿eh? ¿Y dónde estaba Shrek a todo aquello? ¿Por qué no estaba con su prometida y con Mefistófeles un viernes por la noche?

Alguien llamó al timbre. Damon hizo una mueca de disgusto. Si era Shrek, iba a apagar la *webcam*. No tenía ni la más mínima intención de verlos follar. Resopló aliviado al ver que solo era un repartidor de pizza. Bueno, al oírlo, porque desde su ángulo no podía ver la puerta. Alice volvió con la caja de pizza y se sentó encima de la cama, doblando las piernas por debajo del cuerpo. Iba a cenar sola. Eso conmovió a Damon. Era muy triste cenar solo. Él lo sabía.

—Me hubiese gustado cenar conmigo, nena —le susurró, sin encender el micrófono.

Sonrió cuando ella cogió un trozo de pizza, se lo llevó a la boca y le dio un buen mordisco. La miró con ternura, imaginándose cómo sería estar a su lado y tocarla. Aunque fuera durante un instante. Deslizaría los dedos por sus hombros desnudos y le bajaría los tirantes de aquella camiseta blanca que llevaba. Luego, se metería uno de sus pechos en la boca y lo succionaría despacio. Ella gemiría y se agarraría a sus fuertes brazos. Y entonces la besaría. Se aseguraría de besarla como nunca la habían besado.

—Si fueses mía, nunca cenarías sola.

Alice, por supuesto, no dijo nada. Pasaba página tras página mientras se

acababa la cena. Mefistófeles la miraba maullando.

—Meffy, tú no comes pizza, amor. Luego te doy tu conserva.

Una semana atrás, Damon habría afirmado que una mujer en la treintena que cenaba sola un viernes por la noche y le hablaba a su gato, era claramente senil y necesitaba que alguien le echara un buen polvo. Ahora, en cambio, la imagen de Alice sentada encima de la cama, con su pizza y su gato, le parecía la cosa más tierna que había visto en toda su vida. Se preguntó si debía subirles el suelo a sus psicólogos personales. Sin la más mínima duda, él estaba como una puta cabra.

El móvil de Alice sonó. ¡El móvil! ¡Eso tenía que pinchárselo de inmediato! ¿Mierda, por qué no se le había ocurrido antes?

—D —Descolgó ella.

Damon entornó los ojos. D solo podía ser el gilipollas de Kirby.

—¿Trabajar? Pero si dijiste que... Ya, entiendo... No, no te preocupes... Ya estoy cenando... No, de veras, no te preocupes... Nos vemos el lunes en el trabajo... Sí, yo también te quiero.

Nada más colgar, estrelló el móvil contra la pared. Damon frunció el ceño al ver las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

—¡Qué mierda todo! —gritó furiosa.

Dejó la caja de la pizza encima del suelo y se hizo un ovillo en la cama, sollozando. A Damon se le estaba partiendo el corazón en dos. Durante un instante, pensó en ir hasta su casa solo para abrazarla y consolarla. Y, vale, lo admitía, tal vez besarla. Un poco. Limpiar esas lágrimas con la punta de su lengua y sus labios.

—No llores, por favor —susurró, deslizando la mano por la pantalla, como si estuviese acariciándole el rostro a ella—. Eres demasiado guapa como para llorar por un gilipollas.

Mefistófeles estaba frotando su hocico contra su rostro y eso pareció consolarla un poco. Así que Damon decidió averiguar qué estaba haciendo el bueno de Kirby. Algo le decía que no estaba trabajando. No le costó nada

acceder al portátil de su casa. Ya lo había hecho en el pasado.

—¿Pero serás gilipollas? —gruñó.

Kirby estaba de pie en el salón y había una mujer arrodillada a su lado, chupándose la. Damon apretó los puños con tanta fuerza que fue un milagro que no se le hubiera roto algún dedo. Cerró esa cámara web de inmediato. Kirby lo ponía enfermo. ¿Cómo podía hacerle eso a su Alice?

La miró de nuevo, con más ternura todavía. La vio enjuagándose las lágrimas y deseó que fueran sus manos las que se las secaban. Y tal vez sus labios. Maldijo una vez más no estar en la misma habitación que ella.

—Mira, Meffy —le dijo ella al gato, mientras encendía la televisión—, echan *Los Puentes de Madison*. ¿Qué dices? ¿La vemos juntos?

—Encantado, nena —susurró Damon—. Me gustaría acurrucarte entre mis brazos.

Ella agarró al gato, no a Damon. Acomodó los cojines y empezó a ver la peli. A veces había lágrimas brillando en sus ojos, sobre todo en las escenas románticas. A Damon le hubiese gustado besarla en ese instante. Recorrer su hermoso rostro con los labios y susurrarle palabras de amor al oído. Pero no le estaba permitido tocarla. Solo podía adorarla a distancia, desde las sombras, como a una diosa lejana, hermosa e inaccesible.

Soltó una blasfemia al darse cuenta de que él era un gilipollas obsesionado y un loco de atar, que estaba viviendo un amor platónico con la mujer que lo quería entre rejas y se casaría con ese capullo infiel. ¡Qué mierda de vida!

—Por qué yo no puedo encontrar a un hombre como Robert, ¿eh, Meffy?

—Puede que lo hayas hecho, preciosa —susurró Damon distraído.

Cuando se acabó la película, Alice se acurrucó en la cama, abrazada a su almohada, y no tardó más que unos cuantos instantes en quedarse dormida. La dorada luz de la luna acariciaba sus delgadas facciones, haciendo brillar los castaños mechones que descansaban sobre la almohada. Damon se quedó dormido, mirando cómo ella dormía. Estuvo escuchando su respiración y sus suspiros, preguntándose con qué estaría soñando ella. Con él, seguro que no.

A la noche siguiente, Damon había asumido el hecho de que era un acosador chiflado que, a pesar de su éxito, su fortuna y las mujeres que no dejaban de pedirle citas, lo que realmente le gustaba hacer era espiar la vida de Alice. Ese iba a ser el primer sábado en diez años que el magante de los misiles pasaría en casa. Y lo que era todavía peor, lo pasaría en la más absoluta soledad. Echaba de menos a su agente especial. Ella había estado fuera de casa todo el día, con lo que no había visto su bonito rostro desde la mañana.

Alice no había pasado el sábado con Kirby, por fortuna. Ese imbécil se había quedado en su casa, recuperándose de una noche de sexo salvaje. Damon lo había estado comprobado cada media hora, para estar seguro de ello. Dios era su testigo de que, si ella hubiese acudido a verlo para echar un polvo, para evitarlo, él habría sido capaz de provocar un maldito incendio en su edificio. Luego habría ido con su helicóptero para rescatar a Alice, dejando que el peludo e infiel culo de Kirby se abrasase entre las llamas. ¡Eso se merecía por traidor! ¡Anda que hacerle eso a Alice! Ella era la mujer más delicada que había y no se merecía algo así (delicada en el sentido figurado; en el fondo, Alice tenía muy poca delicadeza y Damon era consciente de ello). Si ella hubiese sido suya, él la habría cuidado y la habría amado, y jamás la habría hecho llorar. Ni una sola vez. Solo si fuese suya...

—Estás como una puta cabra —se dijo a sí mismo mientras se afeitaba delante del espejo.

Acababa de salir de la ducha y solo llevaba una toalla blanca alrededor de sus caderas. Su cuerpo era parecido al de un atleta, ágil, delgado, de músculos esculpidos a la perfección. Sus ojos eran de un castaño muy oscuro que, cada vez que se enfurecía, se convertía en un negro intenso. Y Damon se enfurecía tan a menudo...

Se pasó una mano por el moreno cabello que caía mojado sobre su frente y observó su rostro, ya afeitado. Era sin duda hermoso, de rasgos duros y salvajes. Su ceño solía fruncirse con frecuencia, lo que le daba un aire irresistiblemente peligroso. Se sonrió a sí mismo, preguntándose si ella lo

encontraría atractivo. Su alta autoestima, forjada a base de un impresionante currículum sexual, le decía que sí.

Cuando ya estuvo preparado para su cita con Alice (había que estar muy mal de la cabeza para llamar *cita* a eso), encendió el portátil, rezando para que ella estuviese en casa. Y sus plegarias, por una vez en la vida, fueron escuchadas.

Alice estaba delante del ordenador, con lo que podía ver más de cerca su rostro. Alargó la mano y deslizó los nudillos por la pantalla de su portátil, recorriendo cada uno de sus rasgos.

—Hola, princesa —le susurró, sonriente.

Alice llevaba una camiseta de tirantes, sin sujetador por debajo, y un recogido informal del cual se le habían soltado varios mechones. Damon tragó saliva al ver que se le transparentaban los pezones. Sus pechos eran pequeños, firmes y perfectos. Se imaginó lo bien que debían de encajar en sus palmas, y experimentó una violenta erección. Se bebió un vaso de soda de golpe, esforzándose por respirar y dejar de mirar eso. No le parecía justo observarla de ese modo.

—Pareces concentrada. Veamos qué estás haciendo.

Alice estaba tecleando y Damon podía ver en la pantalla de su portátil de última generación lo que ella estaba escribiendo. Y...O...U... P...O...R...N

—¡Jesús! ¡Alice! —gritó, consternado.

No es que él estuviese en contra de la masturbación. No lo estaba. La practicaba muy a menudo (media hora atrás, en la ducha, pensando en ella, como el perverso que era). Pero, de ningún modo, iba a mirarla mientras ella lo hacía. No si él no estaba delante de ella en carne y hueso.

—¡Jesús! —cerró la pantalla del portátil de golpe y hundió el rostro entre las manos.

Lo último que había visto era que Alice estaba desnudándose. Intentó respirar hondo y tranquilizarse, pero le resultó imposible. El corazón le latía desbocado dentro del pecho y sus arterias mandaban demasiada sangre. Y no precisamente al corazón.

—¡Mierda!

Se pasó una mano por el pelo, desesperado. Vale, eso había llegado demasiado lejos. Estaba violando su intimidad como un loco, mirón, pervertido, hijo de perra. Lo que él necesitaba era echar un polvo con alguien. A ser posible, sin imaginarse que esa *alguien* era Alice. Tomada esa decisión, se puso de prisa unos vaqueros desgastados y una camisa azul a la que arremangó las mangas, cogió las llaves de su coche y salió cerrando de un portazo.

Condujo como un loco hasta el club más cercano, uno de los que él solía frecuentar cuando quería echar un polvo. Nada más poner un pie dentro, fue asaltado por varias mujeres, unas más guapas que otras. Solo tenía que elegir a una de ellas. Nada más. ¿Qué tal la morena? Sacudió la cabeza con rapidez para descartar esa idea. No, la morena no. Alice era morena. Le recordaría a ella. Cuando ella estuviera rodeándole el miembro con los labios, él imaginaría que era Alice. ¡La rubia! Sí, mejor la rubia.

Se inclinó sobre la rubia, colocando una mano en su espalda desnuda.

—¿Cómo te llamas, preciosa? —le susurró al oído.

—Alice.

Se apartó de golpe.

—¡Joder!

Salió corriendo y sin mirar atrás, dejando a la rubia Alice confusa, preguntándose qué había salido mal. ¿Tal vez si hubiese llevado un vestido más corto...? ¿O con algo más de escote...?

Al final de la noche, Damon Wilde arrastró los pies de camino al coche, borracho, deprimido y solo. No había sido capaz de aguantar la compañía de ninguna mujer. Todas eran guapas, inteligente e interesantes, pero Damon no conseguía sacarse de la cabeza a Alice. Solo de pensar en lo que había estado haciendo ella en su ausencia, se empalmaba de un modo preocupante. Le dio una patada a la rueda de su Porsche y soltó una blasfemia entre dientes.

Cuando llegó a casa, lo primero que hizo fue encender el portátil, rezando para que Alice hubiera acabado lo que fuera que había estado haciendo en

toda la noche. Lo había hecho. Ahora estaba durmiendo como un angelito, con el gato a su lado. Resopló aliviado y estuvo un buen rato mirándola.

—¿Qué me has hecho? —musitó—. ¿Por qué no puedo dejar de pensar en ti? ¿Por qué cada vez que cierro los ojos solo te veo a ti?

El ático estaba a oscuras, solo lo alumbraban las luces de la ciudad, y Damon estaba envuelto por las sombras. Se levantó del sofá, se desplazó hasta el bar que ocupaba una pared entera de su salón y, tras elegir una botella de uno de sus mejores *whiskys*, se sirvió una generosa copa. Luego, tomando un trago, empezó a caminar en dirección al equipo de música. No le apetecía irse a la cama. Aún no. Cogió el CD de Screamin' Jay Hawkins y seleccionó una canción que, de algún modo, le hacía pensar en Alice: *You put the spell on me*. Le hubiese gustado apretarla entre sus brazos y bailar con ella en ese momento. Suspiró, consciente de que eso era imposible. No podía tocarla. Estaba condenado a mirarla para siempre, sin poder tocarla ni una sola vez.

Volvió a sentarse en el sofá y, mientras le daba tragos a su copa, contempló cómo ella dormía.

—¿Sabes lo que estaría bien? Conocerte algún día.

Tomó el último trago de *whisky* antes de encender un cigarrillo.

—Algún día, preciosa —le susurró, deslizando los nudillos por la pantalla mientras imaginaba que lo que estaba tocando era la mejilla de ella.

Alice sonrió como si hubiese escuchado su silenciosa promesa. Y esa fue una de las imágenes que nunca se borrarían de la mente de Damon.

El domingo, a Damon le resultó imposible escaquearse de su partido de golf con el vicepresidente de los Estados Unidos. La resaca no contaba como excusa para dejar plantado al segundo a bordo.

—Wilde, nunca te había visto tan distraído como hoy —remarcó este a la hora de la comida, cuando, alabado fuera el Señor, habían dejado el condenado golf y se habían sentado al fin.

Estaban en la terraza del club, rodeados de verdes prados. El sol de agosto

se reflejaba en la blancura de los manteles y los hacía brillar tan fuerte que Damon era incapaz de mantener los ojos abiertos y, aunque consideraba aquello como una falta de respeto hacia su acompañante, se colocó sus oscuras gafas de sol. Tal vez hubiese sido excesivo acabarse toda aquella botella la noche anterior. Ahora le dolía todo el cuerpo. Y la cabeza iba a estallarle como el vicepresidente dijera una vez más la palabra misil.

—¿Y qué me dices de los misiles que lanzamos en Afganistán?

Damon dejó caer la frente sobre las puntas de los dedos. ¿Por qué nadie le disparaba en ese momento y acababa con su agonía de una vez por todas?

—Bill, de verdad, no quiero hablar de los putos misiles ahora. Para eso, me pides una cita entre semana y te atiendo gustosamente.

Bill se echó a reír de un modo tan ruidoso que varias cabezas se giraron en su dirección.

—Estás muy cascarrabias —le dijo entre risas—. ¿Qué mosca te ha picado?

Damon alzó sus anchos hombros, muy marcados por el polo Ralph Lauren blanco que llevaba.

—No me pasa nada. Es que estoy cansado.

—Pues deberías ir a casa, muchacho.

—Debería —. «Y ver a Alice».

—Y descansar —prosiguió el vicepresidente.

Damon entornó los ojos por debajo de las gafas. Él no quería descansar. Quería verla.

—Eso era justo lo que yo tenía en mente. Descansar un poco. Ha sido una semana frenética.

En cuanto acabaron de comer, Damon se despidió de Bill Dale y condujo lo más rápido que su Porsche podía ir sin riesgo de estrellarse. Estuvo contando los instantes hasta que el ascensor se detuvo en la planta setenta y tres de su edificio. El ascensor era de uso único, con lo que daba directamente a su salón. Damon era demasiado celoso de su intimidad como para compartir

ascensor con desconocidos. El del trabajo también era de uso único, aunque lo compartía de vez en cuando con Misery. Misery era la única persona aparte de Alice con la que habría podido compartirlo todo. Misery era su familia. La única que le quedaba.

La había conocido tras la muerte de sus padres. Ella solía hacerse cargo de él cuando su familia adoptiva no estaba en casa. Cosa que pasaba muy a menudo. Los Stevens nunca estaban. Eran unos delincuentes de poca monta que vendían solo Dios sabía qué sustancias en solo Dios sabía qué callejones del Bronx. Damon fue muy feliz de abandonarlos a los quince años e irse a vivir con Misery. Misery no le daba palizas por negarse a vender drogas en el instituto. Ella era como una madre. Le hacía tartas todos los domingos.

Damon sonrió al recordar esos años. Él trabajaba como loco en sus inventos y ella lo animaba. Por supuesto, cuando el gobierno le pagó su primer millón, él se llevó a Misery del Bronx. Quería mantenerla en un palacio, como a una reina, pero Misery, en cambio, eligió una pequeña casita en Brooklyn y se empeñó en trabajar para él. «Para estar cerca de mi niño» había dicho. A él no le había quedado otra que aceptar sus condiciones.

Encendió el portátil. Ver a Alice se había convertido en una rutina.

—Hola, preciosa.

—Angelus —susurró ella.

Damon pegó un salto.

—¿Cómo sabes que estoy aquí?

¡Maldita sea, su software de espionaje era indetectable!

Alice no contestó, solo frunció el ceño mientras leía algo en su portátil.

—No sabes que estoy aquí —resopló aliviado.

Ella seguía en silencio. Damon decidió echar un ojo a lo que estaba haciendo. Deseó con toda su alma que no estuviese mirando algún video de *you porn*. No lo habría aguantado en ese momento. La tenía dura desde la noche anterior y estaba convencido de que habría explotado.

Gracias a Dios, se trataba de un *e-mail* que tenía como remitente a uno de

los consejeros de la Casa Blanca.

«Angelus es una amenaza para la seguridad de nuestro país. Hay que buscarlo, encontrarlo y eliminarlo. Cuanto antes. Debe ser su prioridad máxima dar con él. Confiamos en su trabajo, agente Montgomery. Es un asunto de Seguridad Nacional que tiene muy preocupado al presidente», rezaba el texto.

Alice cerró el *e-mail* y suspiró. Luego, se llevó el portátil al baño, lo colocó encima del lavabo, con la *webcam* dirigida hacia la cabina de ducha de cristal, y abrió el grifo de agua caliente. ¡Mierda, iba a ducharse! Damon se quedó sin aliento. Ella buscó una canción en You Tube y elevó el volumen de la música. Leonard Cohen estaba cantando:

*«Si quieres un amante
haré todo lo que me pidas
si quieres otro tipo de amor
me pondré esta vieja máscara por ti».*

Alice se quitó la camiseta, quedándose delante de la cámara con los pechos desnudos. Damon cerró los ojos.

—Alice, estás matándome —musitó.

Ajena a él, se quitó el vaquero y se metió en la ducha. Él no la miró. No quería verla desnuda. ¡Y una mierda! Quería verla desnuda más que a nada en el mundo, pero no de ese modo. No sin su permiso. No le parecía justo para con ella.

Cerró la pantalla del portátil de golpe, furioso por sentirse tan excitado y por ser incapaz de controlar las reacciones de su miembro. Eso tenía que acabar. Ya no soportaba seguir mirándola sin poder tocarla. Era un suplicio mantener sus labios alejados de su piel, sus manos apartadas de su cuerpo. Así que Damon Wilde tomó una decisión: Alice Montgomery y él debían conocerse personalmente. No como Angelus, claro. Ella lo habría metido entre rejas. Tenía que conocerla como Damon Wilde, el empresario *playboy*.

Se pasó el resto de la tarde trazando un plan. Fingiría que los rusos... no,

mejor los coreanos, los del norte (los asiáticos estaban más de moda. Además, Corea del Norte no estaba en las mejores relaciones con Estados Unidos) le habían robado los planos de una mortífera arma de destrucción masiva. Seguridad Nacional tendría que involucrarse en el asunto, él movería los hilos y conseguiría que la agente Montgomery de la CIA llevase el caso. Y entonces se conocerían. Él la seduciría, ella dejaría a Shrek por él y luego ellos dos... «Nosotros dos ¿qué?», pensó, de pronto molesto por sus fantasías de quinceañero. ¿Qué? ¿Qué pasaría con ellos dos? ¿Él le confesaría la verdad? ¿Le diría que había estado espiándola como un perverso? No, claro que no. Pero entonces su entera relación se forjaría en mentiras. ¿Y si ella algún día descubría la verdad? ¿En qué era él mejor que Kirby? Los dos estaban engañándola.

«No, lo mío es distinto. Yo la amo».

Se detuvo, horrorizado por sus pensamientos. ¡Jesús!, lo mejor no era conocerla, sino mantenerse alejado de ella. Alice se merecía a alguien mejor que un chiflado que afirmaba amar a una mujer a quien ni siquiera conocía.

Por desgracia para Damon Wilde, Alice Montgomery tenía otros planes. Al día siguiente, lunes, la agente se presentó en las oficinas centrales de Wilde Industries para hablar con el señor Wilde.

Misery miró por encima de las gafas a aquella agradable jovencita que llevaba un pantalón negro, una blusa blanca de seda y una americana color *nude* desabrochada. Era muy alta y encima calzaba unos elegantes *stiletto*s beige cuyo tacón resultaba casi vertiginoso para una mujer de la edad de Misery. A Misery le hubiese gustado haber sido un poco más alta, por eso siempre miraba con admiración a las mujeres altas. Y, desde luego, aquella morena lo era. Alice llevaba el pelo suelto y un discreto maquillaje en tonos naturales que potenciaba la belleza de su rostro. Misery pensó en la buena pareja que haría con Damon. Una pena que él no pudiese conocerla.

—Lo siento, señorita...

—Agente Montgomery —repitió ella, mostrándole su acreditación por

segunda vez—. Como ya le he dicho, soy agente de la CIA y necesito hablar con el señor Wilde ahora mismo. Es un asunto de Seguridad Nacional.

Misery hizo una mueca de desdén. No estaba muy impresionada por la placa. Las había visto mejores. Incluso el presidente de Sudán había ido a visitar a Wilde. Misery no sabía dónde demonios estaba Sudán en el mapamundi, pero ese hombre parecía más importante que la señorita... como fuese.

—El señor Wilde no puede ser molestado.

La expresión serena de Alice no se alteró en absoluto. Estaba acostumbrada a las secretarias como Misery. Merendaba unas cuantas de ellas al día. Al final, siempre se salía con la suya.

—Por el Gobierno, sí. Por eso le pagamos millones. Y ahora, haga el favor de llamarlo.

Sí, muy buena pareja haría esa muchacha con su pequeño Damon. Los dos eran igual de tercos.

—No puedo. El señor Wilde tiene muy mal carácter. Y me ha dicho expresamente que no quiere ser molestado por nadie. —Misery se inclinó hacia adelante, le hizo un gesto a Alice para que se acercara, y esta tuvo que agacharse para que la anciana pudiese susurrarle al oído—. Y recalcó *nadie* entre dientes, lo que quiere decir que, si *alguien* lo molesta, se desatará el apocalipsis —cuchicheó—. No querrá usted verle escupir fuego un lunes a las ocho de la mañana. Le aseguro que es de lo más desagradable.

—Entonces entraré sin previo aviso —anunció la valiente *madeimoselle*.

Misery pegó un salto de su silla y se colocó delante de ella. Cuando era necesario, podía llegar a ser tan ágil como una joven doncella.

—De acuerdo, lo llamaré. Pero siéntese, por el amor de Dios.

Alice, sonriendo de pura complacencia, tomó asiento en una silla de cuero gris perla. Misery cogió el auricular, pulsó un botón y la escrutó con el ceño fruncido mientras esperaba a que el señorito se dignara a contestar.

—¿Qué parte de *nadie* no te ha quedado claro? —gruñó Damon a modo de

respuesta a la llamada de Misery.

—Lo siento, señor, pero está aquí una tal agente...eh...

—Alice Montgomery.

—Eso, la agente Montgomery.

Damon se tensó de la cabeza a los pies al escuchar esa voz. Con el teléfono inalámbrico pegado a su oído, se levantó de la silla y salió corriendo hacia el baño. Ahí lo puso en manos libres y, mientras que Misery seguía hablando, se echó agua fría en el rostro, se despeinó el pelo todavía más y se quitó la corbata color verde oscuro, que luego lanzó al váter. Por equivocación, por supuesto. No era una de sus actividades predilectas atascar los váteres de Wilde Industries un lunes por la mañana.

—La agente Alice Montgomery es de la CIA —estaba explicando la anciana— y aunque le he dicho que no quería usted ser molestado por *nadie*, dijo que echaría la puerta abajo y que entraría de todas formas. Ah, y que haga usted el favor de mover su culo gordo y recibirla porque el Gobierno le paga millones para que lo haga. Es una tía dura —susurró Misery.

Alice apenas pudo contener la risa. Ella jamás había dicho eso.

—Eso dijo, ¿eh? —preguntó Damon distraído.

—¿Va usted a recibirla, mi amo y señor? —quiso saber Misery, de lo más irónica.

Damon, demasiado preocupado por su aspecto como para dignarse a contestar, se desabrochó los primeros cuatro botones de la camisa. ¡Qué horror! Lucía como un camello de poca monta. Frunció el ceño, sacudió la cabeza y se abrochó uno de los botones. Ahora sí. Parecía un ejecutivo despreocupado. Se miró de nuevo en el espejo. Bien. Estaba arrebatador.

—Que espere cinco minutos y luego hazla pasar.

Y colgó. Podía haberla recibido inmediatamente, pero le gustaba hacerse el ocupado. Además, si ella había dicho que su culo era gordo, entonces se merecía la espera. Él no pasaba diez horas a la semana en el gimnasio de su casa para que alguien dijera eso sobre sus nobles posaderas.

Se sentó encima de su silla, que parecía más bien un trono, y encendió el mechero. Dueño de un asombroso y repentino aplomo, estuvo jugueteando con la llama hasta que pasaron los cinco minutos estipulados (ni un segundo más) y la puerta se abrió. Alice entró con la cabeza alta y el paso decidido. A Damon empezó a latirle el corazón con violencia cuando la vio, ahí, de pie, delante de él, tan hermosa y tan real. Esperaba que ella no tuviera tan buen oído como para escucharlo.

Alice, por el otro lado, se quedó paralizada justo en la entrada, mirándolo sin más. ¿Por qué nadie le había dicho a ella que Damon Wilde parecía un supermodelo y no un empresario? Le costó un momento recuperarse del impacto inicial y fingir serenidad. Al principio, él pareció estar observándola con indiferencia, como si no le importara en absoluto la razón de su visita. Eso le resultó fastidioso a Alice. Por algún motivo, quería impresionarlo. Quería que la mirara a los ojos. Qué tontería. Ella estaba prometida. «¡Espabila, Alice!», se dijo a sí misma.

—Señor Wilde —saludó mientras se le acercaba.

Entonces, él levantó la cabeza y la miró. Verdaderamente la miró. El corazón de Alice dejó de latir cuando esos ojos marrones se arrastraron con deliberada lentitud por todo su cuerpo para acabar clavándose en los suyos. Se quedó inmóvil en mitad de la estancia. Su cerebro se negaba a funcionar, sus pies no respondían, y ella no podía hacer otra cosa que no fuera aguantar esa penetrante mirada que la atraía como un imán.

Damon sonrió, socarrón. Estaba encandilada por él, era evidente. Él le gustaba. Aquello solo era el comienzo.

—Agente Montgomery.

Oír su masculina voz le produjo un agradable escalofrío. Se armó de valor y caminó hacia él, intentando ignorar el hecho de que sus rodillas apenas respondían a las órdenes de su cerebro. Dio gracias a Dios por haberse puesto un pantalón con campana. Al menos eso disimulaba el temblor, ¿verdad?

Damon se puso en pie, se abrochó el botón de su chaqueta negra, elegantísima, y se desplazó hacia el sofá en forma de L, que estaba en la otra

punta de su colosal despacho. «¡*Excéntrico!*!», pensó Alice, mirando a su alrededor los extravagantes muebles y las pinturas que adornaban las paredes grises. ¿Y por qué demonios era todo gris? Sofá gris, paredes grises, suelo gris. Incluso el cristal que formaba la maldita torre era de un negro con matices grises. ¿Es que Damon Wilde no se había enterado de que había más colores en el mundo?

—Tome asiento, por favor —le dijo él, indicándole el sofá con un cortés gesto de su mano.

Alice, quien nunca había tratado con un hombre tan distinguido ni tan sofisticado como él, se sentía muy intimidada por su persona. Colocó su bolso encima de una mesilla de cristal (gris, cómo no) y se sentó, intentando ocupar el mínimo de espacio. Damon, para su asombro, se dejó caer a su lado, sin tener en cuenta el hecho de que había una butaca enorme y muy cómoda justo enfrente. El enloquecedor olor de su colonia, la proximidad de su fornido cuerpo, el aura de seguridad que irradiaba... todo aquel conjunto hacía que la cabeza de Alice diera vueltas. Apenas reprimió un gemido cuando él se pasó la punta de la lengua por los labios y le dedicó una seductora sonrisa.

Por algún motivo que su cerebro de reputada psicóloga no conseguía entender, ese hombre la afectaba demasiado. Había visto hombres guapos. Había salido con hombres guapos. Pero nunca había conocido a alguien que desprendiese tanto magnetismo sexual como él. Damon Wilde era mucho más que un rostro de perfectas facciones. Era uno de aquellos hombres que ya no se fabricaban. Iba vestido como un caballero, se movía como un caballero, su comportamiento era el de un perfecto caballero, pero con solo cruzar una mirada con él a Alice Montgomery le había quedado bien claro que Damon Wilde no era un caballero. El salvaje modo en el que la habían observado sus intensos ojos durante aquellos cortos instantes no tenía nada de caballeroso.

Nunca la habían mirado de esa forma, con tanta concentración, y nunca se había sentido ella tan impresionada por una simple mirada. Alice no reconoció a la fría agente de la CIA que era antes de cruzar ese umbral. Deseó haberle hecho caso a Misery y no haber entrado por esa puerta jamás. Conocer al

señor Wilde solo podía acarrear desgracias, lo sabía a ciencia cierta. Los hombres tan atractivos y tan seguros de sí mismos no traían más que calamidades. Eso solía decir la hermana de su abuela, y la hermana de su abuela era una mujer muy sabia. Había trabajado en un prostíbulo, con lo que conocía perfectamente la naturaleza masculina.

—¿Quiere tomar algo, agente?

Alice carraspeó mientras alejaba de su mente las palabras de la tía Betsy.

—Agua estaría bien. Fría, si puede ser.

«Para bajar la fiebre que me produce tu intensa mirada». Se ruborizó ante ese pensamiento y se obligó a sí misma a coger una honda bocanada de aire.

Damon se puso en pie, caminó con fascinante elegancia hasta la nevera y sacó dos botellas de agua.

—¿Vaso? —preguntó, girándose para mirarla a los ojos.

Alice tardó un instante en poder abrir la boca. Su mirada la descolocaba por completo. Nunca la habían observado con tanta fascinación, como si ella fuese alguna especie de pájaro tropical que veía por primera vez y que le resultaba cautivador.

—No, gracias —susurró.

Una sonrisa se reflejó en los ojos de él. Se le acercó despacio, ondulando los músculos de su pecho por debajo de la ropa. Alice se exigió a sí misma un poco de cordura. No era ni el primero ni el último hombre guapo que conocía. Sin embargo, había algo en él... Su mirada, debía de ser su mirada. Era muy intimidante. Y luego estaban sus labios, tan bien perfilados y tan sensuales. ¿O acaso todo aquello era fruto de su cansancio? Había estado trabajando demasiado últimamente. Tal vez su cerebro estuviese percibiendo a ese atractivo hombre como una escapatoria. Sí, sin el más mínimo atisbo de duda, debían de ser el estrés y la falta de sueño los que le *provocaban* esos molestos escalofríos por la espina dorsal. O tal vez estuviese incubando un resfriado.

—¿Ha cambiado usted de opinión?

Alice sacudió la cabeza para apartar la bruma que estaba nublándole el

cerebro. Vio que él estaba con la botella aún en la mano, así que la cogió, un poco ruborizada, haciendo todo lo posible por no tocar su piel. La abrió casi con nerviosismo y le dio un buen trago. De acuerdo, nadie iba a darle un premio a la empleada del mes. No estaba siendo para nada profesional. «Cordura ante todo», se exigió de nuevo. Y entonces recuperó el dominio sobre sí misma.

—Señor Wilde, estoy aquí para hacerle unas cuantas preguntas sobre sus misiles —le dijo con profesionalidad mientras se apartaba un mechón de pelo de los ojos.

Damon, sentado a su lado con aire de despreocupación, apoyó la boca en su dedo índice. Alice deseó que ese dedo fuese el suyo. Deseó recorrer el contorno de su boca, acariciar con las yemas de los dedos esos perfectos labios, introducir su...

—Debe ser más específica, agente. Tengo muchos misiles.

Agradeció muchísimo aquella interrupción. Sus pensamientos habían cogido un camino bastante peligroso.

—El Tigre-ER, digamos.

—Mmmm, la joya de la corona. De largo alcance, con radio de acción de más de doce mil metros. —Torció los labios en plan indiferente—. ¿Qué pasa con él?

Alice decidió ir al grano. No le gustaba andarse con rodeos en asuntos tan serios.

—¿Puede ser *hackeado*?

Damon soltó una carcajada. Así que el general se había acojonado al escuchar lo de su residencia de verano.

—Señorita Montgomery... —empezó.

—Agente —lo corrigió ella, orgullosa. Debía dejarle bien claro que estaba ahí por asuntos de trabajo, no para temblar como una colegiala bajo la intensidad de su mirada.

Damon puso los ojos en blanco.

—*Agente* —enfaticó, con la voz teñida de sarcasmo—. La respuesta es sí. Todo puede ser *hackeado* hoy en día. Nada, ni nadie, es intocable.

Esa no era la respuesta que Alice estaba buscando. Lo miró disgustada. Él permaneció sereno, incluso le sonrió.

—¿Y qué podemos hacer para evitarlo?

Damon frunció los labios. Esa situación estaba divirtiéndolo demasiado.

—Es muy simple, agente.

Ella lo miró esperanzada y él empezó a sentirse como un capullo por estar burlándose de ella.

—¿En serio?

—Ajá. —Se reclinó hacia atrás, subió los pies encima de la mesita que había enfrente y se cruzó de brazos—. Solo hay que pillar al *hacker*.

Alice le dedicó una mueca de exasperación.

—Eso ya lo sé, señor Wilde —replicó con acidez—. Gracias por su ingenio.

Él sonrió, divertido por esa mordacidad.

—De nada. Y, por favor, llámeme Damon. —Se giró de cara a ella y la miró con repentino interés—. ¿Qué hace usted esta noche?

La agente Montgomery parpadeó. ¿El dios moreno estaba pidiéndole una cita? ¿Y por qué estaba ella tan complacida, tan tentada de decir que sí?

—¿Por qué lo pregunta?

—Estoy pidiéndole una cita —especificó él con tranquilidad—. Formalmente.

Alice dejó escapar una risita nerviosa. Una cita. Él y ella. Juntos. ¡Por Dios! ¡Qué ocurrencias tenía aquel hombre!

—No puedo. Estoy prometida. —Le mostró el anillo y a Damon le entraron ganas de provocar destrozos. Dio gracias a Dios de que no había un Tigre-ER en el edificio.

—Ya veo —dijo secamente—. Espero que él valga la pena.

Alice se quedó callada. Ella esperaba lo mismo.

—Pues ya somos dos. —Avergonzada por haberlo dicho en voz alta, carraspeó y se puso en pie con gesto demasiado brusco—. Gracias por su tiempo, señor Wilde.

Estaba impaciente por irse de ahí. Ese hombre la intimidaba demasiado. ¡Una cita!

—¿Ya está? —Se asombró Damon.

Ella, cada vez más nerviosa, gesticuló como si fuese evidente.

—Pues, sí. Usted diseñó el misil. Si me dice que no hay forma de impedir que un *hacker* lo controle, ¿de qué sirve seguir haciéndolo perder el tiempo? Ya bastante lo he molestado.

—Oh, por favor, no ha sido ninguna molestia. —«Fue un placer verte, amor»—. Vuelva cuando quiera —agregó mientras la acompañaba hacia la puerta.

Ella frunció el ceño, confusa. ¿Por qué demonios iba a volver?

—Si hay alguna guerra nuclear y necesito asesoramiento, volveré.

«*¡Pues a provocar guerras nucleares, joder! ¿Qué coño están haciendo los coreanos? ¡¿Por qué no lanzan sus misiles?!*». Damon sacudió la cabeza para apartar esos molestos pensamientos. Estaba desquiciado. Ella se iba. No podía irse tan pronto. Él necesitaba más tiempo a su lado.

—Alice. —La cogió de la mano y la arrastró hacia él.

El corazón de Alice dio un brinco cuando sus dedos le rodearon la muñeca.

—¿Qué hace? —murmuró.

Damon no dijo nada. Agarró su rostro con ambas manos, la apoyó contra la pared y la besó. Le dio el beso más salvaje, brutal e impactante que le habían dado a Alice en toda su vida. Sus labios estaban moviéndose sobre los suyos, exigentes, expertos, llenos de pasión, mientras que su lengua hurgaba en las profundidades de su boca. Las rodillas de Alice estaban temblando. Quiso escapar, pero estaba prisionera entre la pared y su fuerte pecho. Ella misma se dio cuenta de que esa era una gran mentira. ¿Cómo que no podía escapar? ¡Por el amor de Dios! Estaba entrenada para inmovilizarlo si quería. Solo que

Alice no quería. Lo que Alice quería era contestar a su pasión. Y ¡qué demonios! eso era lo que iba a hacer.

Deslizó la lengua a través de esos sensuales labios que había estado mirando embelesada durante toda la reunión, y exploró a conciencia su boca. Damon dejó escapar un gruñido y se volvió más posesivo mientras su erección empujaba, violenta, contra la bragueta de sus pantalones. Alice, sin ser consciente de ello, se apretó a él y, cuando hizo aquello, experimentó una intensa oleada de placer al sentir la prueba de su excitación clavándosele en el vientre. Había modos y modos de besar. Pues el modo de besar de Damon Wilde era arrollador. Salvaje. Completamente feroz.

Sus manos no se apartaron en ningún momento de su rostro. Estaba clavándole los pulgares en las mejillas y usando los demás dedos para acariciarle los pómulos. Alice se agarró a sus fuertes brazos, tal y como él había imaginado que haría, y lo besó todavía con más desesperación. Casi gruñó de disgusto cuando sus labios tuvieron que separarse.

—Toda la vida no sería suficiente para poder besarte —le susurró él—. Cena conmigo, por favor.

Sus intensos ojos estaban clavados en los de Alice. Ella sacudió la cabeza, poco a poco, cobrando consciencia de lo que acababa de hacer.

—No puedo. ¡Oh, Dios! Esto ha sido un error. No puedo hacerle esto a David. Dios, lo siento. —Hablaba muy deprisa y parecía muy nerviosa—. Adiós, Damon.

Salió por la puerta como una exhalación, aunque se detuvo nada más cerrarla. Se reclinó contra la pared, con los dedos apoyados en los labios hinchados a causa de ese devastador beso. Cerró los ojos y resopló con fastidio. ¿Qué demonios acababa de pasar? ¿Qué le había hecho ese hombre?

Damon, al quedarse solo, pasó una mano por su escritorio, barriendo todo lo que había encima.

—¡Joder! —gritó enfurecido.

Se echó el pelo hacia atrás con ambas manos y soltó una sarta de maldiciones. ¡Puto Kirby! ¿Cómo hacerle saber a Alice que no era bueno para

ella, sin hacerle daño? No podía decirle, sin más, «Tu novio te los pone, bien puestos, además». Eso partiría su corazón. Él no podía herirla de ese modo.

—¡Puto Kirby! —rugió, y otra serie de objetos cayeron estrepitosamente al suelo.

Capítulo 3

Martes por la noche

Damon estuvo, cómo no, observando a Alice. Cuando ella llegó del trabajo y lanzó los zapatos al aire, soltando el bolso encima de la cama, él estaba delante del ordenador. Solo llevaba un vaquero puesto y, mientras había estado esperándola, se había fumado un paquete de cigarrillos, bebido media botella de *whisky* y escuchado al menos veinte veces *You put the spell on me*. Se prometió a sí mismo que era la última vez que la espiaba. A partir del día siguiente, se dedicaría a otros menesteres. Ver al presi dándose el lote con su secretaria, por ejemplo. Seguro que eso lo entretendría durante un tiempo.

Alice se pasó la noche trabajando en un caso hasta que, extenuada, se quedó dormida encima del escritorio. Damon la habría cogido en brazos, la habría acurrucado a su lado en la cama y le habría besado el rostro miles de veces, de haber estado ahí. Pero no lo estaba.

Miércoles por la noche

Damon Wilde rompió su promesa. Estuvo observando a Alice hasta que ella se durmió a su lado. Bueno, a su lado, lo que se dice a su lado, no. En su cama, en la otra punta de la ciudad. Aun así, a su lado. Alargó la mano y le tocó la mejilla varias veces. Deseó con todas sus fuerzas que ella estuviese ahí, en su dormitorio. Pero solo estaban el portátil y su imagen. Se sentía como un gilipollas obsesionado. Se prometió de nuevo que esa iba a ser la última vez. El jueves por la mañana, él, Damon Wilde, se buscaría una novia estable con la que, en un futuro no muy lejano, se casaría y tendría hijos. Y se olvidaría de Alice Montgomery de una vez por todas. Era un buen plan. Sin embargo, cuando miró de nuevo ese frágil cuerpo tumbado tan cerca y, ¡maldita sea!, tan lejos del suyo, esa le pareció una idea estúpida. ¿Cómo iba a casarse con otra mujer? Él quería a Alice.

Cuatro horas más tarde

Damon Wilde llamó agresivamente a la puerta de Mark Dewar, su mejor amigo y psicólogo. Mark abrió en calzoncillos. Damon frunció el ceño.

—Dewar, ¿qué haces tan ligerito de ropa?

Mark lo miró gruñón.

—Son las tres de la madrugada. Intentaba echar un polvo con mi mujer.

Damon frunció el ceño todavía más.

—Oh. ¿Ya han pasado cinco meses desde el último?

Sin esperar una invitación por parte de Mark, entró y se dejó caer en el sofá. Mark arrastró los pies a sus espaldas, bastante exasperado por aquella inoportuna visita.

—Pasa, por favor. Ponte cómodo. Estás en tu casa.

—Gracias, Mark. Eres un buen amigo.

—Estaba siendo irónico.

—Oh.

—¿Qué coño haces aquí? ¿Es que trabajas para la Oficina de Control de la Natalidad?

Cinco meses atrás, mientras él intentaba echar el anterior polvo con su mujer, Damon los había interrumpido porque sufría un medio brote psicótico ¡a la una de la mañana!, debido a que el jurado de *America's Got Talent* no había elegido al candidato que a él le gustaba. Ese comportamiento era muy habitual en el magnate de los misiles.

—Estoy sufriendo un brote psicótico —informó con la más absoluta de las tranquilidades.

Mark entornó sus verdes ojos y se sentó en la butaca de piel marrón que había enfrente del sofá.

—Según tu criterio, siempre sufres alguno. Pero créeme, no vas a morirte si esperas hasta las nueve de la mañana. O si pides cita previa.

—Soy cliente VIP.

—Eso parece. A ver, ¿qué coño te ha pasado esta vez, *princesa*? ¿No te

habrás roto alguna uña?

Damon le dedicó una mueca de advertencia.

—Estoy enamorado de Alice.

El psicólogo bufó de pura incredulidad.

—Hace tres semanas sufriste un supuesto brote psicótico porque tu ex novia te llamó «capullo insensible incapaz de amar» y te alteraste porque dijiste que llevaba razón —le recordó Mark, cuyo tono de voz expresaba cansancio, irritación y alguna que otra tendencia homicida.

—Han cambiado las cosas desde entonces. Hace tres semanas no conocía a Alice.

Mark, bostezando, empezó a masajearse el ceño.

—¿Cómo conociste a Alice? —se esforzó por preguntar. Estaba claro que Damon no tenía intención alguna de dejarle en paz en la siguiente media hora. ¡Acababa de repantigarse en el sofá!

—La estoy espiando.

—Que tú la estás... —Abrió la boca—. ¡¿Qué?!

—La estoy observando todos los días de mi vida. Sin que ella lo sepa.

—Vale, esta vez sí que has perdido el norte. ¿Desde cuándo eres un mirón?

—Semana y media.

Mark puso los ojos en blanco.

—Era una pregunta retórica, Damon.

—Oh. Pues debes ser más específico la próxima vez.

—Es tu vecina, supongo —afirmó Mark.

Damon frunció el ceño.

—¿Vecina? —Entonces cayó en la cuenta—. Eh, sí, claro. ¿Cómo si no iba a estar espiándola?

No podía admitir, ni delante de su amigo, que se dedicaba a menesteres ilegales. Bueno, espiar por la ventana también violaba el derecho a la privacidad, pero no era tan grave, ¿verdad? Damon decidió que no lo era porque lo hacía quedar mejor que lo otro.

—Damon, ¿qué planes tienes con Alice? ¿Qué esperas conseguir de ella?

—Eh, no lo sé, lo evidente. Conquistarla. Enamorarla. Casarme con ella. Tener hijos. Uno o dos, aún no lo tengo decidido. Si el primogénito nos sale niño, tendremos otro hijo porque yo quiero una niña. La llamaríamos Sarah, o Sandra, lo que Alice prefiera. Me da igual, a decir verdad. Los dos nombres me gustan.

Mark se cogió la cabeza entre las manos. Se preguntó si realmente Damon estaba mal de la cabeza, tanto como para requerir alguna especie de medicación. Hasta aquel entonces solo lo había considerado un ser excéntrico que necesitaba constante atención, pero esta vez se había pasado siete pueblos. Ni siquiera aquella noche cuando Damon, con diecinueve años, se había presentado en su puerta gritando que Emily Brontë era «una solterona chiflada a quien le hacía falta echar un buen polvo» (su tutor personal lo había obligado a leer *Cumbres Borrascosas*, y Damon había montado en cólera al descubrir que Heathcliff y Catherine no se casarían jamás), ni siquiera entonces lo había visto tan desquiciado. Y eso que, al llegar al final de su lectura, Damon había necesitado semanas de terapia para superar el trauma producido por esa «mierda de libro», según lo llamaba él.

—Y dime, en tu inmensa locura, ¿se te ha ocurrido pensar en que tal vez, y solo digo *tal vez*, Alice tenga una vida..., un marido..., unos hijos...?

—Está soltera y vive con su gato. —Damon puso los ojos en blanco al recordar que ella estaba prometida. «Por poco tiempo»—. Bueno, está prometida con el imbécil de Kirby, pero pienso quitarlo del medio en breve, con lo que ese dato no es relevante.

Mark lo miró alterado.

—¿Qué quieres decir con quitarlo del medio?!

Damon hizo un gesto con la mano para tranquilizar a su amigo, quien parecía al borde de un infarto.

—Tranquilo, no voy a involucrar ninguno de mis chismes. Nop, esta vez nada de misiles, ni metralletas, ni pistolas.

«O sí, como le parta el corazón a mi Alice».

—Solo tengo que hacerle ver a Alice que él no es bueno para ella — añadió, medio ausente, pensando en cómo demonios iba a conseguir eso.

Mark, completamente superado por la situación, resopló hastiado y se pasó ambas manos por el pelo.

—¿Y qué te hace pensar que él no es bueno para ella?

—El otro día vi que una rubia estaba chupándole el... —Carraspeó; no podía decir la verdad—. Dedo en un restaurante. Claramente, mantienen una relación sentimental.

Mark le lanzó una mirada repleta de sospecha.

—¿Lo viste?... ¿En un restaurante? ¿Casualmente? ¿Con lo grande que es Nueva York? No estarías siguiéndolo, ¿verdad?

El atractivo rostro de Damon adquirió un aire de inocencia.

—¡Claro que no! —se defendió, indignado—. Fue una mera casualidad. El mundo es muy pequeño, en el fondo.

—Así que lo que pretendes es destruir la relación de Alice con Kirby solo porque tú consideras que ella debería estar con un neurótico como tú.

Damon se cruzó de brazos, complacido de que Mark lo hubiera entendido tan pronto.

—Exacto.

Luego, cuando lo pensó mejor, frunció el ceño.

—No, espera un momento... ¡Yo no soy un neurótico! La quiero. Yo nunca le haría daño, ni le pondría los cuernos. Yo la besaría... y la cuidaría...

—Y te la follarías.

Damon entornó los ojos.

—¡Eso también! Pero no como te imaginas tú.

—Creerme, Damon, no quiero imaginarme nada de eso.

—Quiero decir que no sería follar, follar. Yo la... veneraría... y..., en fin, follar suena a sacrilegio. Esto es distinto. Es amor. La quiero.

—Está bien. No quería hacerlo, pero voy a recetarte Olanzapina.

—¿Y eso separará a Alice de Kirby? —preguntó Damon, esperanzado

como un niño pequeño.

Él ignoraba qué demonios era la Olanzapina, pero si Mark pensaba que iba a funcionar, entonces estaba dispuesto a probar aquello. Mark era muy listo y siempre lo solucionaba todo.

—¡No! —rugió Mark, fuera de quicio—. Pero ayuda a las personas con depresión severa o psicótica, que sufren una ruptura o disociación con la realidad, alucinaciones o ilusiones. O sea, tú.

Damon, haciendo una mueca, se levantó del sofá y empezó a dar vueltas por la habitación. Mark, hundido en su butaca, se limitó a seguirlo con la mirada.

—¡Mark, no estoy loco! ¡Estoy enamorado!

Mark hundió el rostro entre las manos, con su moreno cabello cayéndole sobre las puntas de los dedos, y sacudió la cabeza, impotente. Resopló, levantó su metro ochenta de estatura y se encaminó hacia su amigo, que estaba de pie frente a la chimenea, bastante alterado. Lo escrutó con la mirada, preguntándose si verdaderamente Damon estaría sufriendo un brote psicótico esta vez. Hasta aquel entonces, sus crisis nerviosas no habían sido en realidad crisis nerviosas, sino rabietas infantiles. Damon se desquiciaba cuando las cosas no salían según él las planeaba, como había pasado en el caso del concurso de la tele y con el libro de su adolescencia. Era un maniático del control acostumbrado a salirse siempre con la suya. Y si eso no pasaba, le daban ataques de cólera infantil. Pero esta vez parecía más raro de lo habitual. Lo afectaba demasiado estar enamorado de aquella Alice.

—¿Cómo es que os acostáis cada cinco meses? —preguntó Damon de pronto.

Mark arrugó la frente, sorprendido por el cambio de tema.

—No le gusto.

—¡No digas chorradas!

Mark, de constitución atlética y muy atractivo, era una de esas personas que mejoraban con el paso de los años. Acababa de cumplir cuarenta y tres años, pero no aparentaba más de treinta y ocho. Damon no conseguía entender por qué un tío guapo como Mark seguía casado con ese coñazo de mujer, la tal

Alyssa esa, que se negaba a acostarse con él desde...prácticamente, su luna de miel. Podía haber tenido a cualquier otra. En ese instante, cayó en la cuenta de por qué su amigo seguía con Alyssa.

—La quieres, ¿verdad? —susurró.

Mark tragó saliva.

—¿A quién? —preguntó en voz casi audible.

—¡A Alyssa! ¿A quién va a ser?

Asintió en silencio. Damon lo miró conmovido.

—Entiendo. Es jodido amar a alguien que no te corresponde.

Mark se mordió el labio.

—Creo que tiene una aventura —confesó en voz baja.

—¡Qué hija de puta! —rugió Damon, de lo más escandalizado. Al ver el duro rostro de Mark, respiró hondo para calmar su ira y levantó una mano en el aire, a modo de disculpa—. Perdón. Pero ¡es una hija de puta! —volvió a gritar.

Ambos amigos se dejaron caer en el sofá y permanecieron con la mirada perdida en el vacío durante largo rato.

—¿Quieres que matemos a ese tío? —susurró Damon, pasados unos momentos.

—No estaría mal.

—Puedo enviarle un misil hoy mismo.

—No sabemos dónde vive —repuso Mark.

—Puedo averiguarlo. Nadie pasa por la vida sin dejar huellas.

—Pero eso no hará que ella me amé a mí.

Damon, apenado, asintió con la cabeza.

—Cierto. No lo hará.

—Voy a divorciarme, Damon.

Lo miró en silencio, sin saber cómo consolarlo. Siempre era Mark el encargado de consolar y mejorar las cosas. Damon no sabía lo que había que hacer en esos casos. Le dio unas palmaditas en el hombro porque fue lo único

que se le ocurrió.

—Estoy contigo. Cualquier cosa que necesites...

Mark colocó una mano encima de la suya y también le dio palmaditas.

—Lo sé.

—Misiles, metralletas, prismáticos, otra identidad...

—Damon, lo sé —lo interrumpió, irritado.

Damon apretó los labios.

—Bien. Debería irme.

Mark soltó un suspiro.

—Y yo debería ir a pedirle el divorcio.

—Ánimo, colega.

Mark asintió y miró a su amigo. Damon, triste por la situación, hundió las manos en los bolsillos de sus vaqueros y se fue arrastrando los pies. Esa historia era peor que la mierda de libro que se había leído en su adolescencia.

Y entonces, mientras su Porche negro se deslizaba veloz por las calles vacías de Nueva York, Damon Wilde comprendió que, en el fondo, Emily Brontë había sido una mujer realista. Los amores en los que él creía solo existían en los cuentos de hadas. Y Damon era algo mayorcito para seguir creyendo en eso.

En la vida real, había prometidos que metían la polla en una boca que no era la de sus novias; esposas que ponían los cuernos a sus maridos con algún gilipollas de por ahí; y de ningún modo existía el «vivieron felices y comieron perdices». Y, por segunda vez en una semana, el rico empresario llegó a la conclusión de que la vida era una auténtica mierda.

Jueves al mediodía

Damon Wilde estaba en Chinatown. Nunca había pisado ese barrio desde que vivía en Nueva York. Había dos cosas que irritaban a Damon: los asiáticos corruptos y los jodidos comunistas. Chinatown estaba repleto de

ambas cosas. Pero él tenía una seria razón para estar ahí ese día. Una preciosa razón, alta, morena y delgada, cuya sonrisa veía cada vez que cerraba los ojos. Y cuando no los cerraba, también.

Cuando entró en su *e-mail*, se había enterado de que Alice había quedado para comer con una amiga suya, y no había podido resistirse a la tentación de estar a su lado (físicamente) unos cuantos instantes. Dejó su Porche cerca del restaurante, bajó y se colocó las gafas de sol. Se miró en la ventanilla del coche. Parecía demasiado pijo para ese barrio, con lo que se quitó la corbata y la chaqueta, desabrochó los primeros tres botones de su camisa azul marino y se dobló las mangas. Volvió a mirarse en el cristal. Mucho mejor.

Anduvo con paso firme hasta la terraza donde Alice, guapísima con un veraniego vestido blanco, estaba charlando con su amiga Vanessa, una morena que, en otro momento, Damon habría considerado lo bastante atractiva como para llevársela a la cama cinco minutos después de conocerla. Ahora le traía sin cuidado su carnosa boca pintada de rojo oscuro. Solo tenía ojos para la pura, delicada, casi virginal (si obviaba su relación con Kirby, claro) Alice. Pasó por delante de ella como si no la hubiese visto, rezando con todas sus fuerzas para que fuese ella la primera en decir palabra. Y así fue.

—¿Damon?

Frenó en seco, retrocedió dos pasos y fingió sorpresa. Ella se puso de pie para saludarlo.

—¡Alice! ¡Qué sorpresa! —Se inclinó y besó sus mejillas (no iba a dejar escapar la oportunidad de tocarla)—. ¿Qué haces aquí?

Exhibió una sonrisa inocente al ver que ella estaba mirándolo con extrañeza.

—¿Qué haces tú aquí?! —Alice maldijo aquel tono de voz tan chillón y esa alegría que había sido incapaz de disimular.

—Los mejores rollitos de Nueva York —contestó él enérgicamente, señalando el luminoso cartel rojo que había a sus espaldas—. ¿Cómo me los iba a perder?

Alice no daba crédito a todo aquello. Damon Wilde parecía el tipo de

hombre capaz de hacer que le trajeran los rollitos de primavera directamente desde Shanghái. ¡En una maldita bandeja de plata! Además, ella ponía en seria duda el hecho de que aquellos rollitos en concreto fuesen los mejores de Nueva York. Había tenido que escupir el que había intentado comerse. Tenía un sabor indetectable que amenazaba con hacerla pasar una noche en urgencias.

—Vaya. No sabía que los rollitos de aquí fuesen tan famosos en los círculos en los que te mueves tú. Valen a cinco dólares la docena —mencionó en tono corrosivo, para recalcar que no se había tragado en absoluto aquella historia de «los mejores rollitos de Nueva York».

Damon le mostró una sonrisa encantadora.

—Soy un hombre de gustos sencillos.

Una mueca irónica frunció los labios de Alice.

—Eso parece, sí.

—Y bien, ¿me lo vas a presentar hoy? —intervino Vanessa con impaciencia. Ese tío estaba demasiado bueno como para dejarlo escapar.

Alice se giró de cara a ella, forzando una sonrisa. Por algún motivo, no le gustaba presentárselo a Vanessa. Su amiga era guapa, más joven que ella y sin compromiso. ¿Y si Damon se enamoraba de ella y empezaban a salir? «¿Y a ti que más te da? ¡Estás a punto de casarte!», se gritó a sí misma.

—Claro. Damon Wilde, esta es Vanessa Cassidy. Vanessa, Damon.

Fue un fastidio para Damon tener que apartar la mirada de esos intensos ojos para cruzarse con el verde esmeralda que destellaba demasiado interés para su gusto.

—Encantado —murmuró e, inmediatamente, volvió a mirar a Alice.

—El placer el mío —dijo Vanessa, sacando pecho para llamar su atención.

Alice la habría arañado por intentar ligarse a Damon. Maldijo hacia sus adentros el vestido negro de su amiga, demasiado escotado y demasiado favorecedor. Vanessa era la clase de mujer voluptuosa y sensual que sabía cómo manejar a los hombres. Todo lo contrario que Alice, quien para darse

cuenta de que un hombre intentaba ligar con ella, necesitaba una declaración de intenciones. ¡Por escrito!

Damon introdujo ambas manos en los bolsillos de su pantalón chino color beige. Alice, al ver que él no hacía ademán de irse, se echó las ondas hacia atrás y empezó a masajearse el cuello con las yemas de los dedos. Damon la ponía tensa y nerviosa. Él la miró en silencio, deseando que fuesen sus propios dedos lo que recorrieran la fina piel de su cuello. O tal vez sus labios... Tuvo que tragar en seco y pensar en cosas muy desagradables para impedir que su incipiente erección delatara sus verdaderas intenciones.

—Así que vienes mucho por aquí. Para comer los mejores rollitos de Nueva York.

—Siempre que puedo.

—Ajá. Interesante.

La mirada de Alice señalaba que su conversación había acabado y que lo mejor que podía él hacer era largarse de ahí, pero Damon fingió no captar sus sutilezas y permaneció inmóvil, esperando una invitación para sentarse con ellas. Al cabo de unos instantes, Alice entornó los ojos, exasperada.

—Esto...Damon..., ¿quieres sentarte y comer con nosotras? —gruñó, lanzando un largo suspiro.

—Bueno, si tanto insistes...

Compuso una sonrisilla de niño inocente y tomó asiento en la silla que estaba lo más cerca posible de Alice (y lo más lejos posible de aquella amiga suya que se lo estaba comiendo con los ojos). Alice empezó a sentir un hormigueo en el estómago. Le inquietaba mucho tener que comer con Damon. Se había quedado muy tocada tras el devastador beso que le había dado. Además, las mujeres a punto de casarse debían mantenerse alejadas de la tentación, y el señor Wilde, desde luego, era una tentación con mayúsculas tan chillonas como aquellas que decían que ahí vendían los mejores rollitos de todo Nueva York. Aun así, se había visto obligada a hacer gala de buenos modales e invitarlo a tomar asiento. Maldijo la buena educación que le habían dado sus padres. Ojalá fuese ella lo bastante burda como para mandar al

infierno al distinguido señor Wilde. ¡Pero no! Ella lo había invitado a que comieran juntos.

Esa decisión suya complació enormemente a su amiga Vanessa, quien miró a Damon relamiéndose los labios, convencida de que, esa misma noche, ese hombre tan cien por ciento masculino, y a la vez elegante y sofisticado, estaría en su cama. Desnudo.

Por desgracia para Vanessa, Damon tenía otros planes.

—Así que Damon Wilde. —Vanessa lo observó con una sonrisa seductora—. Tú nombre me resulta familiar.

—Tal vez te suene porque Damon es dueño de las empresas Wilde.

El rostro de Vanessa registró sorpresa.

—¡El de las bombas! —exclamó, chillando como una *groupie* que acababa de conocer a su ídolo.

Damon se esforzó por dedicarle un poco de atención. Si bien lo irritaba su constante intento de seducirlo, tenía que ser cortés con ella. Era amiga de Alice, y los amigos de Alice eran amigos de Damon.

—Sí —corroboró, mirándola—. Entre otras cosas, también fabrico bombas.

—Había un artículo sobre ti en *Forbes*. Decían algo sobre tu fortuna. No sé exactamente el qué.

—Eso se debe a que Vanessa, en vez de leer la revista *Forbes*, lo que hace con ella es lanzarla detrás del perro.

Damon soltó una carcajada ante el seco tono de Alice. Vanessa se limitó a sacarle la lengua a su amiga.

—Vale, sí, lo admito, no me chiflan esas revistas. Soy más de *Vogue* —declaró mientras con una mano se alisaba un mechón de su cabello castaño oscuro, tan reluciente a causa de la laca que Damon estuvo convencido de que sería un auténtico suicidio encender el mechero a su lado. Con lo que se quedó quieto.

—Ah, mira, Damon, ahí viene el camarero. Ya puedes pedirte tus rollitos.

De no haber estado tan enamorado de ella, Damon la habría maldecido hacia sus adentros. No quería comer nada en ese lugar, y mucho menos los condenados rollitos. No había algo que detestase más sobre la faz de la tierra. Pero esa era su tapadera, así que tuvo que sonreír y hacerle una señal con la mano al camarero.

—¿Queréis algo? —preguntó a las damas, ya que él era un caballero. O, al menos, lo intentaba.

Los carnosos labios de Vanessa se movieron y a Damon le pareció leer un “a ti desnudo”. Se ruborizó levemente, carraspeó y, sacudiendo la cabeza, giró la mirada hacia Alice. Ella hizo un gesto negativo.

—No, gracias. Ya hemos pedido.

—De acuerdo. Pues dos rollitos de primavera para mí. Ah, y una soda. Sin abrir. Gracias.

—¿Solo dos rollitos? —preguntó Alice, fingiendo perplejidad—. ¿Has cruzado todo Nueva York para comerte *solo* dos rollitos?

Si ella se tenía que joder y aguantar su presencia durante toda la comida, él tenía que joderse también y zamparse unos cuantos asquerosos rollitos. «¡Fastídate, señor Salvaje!», pensó con enorme complacencia. Damon la miró con expresión de furia. Esta vez, enamorado o no, tuvo que maldecirla hacia sus adentros.

—Que sean cinco —le dijo al camarero, más bien gruñendo.

Se giró de cara a Alice y esbozó una sonrisa adorable para disimular su disgusto. Ella le devolvió la sonrisa antes de bajar la mirada hacia su té helado con sabor a melocotón. Sus ojos y ese modo de mirarla la ponían demasiado nerviosa. La sonrisa de Damon se volvió ligeramente burlona. Era consciente de que estaba intimidándola cada vez que la miraba con tanto empeño. Y justo por eso lo hacía.

—Y, dime, Alice, después de todo, ¿siguen adelante tus planes de boda?

Ella abrió los ojos de par en par. Estaba haciendo mención a su beso, el muy hijo de Mefistófeles (el demonio, no el gato).

—Por supuesto. —Se pasó una mano por el pelo con ensayada tranquilidad—. ¿Por qué no iban a seguir?

—Eso, Damon, ¿por qué no iban a seguir? —inquirió Vanessa con creciente interés.

Damon, hundido en su asiento con aire de absoluta despreocupación, apoyó la sien en dos dedos. Él se comería los cinco rollitos por culpa suya, pero le sacaría los colores sí o sí por haber sido tan mala y haberlo obligado a comérselos. A Damon le encantaba castigar a las personas por su mal comportamiento. Se consideraba un justiciero. Como Batman. Solo que más listo, más sexy, más asombroso y... mejor conservado. Damon Wilde podía ser dueño de un imperio, pero en cuanto a modestia, sufría escasez. No tenía apenas.

—A veces, a los prometidos les suelen pasar cosas muy extrañas. Les surgen dudas..., les asusta casarse con alguien a quién no aman..., no sé... —Torció los labios antes de curvarlos en una sonrisa inocente—. ¿Has notado algo parecido últimamente, querida Alice?

Alice quería gritarle que ¡sí! Cuando él la había besado, había hecho tambalear toda su relación con Kirby. Con un solo beso y un par de miradas, a ella se le habían olvidado los diez años en lo que había amado a su prometido. Se le habían olvidado todas las veces que Kirby le había salvado la vida en el trabajo, las veces que la había besado y le había hecho el amor (claro que no tan apasionadamente como se lo haría ese dios moreno que irradiaba una seguridad masculina y una seducción que harían babear hasta a la abuela china que regalaba las galletas de la suerte). Alice sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos. Era muy preocupante lo que sentía al pensar en Damon. Durante una milésima de segundo, se había imaginado esos fuertes brazos rodeándola de nuevo, ese calor que desprendía su fuerte pecho, esa carnosa boca cubriendo la suya. Dio las gracias por estar sentada. Sus rodillas estaban temblando otra vez.

—¿Alice?

Levantó la mirada hacia Vanessa, quien estaba escrutándola con mucha

atención.

—¿Eh?

—¿Estás bien?

Mostró una sonrisa breve para ocultar su nerviosismo, convencida de que aquel gesto, más que ocultar, subrayaba lo tensa que estaba.

—Maravillosamente. —Sin querer, cruzó una mirada con esos profundos y oscuros ojos que estaban evaluándola sin tan siquiera pestañear, y se estremeció—. ¿Decías, Damon?

Él sonrió con indolencia.

—Solo quería saber si va todo bien entre tu prometido y tú.

—Maravillosamente —repitió, antes de darle un largo trago a su té.

Vanessa, echándose su larga melena hacia atrás como una leona, sacó de nuevo pecho y le sonrió a Damon.

—¿Y de qué conoces a Alice?

—Oh, la besé el otro día —acotó él, como si nada.

Alice se atragantó con el té. Vanessa parpadeó rápidamente.

—¡Damon!

—¿Que hiciste qué?! —gritó Vanessa, ignorando las protestas de Alice.

Damon no apartó los ojos de los de Alice, a pesar de que estaba conversando con su amiga. Y esos ojos estaban tan oscurecidos que a Alice le resultó avasallador seguir mirándolos.

—Ya sabes. Ese acto cuando tu lengua se hunde en la boca de una persona y la lengua de la otra persona se hunde en la tuya. —Se encogió de hombros con infinito desdén—. *Besar*. La besé. Y ella me besó a mí.

—No es eso lo que yo recuerdo —gruñó Alice, dedicándole una mirada asesina.

Los labios de Damon se movieron en una lenta y ladeada sonrisa.

—¿No recuerdas que yo te haya besado? ¡Me siento ofendido! Pensaba que te había dejado conmocionada con la habilidad de mis labios. —Se inclinó hacia el oído de Vanessa—. Mi modo de besar es razón de envidia en los

cinco continentes —le susurró con complicidad.

Alice tragó en seco. No; desde luego, conmocionada la había dejado. Y temblorosa. Y con ganas de mandar a la mierda a Kirby.

—Eso *sí* lo recuerdo —enfaticó, irritada consigo misma por pensar en lo que estaba pensando—. Lo que no recuerdo es haberte besado de vuelta.

—Pues lo hiciste. —Desvió la mirada hacia Vanessa—. Lo hizo —le susurró a esta con gesto conspiratorio.

—Me lo creo. —Y Vanessa, disgustada, le dio un trago a su Coca Cola light.

Alice suspiró aliviada cuando llegó el camarero con la comida. Al fin tendría una distracción para poder escapar de esos hipnóticos ojos. Ella había pedido arroz y ensalada (se esforzaba por cuidar su alimentación), mientras que Vanessa había decidido pedir solamente una ensalada (ella, a diferencia de Alice, sí cuidaba su alimentación). Damon hizo una mueca enfurruñada cuando le pusieron delante una bandejita color plata llena de rollitos de primavera. ¡Qué asco!

—Qué aproveche, Damon —le dijo Alice a través de los dientes apretados. Él apenas reunió fuerzas para componer una sonrisa.

—Tú también, Alice.

Vanessa no dijo nada, se limitó a mordisquear un trozo de lechuga iceberg. Damon cogió un rollito, lo pasó por la salsa y le dio un buen mordisco. ¡Repugnante! No recordaba haber comido algo peor en toda su vida. Ni siquiera cuando vivía con esos traficantes de drogas que no sabían cocinar nada que no fuese metanfetaminas.

Se comió el primer rollito de dos mordiscos. «Hay que ver los sacrificios que hace uno en nombre del amor», rezongó hacia sus adentros.

—¿Qué tal tus rollitos, Damon? —preguntó Alice con malicia al ver la mueca de asco del susodicho mientras tragaba los *sabrosos* manjares.

—Deliciosos. No recuerdo haber comido unos mejores en toda mi vida.

Intercambiaron una sonrisa breve y dirigieron de nuevo su atención a los

platos de comida. Cuando iba por el tercer rollito, Damon Wilde quería que alguien, por favor, le disparara con una ametralladora. Era el único modo de ponerle fin al calvario de tener que comerse otros dos. Haciendo un esfuerzo sobrenatural, consiguió acabarse la comida. Se bebió la botella de soda de un solo trago, pero ni siquiera eso consiguió alejar ese horrible sabor. Por cierto, ¿a qué demonios sabían? No era cerdo, no era vaca, no era pollo. Damon deseó con todas sus fuerzas que la carne picada que contenían aquellos infernales rollitos no hubiera sido de perro, gato, o alguna alimaña.

—Pues sí que te gustan los rollitos —remarcó Vanessa—. Comerse cinco, así de golpe...

—Por eso estoy aquí. Por los rollitos —contestó Damon, mirando fijamente a Alice, quien estaba jugueteando con su tenedor.

Esa mirada la hizo estremecerse y ruborizarse.

Mientras estaba retirando los platos, el camarero preguntó si querían algo de postre. Los tres sacudieron la cabeza para rehusarlo. Damon estaba al borde de las náuseas, Vanessa seguía una dieta muy estricta y a Alice se le había quitado el apetito a causa de la presencia de Damon.

—Yo debería irme. —Alice la habló a Vanessa como si Damon no estuviese presente—. Tengo que aprovechar estas vacaciones para hacer algo así como...un millón de cosas.

Damon respiró hondo para mantener la calma; era muy propenso a montar en cólera. ¿Tan pronto se iba? ¿Él había tenido que comerse cinco horribles rollitos por ella, y ella no podía hacer el esfuerzo de quedarse media hora más? ¿Qué cosas tan importantes tenía que hacer? ¿Sacar a pasear al gato?

—¿Voy a retocarme el maquillaje y nos vamos?

Vanessa, aburrida y malhumorada porque Damon no estaba mostrando ningún interés en ella, hizo un gesto afirmativo.

—Claro. Aquí te esperamos. Damon y yo —apostilló. Esa era la última oportunidad de ligárselo. Se tenía que lanzar de inmediato, en cuanto se quedaran a solas.

Alice se puso en pie, agarró su bolso marrón con motivos étnicos y se

dirigió al baño. Damon la siguió con sus intensos ojos.

—Y dime, Damon, ¿cómo es que estás soltero? —preguntó Vanessa, pasándose lentamente la punta de la lengua por los labios.

Damon la miró, en absoluto afectado por su intento de seducirle. Estaba acostumbrado a eso. Lo peor era cuando las mujeres que le hacían proposiciones indecentes habían superado los setenta años. Entonces sí que era aterrador.

—Bueno, en realidad, no lo estoy. ¿Me disculpas?

Se puso en pie con rapidez y salió corriendo detrás de Alice. La alcanzó cuando ella estaba a punto de entrar en el baño de señoras.

—¿Damon? ¿Qué estás...? —Tuvo que callarse porque Damon le tapó la boca con la palma de la mano.

Sin saber muy bien lo que estaba haciendo, la empujó dentro, cerró la puerta a sus espaldas y le tomó la cabeza entre las manos, curvando los dedos alrededor de su pequeño cráneo. Solo pasaron unos segundos hasta que su boca descendió sobre la suya y su lengua se adentró hasta lo más profundo de su garganta.

Alice sabía que debía resistirse a eso, pero la boca de Damon era tan ávida, tan seductora, tan apremiante, que ella fue incapaz de encontrar las fuerzas necesarias para apartarse. Se agarró con ambas manos al cuello de su camisa, se apretó contra su cuerpo y se dejó llevar. Él estaba muy excitado y el calor se propagó por todo el cuerpo de Alice cuando aquellas fuertes manos se colocaron en su trasero y la aplastaron contra su erección.

Mientras su boca acogía las acometidas de la lengua de Damon, Alice bajó la mano y la introdujo entre sus cuerpos. Sus dedos le rodearon el miembro, a través de la tela del pantalón, y empezaron a acariciarlo. Damon, apretó los párpados durante un instante, dejó escapar un gutural gemido de su garganta. Mirándola con ojos ardientes, la empujó contra la pared, le levantó el vestido y deslizó las manos por sus muslos, arriba y abajo. Alice echó la cabeza hacia atrás, con el rostro rojo de excitación, y volvió a agarrarse a su camisa. Él aprovechó aquello para centrar toda la atención de su boca en su cuello. Lo

lamió, lo besó e incluso lo mordisqueó mientras sus manos se arrastraban por debajo del vestido de Alice y le acariciaban el abdomen. Era la primera vez que estaba tocándola de ese modo tan carnal y aquello resultaba tan intenso que Damon estaba convencido de que, si ella se apartaba en ese instante, moriría de deseo.

Tomó posesión de su boca y deslizó la lengua dentro, todavía con más pasión. El beso siguió y siguió hasta que Damon se detuvo de pronto y la miró con ojos nublados de deseo.

—Dime que cenarás conmigo esta noche —le susurró en voz baja y ronca.

Alice hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Damon, no tendrías que haberme besado. Esto es un error. Estoy con David.

Él exhaló un suspiro. Si oía una vez más el nombre de ese idiota de Kirby, le estallaría la cabeza.

—No, Alice. —Lo negó mientras sus dedos se clavaban con fuerza en sus caderas—. No estás con David, estás aquí. Conmigo. —Fijó los ojos en los suyos y Alice se estremeció al ver que su mirada era un destello tan ardiente que amenazaba con incendiar todo el espacio que los rodeaba—. Y me besaste —añadió, deslizando las puntas de los dedos por la fina tela de sus bragas. Una sonrisa lenta se apoderó de las comisuras de sus labios al notar cómo ella se estremecía bajo sus tórridas caricias.

Las manos de Alice estaban temblando. Le soltó la camisa, colocó las palmas en su pecho y lo obligó a retroceder. Estaba demasiado cerca. No podía estar tan cerca de él. No podía dejar que la volviese a tocar de ese modo. ¡No podía ella tocarlo de aquel modo! Era un disparate. Estaba prometida. No, David no se merecía eso.

—Es cierto. Te besé. Y eso fue un gran error. No volverá a pasar. Vamos a intentar mantenernos alejados el uno del otro, ¿de acuerdo?

Estaba evitando su mirada, consciente de que, si lo miraba directamente a los ojos, volvería a besarlo. Y eso no podía permitírselo. Toda esa pasión la asustaba. Nunca había experimentado nada parecido. ¿Qué demonios había

pasado con su vida normal? ¿Cuándo se había ido todo al pique? «*El día en el que cruzaste su jodida puerta*».

Le dio la espalda para salir, pero él la detuvo agarrándola de un codo. Se le acercó despacio y la rodeó en un abrazo. Estaba acorralada en una esquina, atrapada entre la pared y sus brazos. ¿Por qué se sentía tan bien cada vez que él la abrazaba? Con David nunca sentía eso. Nunca se sentía... como en casa.

—¿Estás segura de que es eso lo que quieres?

Alice tragó saliva con esfuerzo. No, no estaba segura de nada. Todo lo que había conocido y sabido a lo largo de su vida le parecía ahora una gran mentira, mientras que el hombre cuyos brazos la sujetaban con firmeza era la única irrefutable verdad.

—No, no lo estoy. Pero es lo correcto.

Y salió del baño sin que él hiciese nada para impedirselo. En cuanto se quedó solo, Damon apoyó la espalda contra el muro y cerró los ojos. Necesitaba un minuto para recomponerse y aceptar que ella había vuelto a escabullirse de entre sus brazos. Alice ya no estaba ahí con él, pero su sabor se le había quedado impregnado en los labios.

Algún día... Algún día volvería a él y entonces nunca más la dejaría marchar.

Viernes por la mañana

Damon no tenía pensado ir a trabajar ese día. Uno de los beneficios de llevar un imperio era que podía faltar cuando le daba la real gana. Y a él le daba la real gana quedarse en casa porque sabía que a Alice le quedaba ese día de vacaciones y pretendía pasarlo con ella. Aunque fuese a distancia.

Estaba en la cama, dormitando, cuando escuchó su chillido. Invaso por una oleada de pánico, pegó un salto y corrió hasta el escritorio donde había dejado el portátil la noche anterior. Desde ahí pudo verla en su dormitorio, subida encima de una silla, gritando con todas las fuerzas de sus pulmones. No vio razón aparente para armar tanto escándalo, y eso lo desquició. Estaba

encendiendo el micrófono para preguntar qué era lo que le pasaba, cuando ella habló.

—¡Mefistófeles! Como no pilles a ese ratón, te juro por Dios que no volverás a oler una conserva en tu vida.

Damon dejó escapar el aire, aliviado. Solo era un ratón. Se sentó en una silla y estuvo riéndose de la situación durante largo tiempo. Cuando se trataba de Alice, se convertía en un ser paranoico y completamente chiflado. Necesitaba saber que ella estaba a salvo bajo cualquier circunstancia, y con una agente de la CIA aquello resultaba muy difícil. Damon era consciente de que Alice estaba jugándose la vida cada vez que salía de la oficina.

—¡Meffy! —ladró de nuevo—. ¡Mueve el culo de la cama! ¡Ahora mismo!

El gato, aburridísimo, empezó a moverse en círculos, antes de ponerse a amasar la sábana. Claramente, no tenía ni la más mínima intención de convertirse en un exterminador de roedores esa mañana.

—Está bien. Está bien. Lo haré yo misma. Pero ya puedes ir acostumbrándote al pienso. ¡Al de marca blanca! —amenazó furibunda mientras se bajaba de la silla, en vista de que el ratón se había escondido, asustado por sus chillidos.

Damon, muerto de la risa, se cruzó de brazos, esperando a ver cómo pensaba Alice manejar la crisis *ratonil*. Su mente estuvo imaginando toda clase de escenarios, con una Alice vestida de espía apuntando al ratón con una Glock 43, tras haberlo perseguido durante días con unos prismáticos de última generación; o, tal vez, retándolo a luchar con una catana, al estilo japonés. Estuvo riéndose de sus propias ocurrencias hasta que vio que ella estaba vistiéndose. ¡Mierda! ¿Por qué demonios no se le había ocurrido pensar que ella iría a comprar veneno? Era la opción más lógica. «¡Catanas! —bufó para sus adentros—. ¡Hay que joderse!»

Agarró lo primero que encontró: unos vaqueros descoloridos y una camiseta blanca de manga corta, y se vistió con rapidez. Cogió las llaves de su coche y, mientras bajaba en el ascensor con el portátil entre las manos, se ocupó de rastrear el GPS del móvil de Alice. Tenía que llegar a ese almacén

antes que ella. Si no, sería demasiada coincidencia. Ella podría acusarlo de estar siguiéndola.

Tuvo que saltarse todos los semáforos para cruzar la ciudad de punta a punta en tiempo record, pero lo consiguió. Dejó el coche aparcado delante de la tienda, en una zona de carga y descarga (le daban igual las multas, era muy rico) y entró corriendo. No se detuvo hasta la zona de los venenos para roedores.

Alice había desarrollado un extraño pánico hacía los ratones en quinto grado, cuando uno había trepado hasta su cama durante la noche, se le había metido por debajo del camisón y, con todo el cariño del que un ser tan pequeño como él era capaz, se había acurrucado encima de su pecho, dejándola traumatizada de por vida. Esa irracional fobia le había impedido estar (sin chillar como una demente) en un piso donde habitaba un roedor, así que había salido corriendo a toda prisa, sin arreglarse demasiado. Vestía un vaquero viejo y una camiseta blanca de tirantes. Se había recogido el pelo en una coleta alta, que se movía con gracia cada vez que caminaba.

Aparcó en la zona de los clientes y se bajó del coche. Anduvo a paso tranquilo hasta la entrada. Saludó al guardia de seguridad con un gesto de cabeza y aprovechó para preguntarle a un empleado dónde estaban los venenos para roedores. El hombre le indicó el otro extremo de la tienda y ella se encaminó hacia allí.

—¿Y piensa usted que con una caja bastará? —estaba diciéndole Damon a un dependiente, que parecía bastante exasperado (el señor Wilde llevaba dos minutos interrogándolo, como si en vez de venenos para ratones, estuviese comprando una póliza de vida)—. Mis almacenes están infestados de ratones. ¿Está usted convencido de que esta es la mejor marca que tienen? No quisiera tener que volver hasta aquí. Soy un hombre muy ocupado.

Sobresaltada, Alice se escondió detrás de una estante lleno de cajas de herbicida. El corazón le retumbaba en el pecho y apenas podía controlar el susurro de su acelerada respiración. ¿Qué demonios estaba haciendo Damon Wilde ahí, comprando veneno para ratones? Con lo rico que era, seguro que

tenía un departamento que se ocupaba de esos asuntos. Departamento jurídico, departamento comercial, departamento de exterminio de ratones, etc.

Se quedó inmóvil unos segundos, pero la tentación de mirarlo de nuevo fue demasiado grande. Recordaba haber visto antes de esconderse despavorida que estaba guapísimo ese día, despeinado y vestido de forma casual. Incapaz de resistirse, retiró una caja de la estantería para mirarlo sin necesidad de ser vista. Entonces, su grito resonó por todos los pasillos. Damon estaba justo en el otro lado, supuestamente eligiendo herbicida, y al quitar ella la caja, sus ojos chocaron.

—¡Alice! —exclamó en tono sorprendido y alegre—. ¿Qué haces aquí?

Alice sonrió abochornada.

—Bueno, pues... buscar... eh... —Lanzó una escrutadora mirada a su alrededor—. ¡Herbicida! —exclamó en un tono más agudo de lo que pretendía—. Y veneno para ratones. ¿Y tú?

—Tres cuartos de lo mismo.

Damon rodeó el estante. Lo irritaba tener que hablarle a través del hueco que había dejado la caja que ella estaba sujetando entre las manos.

—¿Tienes un jardín? —preguntó él nada más detenerse a su lado.

Alice empezó a toquetearse el pelo con más nerviosismo de lo habitual. Cambió el peso de una pierna a la otra mientras miraba cualquier otra cosa menos a él. Damon se llevó un puño a la boca para ocultar una sonrisa. Le encantaba provocar eso en ella. Estaba claro que tenía sentimientos por él. Si no, ¿por qué iba a estar tan nerviosa?

—No. No. Es para... mis padres. Tienen un pequeño jardín y he pensado que, tal vez, podrían necesitar... ejem... herbicida.

Ninguno de los dos se movió. Damon, complacido tanto por el encuentro, como por la impresión que estaba provocado en Alice, sonrió con socarronería.

—Si necesitas veneno para ratones, yo puedo asesorarte. Llevo un buen rato interrogando al dependiente. Quería lo mejor de lo mejor para mis ratones

—le susurró con los ojos abiertos de par en par.

Ella soltó una risita ante ese orgullo masculino. Estaba claro que Damon Wilde pretendía hacerse el machito aquel día.

—Claro. Venga, échame una mano.

Caminaron juntos hasta los estantes donde se hallaban los venenos. A Damon se le secó la boca cuando reparó en que Alice no llevaba sujetador por debajo de su camiseta. Tragó en seco, mirando afectado cómo los pechos se le movían al caminar, al respirar, al estarse quieta, ¡constantemente! Se había excitado tanto que quería tocarla, besarla y hacerle el amor allí mismo, contra alguna de esas estanterías.

—Y bien, señor aniquilador de ratones, ¿qué veneno me aconseja usted?

Damon parpadeó con rapidez y se esforzó por subir la mirada hacia sus ojos.

—¿Eh? ¿Veneno? —repitió ausente—. Oh, sí, veneno. Pues... —le dio la espalda, entrecerró los ojos y cogió aire en los pulmones— Este.

Le ofreció una caja. Alice la cogió sonriendo.

—Sí, el veneno para zarigüeyas es interesante, pero yo me enfrento a ratones esta vez.

Damon, ruborizado hasta las puntas de sus orejas, le arrancó la caja de las manos. ¡Maldita sea! Se giró de nuevo, se exigió a sí mismo un poco de autocontrol y miró atentamente las cajas. Cogió el primer producto en cuya etiqueta ponía, en mayúsculas, la palabra ratón.

—Este —le dijo con repentina serenidad.

Alice leyó la etiqueta. Ya no se fiaba de él.

—Sí, parece que este me vale.

Damon resopló de puro alivio. Alice lo miró con suspicacia, alertada por su reacción. ¿Qué estaba tramando ese hombre? Algo estaba tramando, sin duda alguna. Se lo decía su instinto de agente especial.

—Sabes, Damon, me resulta muy curioso coincidir siempre contigo, con lo enorme que es Nueva York.

Mientras aguardaba una explicación, Alice introdujo ambas manos en los bolsillos traseros de sus vaqueros, lo que hizo que sus pechos se alzaran. Damon, mirándola con el ceño fruncido, separó los labios. Era incapaz de seguir respirando por la nariz o de dejar de mirarle los pechos.

—¡Qué sexageración! —sacudió la cabeza enérgicamente—. ¡Exageración! —se corrigió a sí mismo, gritando como un chiflado—. Exageración —repitió algo más tranquilo, mirándola esta vez a los ojos—. Solo hemos coincidido dos veces.

—Ayer y hoy —puntualizó ella con ambas cejas enarcadas de forma interrogante.

Damon la miró con cara de sospecha.

—¿No estarás siguiéndome, agente Montgomery?

Alice soltó una risita nerviosa.

—El que está siguiéndome eres tú.

—¿Y por eso estabas escondida detrás de unas cajas? ¿Por qué yo estaba siguiéndote?

Alice tuvo que admitir, a regañadientes, que él llevaba razón. Ya estaba ahí cuando había llegado ella. A no ser que fuese adivino, era imposible saber a qué tienda iba a ir. Y ¡maldita sea! ¿Cómo se había dado cuenta de que se había escondido?

—Bueno, esto... ejem... no estaba escondida, es que yo... en fin... ¡vale, sí! Te he visto y me he asustado —murmuró a modo de explicación.

Damon se cruzó de brazos.

—¿Tan feo soy que voy por ahí asustando a las damiselas?

—No —se apresuró Alice a decir, casi a gritos—. Es que... no quería verte después de lo de ayer.

—¿Lo de ayer? —preguntó, fingiendo confusión.

Alice, cohibida, se encogió de hombros. ¿Por qué no se daba por enterado de una vez? Sabía perfectamente de lo que estaban hablando. ¿Acaso disfrutaba viéndola tan incómoda y tan ruborizada?

—Ya sabes, cuando tú y yo nos... —Apretó los labios y tragó en seco antes de añadir, en un murmullo—: Besamos.

—Oh —fue lo único que dijo.

Extendió el brazo y movió los nudillos por su mejilla.

Alice contuvo el aliento. Estaban demasiado cerca. ¿Cuándo había invadido él su espacio personal y cómo es que ella no se había percatado de ello? Tal vez porque estaba hechizada por esos incandescentes ojos. Le dieron ganas de alargar un poco el dedo y deslizarlo por sus carnosos labios, por la incipiente barba que cubría su mandíbula. Estaba convencida de que le rasparía la piel. Se imaginó su boca bajando por su pecho, con esa barba haciéndole cosquillas a su paso. «*¡Basta! ¡Joder, para!*»

—Está bien. Debería irme a casa.

Estaba impaciente por desaparecer de ahí. Ojalá la tierra se la tragara.

—¿Alice?

Como no se detuvo, Damon se interpuso en su camino. Le agarró el mentón para obligarla a que lo mirara a los ojos, puesto que ella no se atrevía a levantar la mirada del suelo. Nunca en su vida la habían intimidado tanto. Francamente, Alice Montgomery prefería a los delincuentes peligrosos. Ellos no la cohibían tanto como Damon Wilde.

—Dime, Damon —susurró.

Él aspiró hondo, con los ojos cerrados.

—Cena conmigo esta noche —suplicó con voz hipnótica.

Estaba convencido de que, a la tercera invitación, ella le diría que sí.

—Damon, yo...

Alice sabía lo que tenía que contestar a eso. ¡No, no, no y no! Un gran, enorme y redondo NO. Pero antes de que tuviera tiempo de retirarse, él le pasó un dedo por los labios. Y entonces, con voz susurrante, ella dijo que sí.

Damon agachó la cabeza hasta que sus labios estuvieron a la altura de los suyos. Alice esperó ese beso que tanto deseaba, pero el beso nunca llegó. Él se limitó a rodearle la cabeza con las palmas y a acariciarle el pelo con las

puntas de los dedos.

—Gracias —le susurraron esos sensuales labios, colocados en su oreja—. Te recojo a las ocho. Dame tu número de teléfono para llamarte luego.

No debería haber hecho aquello, sin embargo, lo hizo. Le dio su número de teléfono y cuando él llamó un par de horas más tarde para preguntar por su dirección, se la dijo. Así de sencillo.

Viernes por la noche

Damon estaba plantado delante del edificio de Alice, esperándola. Ella había insistido en que no era una cita y que debían vestir de forma casual, así que él se había decantado por unos vaqueros y una sencilla camisa de *denim*. Estaba de brazos cruzados, apoyado contra un árbol, cuando la vio salir. Se enderezó y se apresuró a abrirle la puerta de su coche.

—Estás guapísima —susurró, mirando con un brillo de admiración su vestido azul oscuro, cuya falda con vuelo le llegaba justo por encima de las rodillas.

—Gracias —musitó ella a media voz, mostrándole una vacilante sonrisa.

Se inclinó sobre ella, le apartó un mechón de la mejilla y luego colocó los labios ahí. Solo fue un roce, pero Alice no pudo evitar estremecerse. Al aspirar ese masculino olor que había invadido todos sus sentidos, se le olvidó por completo que esa no era una cita. ¿Cómo no se le iba a olvidar aquello? Esa noche Damon estaba irresistible. Despreocupado, más sexy que nunca y muy seguro de sí mismo. Sería un verdadero calvario mantenerse alejada de él. Debería darse la vuelta y salir corriendo en ese preciso instante. Sí, eso era lo que debería hacer.

Por suerte, la situación se solucionó por sí misma.

—¿Dónde vas a llevarme? —preguntó mientras él ponía el coche en marcha.

—A un chiringuito en la playa. Te va a encantar. El dueño es amigo mío. ¿Te gusta el pescado frito?

Alice asintió en silencio, curiosa por ver el sitio que tenía Damon en mente. Tardaron un tiempo en llegar, debido al tráfico que pillaron de camino. Alice quedó hechizada de inmediato. La terraza estaba justo en la playa, bajo una carpa que, en contraste con la arena y el color azul del agua, parecía todavía más blanca. Nunca había cenado tan cerca del océano. La ligera brisa agitaba los blancos manteles que cubrían las mesas de mimbre beige, que iban a juego con las sillas. Encima de cada mesa había un tarro de cristal dentro del cual destellaba la amarillenta luz de una vela, lo que añadía al lugar un toque romántico y lleno de magia. Aquella terraza era un sitio muy íntimo, muy sencillo, poco acorde a la distinción de Damon Wilde. Alice se lo imaginaba en un club de caballeros, fumando puros, jugando al golf y especulando sobre las subidas y bajadas del mercado bursátil. Había algo que no le encajaba. Según el perfil psicológico que ella había desarrollado, basándose en la conducta que había estado observando en él, Damon no pertenecía a ese lugar. Y, sin embargo, ahí estaban.

Se sentaron en la mesa más apartada de todas. Damon pidió cerveza para los dos y una bandeja de pescado frito para compartir. Alice estaba completamente fascinada, por su persona, por la terraza, por la infinidad que procuraba el océano..., por la infinidad de la pasión que brillaba en los ojos de él cada vez que se cruzaban con los suyos. Ojalá aquella noche no acabara nunca.

—No dejas de sonreír —remarcó él mientras la miraba detenidamente—. ¿Puedo aventurarme a pesar que he acertado a elegir este lugar?

Alice, risueña, hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Puedes.

A unos pocos metros de distancia había unos músicos afinando sus guitarras. Alice intuyó que esa noche iban a tocar, tal vez organizando una de aquellas fiestas en la playa donde la gente bailaba descalza, tomaba chupitos y se liaba con el primer desconocido guapo que conocía. Ella nunca había ido a esa clase de fiestas. En su adolescencia había sido demasiado responsable como para hacer algo que no fuese estudiar, y luego había conocido a Kirby.

Tuvo que morderse el labio para no reírse ante la imagen del frío agente Kirby bailando descalzo en una playa.

—Alice, ¿puedo preguntarte algo personal? —inquirió al cabo de unos minutos de conversación superficial.

Ella dejó la botella de cerveza encima de la mesa y sonrió mientras negaba con la cabeza.

—Damon, nada de preguntas personales. No es una cita.

Él se inclinó sobre la mesa para estar más cerca de ella, aunque no la tocó. Se limitó a mirarla, con los ojos brillándole como un carbón encendido.

—¿Y de qué vamos a hablar entonces?

No sonrió, solo la contempló de ese modo tan suyo.

—De nada. ¿Qué tal si escuchamos las olas?

Damon siguió la dirección de su mirada y observó el océano a lo lejos. El sol estaba a punto de ponerse y el cielo mostraba un curioso color rojizo con motas moradas y rosadas.

—Mientras tú estés aquí, me parece bien —susurró.

Alice lo miró por el rabillo del ojo, cautivada por la belleza de su perfil. Damon no parecía tener defectos desde ningún ángulo, lo mirara como lo mirara.

—¿Cómo es que no tienes novia, Damon? —preguntó de pronto.

La boca de él se movió lentamente, dibujando una sonrisa.

—Pensé que esta noche no había preguntas personales.

—Me refería a que tú no podías preguntarme cosas a mí, no al revés. Por razones obvias, me encantan los interrogatorios.

Damon se echó a reír con ganas y ella se unió a sus risas.

—Está bien, agente. Contestaré a tus inquisitorias preguntas. No tengo novia porque nos separamos hace un par de semanas.

Alice contuvo una sonrisa.

—¿Qué le hiciste?

«Cepillarme a su hermana».

—Nada. Supongo que yo no era lo que ella pensaba que sería. —Suspiró, pensativo.

—¿Y qué era lo que ella pensaba que serías?

«¡Fiel!»

—Soso y aburrido.

Alice enarcó una ceja.

—¿Y no ser soso y aburrido es malo?

—Malísimo.

Alice tomó un trago de cerveza, sin dejar de observarlo. Él no apartó la mirada de las olas. Las miraba con la misma concentración con la que solía mirarla a ella. Igual de fascinado. Igual de pasional.

—Supongo que habrás tenido muchas novias a lo largo de tu vida —se sorprendió a sí misma murmurando.

Los labios de Damon volvieron a esbozar una sonrisa.

—Eso no es una pregunta, *madeimoselle*.

Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja mientras se esforzaba, en vano, por atrapar la mirada de ese hermoso rostro suyo.

—No, no lo es, pero puedes contestar igualmente —le susurró.

Damon hizo un gesto de desdén con los labios.

—Unas cuantas.

—¿Cinco, diez, cincuenta...? —le propuso.

—Más.

—¿Más? —Lo miró con la mandíbula desencajada—. ¿Cómo qué más? Damon, ¿cuántos años tienes?

Damon al fin giró la mirada hacia ella. Se lo veía muy divertido.

—Treinta y seis. Y nunca he tenido una relación importante, ni estable, si esa iba a ser tu siguiente pregunta.

Alice clavó los ojos en los suyos y se inclinó sobre la mesa para acortar un poco la distancia que había entre ellos. Damon pensó que ella, en efecto, parecía de la CIA en ese instante. Sus rasgos habían adquirido una dureza que

él pocas veces había visto. Salvo aquella única vez, cuando lo había interrogado. Se preguntó si ella sufriría de trastorno de personalidad múltiple. De aquel modo se explicaría por qué algunas veces era impulsivamente pasional y otras tan fría y calculadora. Tomó nota de consultárselo a Mark esa misma noche.

—¿Y eso por qué, Damon?

Se tomó un largo instante antes de contestar. Estuvo mirándola en silencio, recorriendo con la mirada cada facción suya, como si nunca en su vida hubiese visto algo tan maravilloso.

—No la he encontrado a *ella* —respondió en un susurro.

—¿Ella? —repitió Alice confusa.

Una sonrisa de ternura se apoderó de los labios de Damon.

—Sí, *ella*. La mujer que va a cambiarlo todo.

«Tú, amor».

—Ya veo. Así que crees que existen los grandes amores.

—*Sé* que existen los grandes amores —apostilló Damon, sin apartar los ojos de los suyos.

Alice empezó a removerse inquieta en su silla.

—De acuerdo. Creo que esta conversación ha acabado. ¿Qué te parece si cenamos?

Damon le guiñó un ojo.

—Lo que *madeimoselle* disponga. Esta noche jugaremos según tus normas. La próxima vez decidiré yo.

Alice, incapaz de retener la sonrisa, se llevó un trozo de pan de ajo a la boca.

—Damon, no nos engañemos. No habrá una próxima vez.

Damon medio sonrió mientras se acercaba la botella de cerveza a los labios.

—Eso está por verse.

Durante toda la cena, estuvo mirándola fijamente mientras ella masticaba,

como si todo aquello le resultara extraordinario.

Y sus ojos la atraían como nada lo había hecho jamás. Era incapaz de apartar la mirada de ellos. Sentía que habría podido perderse en toda aquella profundidad para siempre, sin preocuparse por nada más.

Cuando acabaron de cenar, él pidió una copa. Para Alice.

—¿Siempre bebes agua? —preguntó ella mientras le daba un sorbo a su Daiquiri.

—Es evidente que no. Antes he bebido cerveza, agente. No me digas que no has reparado en ello. Ofenderías mi inteligencia, puesto que he visto con qué atención me has estado escudriñando.

—Pero ahora no te has pedido una copa.

Damon jugueteaba con su mechero. Alice se preguntó por qué tenía un mechero si no fumaba. Estaba convencida de que Damon no fumaba porque ella sabía que los fumadores fumaban después de cenar y él no lo había hecho.

—Me gusta tener la mente despejada —susurró él, contemplando esa débil llama que no tardaba más de unas milésimas de segundo en apagarse a causa del viento.

—Y has decidido emborracharme a mí.

—Exacto. Y, por si te surgen dudas, luego pienso aprovecharme de ti, *madeimoselle*.

Alice se echó a reír a carcajadas.

—Estoy entrenada para matarte si quiero.

—Yo también. Y sabes que tengo más fuerza física que tú. Así que, si quieres un consejo..., no te resistas.

Alice dejó de reír y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir con que tú también?

Damon le echó una fugaz mirada antes de concentrar de nuevo su atención en encender y apagar el mechero.

—Bueno, trabajo para el ejército cuando me da la gana.

—Creando armas —puntualizó Alice.

—Lanzando armas —la corrigió él—. Soy piloto de guerra, Alice.

Alice se quedó boquiabierta. ¿Cómo es que ella lo ignoraba?

—¿Has luchado en alguna guerra importante?

El rostro de Damon parecía duro e insondable. Daba la sensación de que hablar de aquello no le despertaba ni la más mínima emoción. Solo la llama de su mechero excitaba su interés en aquellos momentos.

—Luché en todas. Gané todas. Los aplaste a todos. ¿Bailas?

El brusco cambio de tema hizo parpadear a Alice. Ni se había dado cuenta de que, a sus espaldas, se había improvisado una zona de baile donde varias parejas estaban moviéndose al ritmo de una canción latina.

—¿Por qué no?

Se quitó las sandalias, se puso de pie y colocó la palma de su mano encima de la de Damon. Él le dio un fuerte apretón, como si quisiera transmitirle que ese era su lugar y que nunca pensaba soltarla. Cuando llegaron a la zona de baile, la cogió por la cintura y empezaron a moverse. Damon era un excelente bailarín y no le costó mucho adaptarse a su ritmo. No era una canción lenta, con lo que no estaban bailado tan pegados como a él le hubiese gustado. Aun así, estaban lo bastante cerca el uno del otro como para sentir la electricidad que flotaba entre ellos. Damon estaba fascinado por el olor de Alice. La habría besado en ese instante y nunca se habría detenido. Pero no lo hizo. Se limitó a hacerla girar entre sus brazos, una y otra vez, hasta que ella terminó mareada por completo. No sabía si por el baile, por las bebidas o por el magnetismo de Damon.

La agarró entre sus brazos y la pegó a su cuerpo cuando aquellas guitarras españolas se detuvieron. Colocar sus brazos alrededor de su cuerpo era increíble. La había adorado a distancia, desde las sombras, pero en ese momento ella estaba entre sus brazos. Podía tocarla, podía sentir su corazón latiendo contra el suyo, podía besarla... Damon se sentía inmensamente feliz en ese instante.

—Eh, ¿estás bien? —le susurró tan cerca de sus labios que Alice notó un agradable cosquilleo fluyéndole por las venas.

Los sólidos muslos de Damon estaban pegados a los suyos y el calor que él irradiaba se propagaba por todo su cuerpo.

—Sí. —Alzó la mirada hacia sus ojos, que brillaban en la oscuridad—. Solo estoy un poquito mareada.

Damon le cogió la barbilla con suavidad y le sostuvo el rostro alzado.

—Alice.

—¿Mmmm?

—Quiero volver a besarte —le susurró mientras deslizaba la punta del dedo índice por su labio inferior.

Alice se derritió por completo entre sus brazos. Estaba convencida de que la ardiente mirada de esos ojos habría derretido hasta el Polo Norte. Posiblemente, también el Polo Sur y media Rusia.

—Damon...

—¿Mmmm?

—Yo también quiero volver a besarte.

Damon cogió sus manos entre las suyas y las apretó contra su pecho, para que ella sintiese los latidos de su corazón. Incluyó la cabeza y, entonces, sus labios se fundieron en un intenso beso. Esta vez no tuvo que obligarla a nada. Ella misma deslizó la lengua dentro de su boca para iniciar el beso, y su gesto desencadenó una explosión de puro erotismo.

La suave brisa del océano removía sus ropas y sus cabellos, y había gente bailando y riéndose a su alrededor, pero Damon y Alice permanecieron de pie, pegados el uno al otro, besándose ajenos a todo lo demás. Ella estaba convencida de que aquello era un error, mientras que él sabía que era lo más correcto que había hecho jamás.

Media hora después, estaban despidiéndose delante del edificio de ella. Alice se inclinó y le besó la mejilla, demorándose un poco más de lo necesario. Era su modo de decirle adiós. No pensaba verlo más. Nunca. Los errores se tenían que subsanar. Cuanto antes.

—Buenas noches, Damon. Gracias por la cena. Ha sido... increíble —

musitó.

Damon le cogió la nuca con ambas manos, se pegó a su cuerpo y sonrió burlón. Ella entrecerró los ojos. Sabía lo que estaba tramando aquel hombre. Su sonrisa se lo decía claramente.

—Damon... —murmuró a modo de advertencia.

Haciendo caso omiso de su aparente resistencia, inclinó el rostro hacia el suyo y se la quedó mirando con ternura.

—¿No vas a invitarme a tomar una copa en tu casa? —le susurró—. ¿Qué ha sido de la hospitalidad americana?

Sus labios estaban demasiado cerca. Sus ojos chispeaban con demasiada pasión. Alice tuvo que reunir todas sus fuerzas para negar con la cabeza.

—Tú no bebes —le recordó con cierta brusquedad.

—Si la ocasión lo requiere, sí —repuso él, sonriendo picarón.

Tuvo que admitirse a sí misma que aquella noche lo quería en su casa más que nada. Lo quería en su cama. Y en su vida. Se detuvo alarmada. ¿A qué demonios estaba jugando? ¿Desde cuándo le gustaba a ella ir a dos bandos?

—Damon, no. Esto es el fin. No volveremos a vernos más.

Él la contempló con una media sonrisa y los ojos brillándole de sardónica diversión.

—Tú y yo sabemos que esto es solo el comienzo, *madeimoselle*. —Y la soltó.

Alice se alejó casi corriendo hacia el portal. Sabía que él no se había movido y que estaba siguiéndola con aquella intensa mirada suya, pero no volvió a girarse ni una sola vez. En el ascensor, apoyó la frente contra el espejo y cerró los ojos. Las últimas palabras de Damon suponían una promesa y eran muy inquietantes los sentimientos que su arrogancia había despertado en ella. No, no lo vería más. Nunca.

Al llegar arriba, lo primero que hizo fue llamar a Kirby y quedar con él para cenar al día siguiente. Asunto arreglado. Se centraría en su prometido y se olvidaría de Damon Wilde para siempre.

Sábado por la noche

Mark y Damon estaban cenando en el Olympus, uno de los restaurantes que pertenecían al grupo Wilde. Mark le había pedido el divorcio a Alyssa, y Damon quería mejorar el estado de ánimo de su amigo. El excéntrico empresario formaba parte de la categoría de personas que pensaban que el único remedio para todos los males era echar un buen polvo, por eso había decidido sacar a Mark de casa. Antes, cenarían un buen filete y, luego, lo llevaría a algún club suyo y le presentaría a alguna de sus *amiguitas*. Damon tenía muchas amiguitas. De no haber estado tan locamente enamorado de Alice, él mismo habría echado un buen polvo con alguna de ellas. Dios era su testigo de lo mucho que eso le hacía falta. Pero estaba demasiado enamorado como para desear a cualquier otra mujer que no fuese ella. Además, esa noche se la dedicaría por completo a su amigo Mark.

Sin duda alguna, Damon Wilde era un hombre con un buen plan y unos nobles propósitos... que, por desgracia, la súper agente especial Montgomery tenía intención de echar abajo. Había multitud de restaurantes en Manhattan. Pues Alice y Shrek tuvieron que ir a cenar al Olympus.

Damon, guapo como un demonio, todo vestido de negro y haciendo gala de una elegancia que habría envidiado hasta el príncipe de Mónaco (el penúltimo, claro), estaba examinando su carta con el ceño fruncido. Durante un instante, levantó sus oscuros ojos, como si percibiese algo extraño en la atmósfera, una especie de atracción, un magnetismo que, casi seguro, no lo provocaba su amigo Mark, que estaba sentado delante suyo, soplándose los mocos. Entonces, cuando los intensos ojos de Damon se levantaron de la carta, se cruzaron con unos ojos color café igual de intensos que los suyos. Pillado por sorpresa, hundió el rostro en el menú antes de que ella pudiese reconocerlo.

—¡Mierda, es Alice! —le susurró a Mark.

Alice, desconcertada por algo que ni ella misma supo identificar, volvió la cabeza hacia su novio (en algunos círculos conocido como Shrek). Mark, frunciendo el ceño, giró la mirada hacia esa morena que había empezado a discutir acaloradamente con un caballero.

—¿Alice? ¿*Tu* Alice?

Sonrió, complacido por la posesividad del adjetivo empleado por Mark.

—La misma.

—Y no me digas que ese es Kirby.

El diablo de Damon no se atrevió a sacar la cabeza de su menú.

—El mismo.

—Pues deberías estar contento. Están discutiendo.

Damon levantó la cabeza lo bastante como para que solo sus ojos sobresaliesen.

—Tío, pareces Rambo —se mofó Mark.

—Chissssst. Quiero oír lo que dicen. ¿Lo ha llamado capullo?

Mark se encogió de hombros.

—No lo sé. Me estoy quedando sordo como mi madre. ¿Será por eso por lo que Alyssa me ponía los cuernos? —preguntó, confundido.

Los ojos que sobresalían por encima del menú se entornaron.

—Dewar, no estás quedándote sordo. Y Alyssa te puso los cuernos porque es una zorra. No tiene nada que ver una cosa con la otra.

Mark giró de nuevo la cabeza para examinar a esa curiosa pareja.

—Tío, ¿quieres quitarle la novia a un agente federal?

Damon lo miró confuso. ¿Es que su amigo, en vez de psicólogo, era adivino?

—¿Qué te hace pensar que es un federal?

—Bueno, lleva un traje barato. Seguro que trabaja para el gobierno —contestó Mark, tomando un sorbo de vino.

Damon soltó una carcajada.

—Eres bueno, Sherlock. Aunque tus radares podrían mejorarse. En realidad, trabaja para la CIA.

Mark hizo una mueca de fastidio.

—¡Maldita sea! Casi lo tenía.

—Sí, has estado muy cerca —corroboró Damon divertido.

Los dos amigos siguieron mirando a esa pareja sin quitarle ojo, atentos a todos los detalles, intentando pillar algo de su conversación.

—¡Tío! ¡Tu Alice también trabaja para la CIA! —exclamó Mark de pronto. El rostro de Damon se nubló.

—Como digas que has llegado a esa conclusión porque viste un vestido barato, te juro por Dios que te partiré la nariz de un puñetazo.

Mark rio a carcajadas.

—Tranqui, Chuck Norris. No iba a decir eso. Lo cierto es que lleva un vestido precioso. Y es muy guapa. Solo que parece una chica dura con ganas de patearle el culo a alguien. Posiblemente, a ti, por mirón —añadió risueño.

Damon miró con admiración el sesentero vestido de Alice, cuyo tono de blanco resaltaba el color dorado de su perfecta y delicada piel. Estaba muy guapa esa noche. Como nunca. Llevaba el pelo en un recogido informal y había unos cuantos mechones sueltos acariciándole el rostro. ¡Y se había arreglado tanto para Shrek, no para él! De pura mala hostia, Damon dobló el tenedor con la brutal fuerza de sus manos.

Alice, en el otro extremo del restaurante, cogió su copa de vino y se la lanzó a Kirby a la cara. Damon abrió los ojos como platos soperos.

—¡Hay que joderse! —musitó, mirando cómo ella se levantaba y salía por la puerta hecha una furia.

—Sí que hay que joderse —admitió Mark, quien también estaba siguiéndola con la mirada.

Damon se puso en pie con rapidez.

—Tengo que irme.

—¡No jodas! —gritó Mark—. ¡¿Y el polvo que íbamos a echar?!

Todas las cabezas se giraron hacia ellos.

—No él y yo juntos —le explicó Mark a una señora—, sino por separado. La señora cabeceó con reprobación.

—Son mariquitas —le susurró a su marido—. Una pena. Con lo guapos que

son.

—¡No hay polvo esta noche! —vociferó Damon, quien ya estaba de camino hacia la puerta—. Te tomas unas cuantas Olanzapinas y a la camita. Mañana te prometo que te saco de fiesta y echarás todos los polvos que te dé la real gana. ¡Pasad la cena a mi cuenta! —le gritó a alguien, quien fuese, alguno de sus cientos o miles de empleados.

Kirby, con el ceño fruncido, siguió con la mirada a ese famoso empresario que salió por la puerta como un terremoto. Así que era gay. Sabía él que los hombres tan guapos, ricos y poderosos como Wilde no aguantaban a las tías. Si es que estaban todas chifladas. Miró apenado su traje. ¡Joder! ¡Tendría que comprarse otro! La bestia de Alice se lo había destrozado. ¡Y eso que se había gastado ciento cincuenta pavos en ese traje! Era el mejor que tenía. Vaya mierda.

Mark, avergonzado al ver que todo el mundo lo miraba susurrando, se giró hacia su mesa y se centró en su filete. Ahora todo Manhattan diría que su mujer le había puesto los cuernos porque él, en el fondo, era gay y mantenía una relación con su mejor amigo. De repente, ya no le pareció tan mala idea lo de tomarse un par de cajas de Olanzapina, cerrar los ojos y no volver a abrirlos jamás.

Damon se encontró a Alice a tres calles de distancia del restaurante. Estaba sentada en un banco, llorando. Se le acercó con paso vacilante. No sabía del todo lo que debía hacerse en esos casos. Por razones evidentes, nunca se acercaba a personas llorando. Le irritaban los llantos y los lloriqueos. Pero ella era Alice. ¡Su Alice!

—Desearía tener un pañuelo —le susurró.

Ella levantó la mirada bruscamente. Se puso en pie con nerviosismo y empezó a enjuagarse las mejillas.

—Damon. —Parecía muy sorprendida de verlo ahí—. ¿Qué haces tú aquí?

Damon se mordió la mejilla por dentro y se mantuvo impertérrito.

—Te vi en el restaurante. Mi mejor amigo y yo estábamos cenando a unas cuantas mesas de distancia.

—Así que era por ti.

Frunció el ceño mientras bajaba la vista para mirarla.

—¿Era por mí, el qué?

—El magnetismo —contestó ella, como si aquello fuese evidente.

La miró parpadeando.

—¿Tú también lo notaste? —susurró, asombrado.

Los labios de ella dibujaron una débil sonrisa.

—Era imposible no notarlo. Tenía la sensación de que había un imán gigantesco apuntado hacia mí.

Damon alargó el brazo y le secó una lágrima. Ella se tensó de la cabeza a los pies bajo su roce.

—Yo tenía la misma sensación, nena —le susurró, tiernamente.

—Siento que hayas tenido que presenciar eso.

La cogió de la mano y se sentó en el banco.

—Alice..., ¿quieres decirme que ha pasado?

—Dejé a mi prometido.

Como ella no estaba mirándolo, Damon sonrió de pura satisfacción. «*¡Vía libre, colegas!*»

—Siento mucho oírlo.

«*¡JA!*»

—Tiene una aventura con mi mejor amiga —añadió Alice unos instantes después—. Me lo confesó ella misma. Dice que lo quiere.

Damon abrió los ojos desmesuradamente.

—¿La rubia es amiga tuya?!

Se mordió la lengua con fuerza. A ver ahora cómo se las ingeniaba para solucionar esa metedura de pata. Alice parpadeó un par de veces antes de hacerle la pregunta del millón.

—¿Cómo sabes que es rubia?

—No lo sabía. Pero como tú eres morena y las personas siempre quieren aquello que no tienen... Digamos que me he aventurado a sacar mis inteligentes conclusiones.

Alice no pudo reprimir una sonrisilla.

—Desde luego, muy inteligentes.

—¿Puedo hacer algo para mejorar las cosas?

«¿Algo como hacerte el amor, tal vez?»

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No hay nada que puedas hacer.

—Tengo misiles. Muchos misiles —se ofreció Damon—. Y toda clase de mortíferos juguetitos. Si quieres alguno, solo tienes que pedírmelo. Haría cualquier cosa por ti.

Alice lo miró con el ceño fruncido. Ladeó la cabeza hacia la derecha, lo cual subrayaba su evidente interés.

—¿En serio? ¿Y eso por qué?

«Porque te quiero, princesa».

—Porque me caes bien. Y como me caes bien, te llevaré a cenar. Creo recordar que tu filete seguía intacto.

—Eres muy observador, Damon.

—Sí, nena. Me gusta observar a la gente. Nunca tuve amigos de pequeño. Era un niño siniestro y solitario. Algo así como las gemelas de *El Resplandor*.

Alice dejó escapar una carcajada y cogió la mano que él le ofrecía. Damon no la soltó hasta el coche. Y ahí lo hizo de muy mala gana. Sus manos encajaban a la perfección. Además, había una corriente eléctrica recorriendo sus venas y él se había vuelto adicto a esa sensación. Pero tenía que abrirle la puerta a la *madeimoselle* y no había otra manera de hacerlo que soltando su mano. Y eso hizo.

Alice se deslizó en el asiento de ese coche carísimo, algo intimidada por tantos lujos. Ella conducía una camioneta Ford. El coche de Damon

posiblemente superase el importe de su casa. Alice ignoraba los precios de los coches de alta gama, solo sabía que no se los podía permitir, con lo cual no tenía sentido pensar en ellos.

—¿Dónde vas a llevarme?

—A mi casa.

El tono de Damon no dejaba lugar a protestas, pero ella era Alice Montgomery. De ninguna manera iba a permanecer callada ante eso.

—Mira, Damon, sé lo que pretendes.

Él la observó con una sonrisa incontenible.

—No tienes ni la más mínima idea, preciosa.

—No, en serio. Lo sé. Sé lo que pensaste al verme haciendo el ridículo en ese banco.

La mandíbula de Damon endureció de pronto.

—Estabas llorando, no haciendo el ridículo —la corrigió con severidad.

Los ojos de Alice se entornaron de exasperación.

—Es lo mismo. Tú me viste y pensaste que yo parecía débil y vulnerable, y que era un buen momento para lanzarte al ataque y echar un polvo conmigo.

Aquellas fuertes manos se tensaron sobre el volante. Pegó un brusco frenazo, deteniendo el coche en mitad de una avenida. Todos los conductores que iban por detrás pitaron violentamente y le hicieron peinetas. Damon no se alteró en absoluto. Estaba acostumbrado a los impresentables. Agarró la barbilla de Alice con una mano y la arrastró lo más cerca que pudo de su rostro.

—Escúchame bien porque no volveré a repetirme esto —dijo entre dientes, y Alice se estremeció ante esa mirada tan oscurecida—. Te deseo como nunca he deseado nada en toda mi vida, pero no quiero echar un polvo contigo —entornó los ojos—. No esta noche, al menos. Hoy no estás bien, acabas de romper tu compromiso y estás muy alterada. No quiero que nuestra primera vez suceda de este modo. Soy Damon Wilde. Me niego a ser un parche para superar tu ruptura. Tengo que serlo todo para ti. Tu mundo entero tiene que

resumirse en mi persona. ¡No me mires así, soy egocéntrico! —exclamó a modo de explicación, puesto que ella estaba mirándolo con los ojos fuera de las órbitas—. Lo quiero todo de ti, Alice. ¡Todo! Y esta noche no voy a tenerlo. Así que puedes estar tranquila. Mi polla se quedará dentro de los pantalones. Ah, y perdón por haber empleado una palabra tan vulgar delante de una dama.

Soltó su rostro y puso el coche en marcha de nuevo. Los impresentables seguían pitándole, pero a Damon le importó un carajo. Les hizo una peineta y se quedó muy a gusto.

—Vaya. Qué... discurso... más... pasional.

Estaba desconcertada. Damon Wilde era un ser curioso y muy intimidante. Y la atraía como nadie. Pero no entendía qué era lo que él quería de ella. Parecía tener un plan y, sin embargo, se negaba a desvelarlo. Si no quería echar un polvo con ella, ¿qué demonios era lo que pretendía? ¿Verla moquear encima de su carísima camisa? ¡Ni que estuviese enamorado de ella!

Damon se detuvo con un chirrido de ruedas en el garaje de su edificio. Cogió de la mano a Alice y juntos subieron en el ascensor que los trasportó hasta el salón de su ático. Alice, como el ser fino y delicado que *no* era, dejó escapar un silbido digno de un vaquero de Texas.

El interior de la casa de Damon era tan amplio como una catedral. E igual de imponente. Resultaba todo demasiado gélido ahí dentro. Los muebles valían una fortuna, igual que las obras de arte, pero ella echó algo en falta. Algo cálido y hogareño. Y no, con *cálido*, Alice no se refería a la chimenea, puesto que había una enorme, hecha de granito gris. Reparó de nuevo en el obsesivo gris que imperaba en la casa de Damon Wilde. Paredes grises, sofá gris, suelos grises. Gris, gris, gris. ¡Todo era tan deprimentemente gris! Distintos tonos que conjuntaban a la perfección. Sin embargo, solo gris.

—¿Por qué tiene que ser todo gris? —se sorprendió a sí misma preguntando cuando él le ofreció una copa de vino.

Afortunadamente, el vino era tinto. En una casa tan gris, eso era extraño.

Damon se encogió de hombros.

—Así es mi vida, Alice. No hay blanco, ni negro. Solo es una sucesión de momentos en gris.

—Eso es muy triste, Damon. En la vida de uno debería haber más colores.

Damon apoyó la espalda contra la chimenea y se quedó mirándola, inmóvil y sin sonreír.

—¿Tú crees? —susurró, sin apartar la mirada de la suya.

Alice asintió, intimidada por esos ojos tan penetrantes que estaban clavándose, no en los suyos, sino en las profundidades de su alma, como si pudieran ver los secretos que se escondían ahí dentro. En cierto modo, era así, solo que ella no lo sabía aún.

—Siéntate, Alice. Estás en tu casa.

—¿Adónde vas? —preguntó ella al ver que él se dirigía a la escalera interior de mármol gris. ¡Más gris todavía!

—A cambiarme la ropa. No puedo prepararte la cena con un traje de veinticinco mil pavos. Ni siquiera yo soy tan excéntrico.

Alice soltó una carcajada a sus espaldas, se colocó delante de los enormes ventanales y tomó un sorbo de vino. Mientras contemplaba la frenética forma en la que la ciudad de Nueva York acogía la noche de sábado, se preguntó si de verdad existían trajes que costaban ese dineral. Y si los había, ¿por qué demonios se gastaría alguien con dos dedos de frente tanto dinero en un traje, pudiendo comprar una casa en Minnesota? O en Arkansas...

Cuando volvió Damon, más guapo que nunca, a Alice casi se le cayó la copa de vino de la mano. Llevando traje era imponente e intimidante, pero con unos sencillos vaqueros y una simple camiseta blanca, Damon Wilde era la cosa más hermosa, salvaje y magnífica que Alice Montgomery había visto en su entera existencia. La agente especial empezó a lamentar haber dicho lo de los polvos. Ella, definitivamente, debía echar un polvo con ese hombre. O, mejor aún, varios. ¡Por Dios bendito! ¡Qué abdominales! Y qué brazos tan poderosos.

Mirándolo en silencio, Alice contuvo el aliento mientras se imaginaba aquellos brazos a su alrededor, estrechándola contra ese duro pecho. Y se

imaginó también esos seductores labios susurrándole cosas al oído, antes de besarla como solo él sabía hacerlo. A Alice nunca la habían besado de ese modo. Nadie había sido tan meticuloso, tan entregado, tan pasional. Nadie la había deseado tanto como la deseaba en esos momentos el dios moreno y arrogante que estaba mirándola con los ojos colmados de pasión.

—Estás guapísima con ese vestido.

—Gracias.

Se miraron en silencio. Damon sacó un mando del bolsillo de sus pantalones y apretó un botón. Empezó a sonar *You put the spell on me*. Sin apartar los ojos de los suyos, se encaminó hacia ella con el sigilo de un felino.

—Dime que vas a bailar conmigo —le susurró al oído.

Alice entrecerró los ojos. ¡Dios, lo bien que olía ese hombre! ¡Y qué magnetismo desprendía todo él!

—Bailaré contigo —balbuceó, perdida en esos ojos tan oscuros como una noche sin estrellas.

Él le dedicó una tierna sonrisa.

—Bien.

Apretó las palmas contra las de ella, ambos tomándose un instante para, sencillamente, sentir los escalofríos que les producía tocarse. A continuación, Damon, mordiéndose el labio, colocó ambas manos alrededor de la delgada cintura de Alice y la atrajo hacia sí. Ella le rodeó el cuello con las manos.

Y entonces empezaron a moverse. El salón estaba en penumbra. No había ninguna luz encendida, ni siquiera una lámpara. Solo las destellantes luces de Nueva York arrojaban sombras sobre las dos siluetas que se movían despacio.

Damon levantó la barbilla de Alice.

—Él no valía la pena, princesa.

Siempre había querido decirle eso a ella. Alice se detuvo durante unos instantes.

—¿Qué has dicho?

—Que él no valía la pena.

—Me has llamado princesa.

¡Mierda! Segundo tropezón en una sola noche. Debía ser más cuidadoso si no quería delatarse.

—¿Y qué tiene eso de malo?

Alice sacudió la cabeza. Ese tal Angel la tenía obsesionada desde hacía casi dos semanas. Posiblemente ella estuviese viendo fantasmas donde no los había. Sí, debía de ser eso.

—Nada. Es solo que... me has recordado a alguien.

Él sonrió. Así que había estado pensando en él. Es decir, en Angelus. En fin, en él. Damon se sintió como la Santísima Trinidad. En el fondo, todos eran el mismo.

—Alice... —Ella levantó la mirada—. ¿Qué haces mañana? ¿Y pasado? ¿Y el resto de tu vida?

Una expresión risueña se apoderó de la mirada de Alice.

—¿Qué diría la prensa si supiera que el Soltero de Oro es un romántico?

—Que, posiblemente, eso es debido al hecho de que el Soltero de Oro está bajo el efecto de algún potente narcótico inventado por Wilde Industries.

Ella soltó una risita. Los dos lamentaron cuando, al acabar la canción, tuvieron que separarse. Damon la cogió de la mano, la llevó hasta su cocina y la instaló en una silla alta, al lado de la isla central. En esa estancia, Alice se encontró con más tonos de gris. Todo era gris metálico, gris plata, gris plomo. A Alice le estallaría la cabeza si tuviera que vivir allí. Había empezado a detestar el gris.

Damon le sirvió a ella más vino (él no estaba bebiendo) y empezó a preparar la cena.

—¿Filetes con ensalada? —preguntó Alice, sonriéndole.

—Soy un maestro de las planchas.

—Eso parece.

Durante un largo tiempo lo contempló en silencio. No entendía su interés en ella. Él era demasiado guapo como para salir con alguien tan... corriente.

Alice sabía que ella no era fea, ni mucho menos. Era una mujer guapa. Para una ciudad de provincia. Para Nueva York, era del montón. Estaba convencida de que Damon estaba rodeado de bellezones.

Sonriéndose el uno al otro, se encaminaron hacia la enorme mesa que Damon nunca había usado hasta ese día. Como entre semana siempre cenaba solo, no la había necesitado. Y durante los fines de semana, cuando sí tenía invitados (o, mejor dicho, invitadas), siempre usaba la mesa del comedor.

—Damon.

—¿Mmmm?

Damon sirvió los filetes y la ensalada, le sirvió más vino y luego se sentó a su lado.

—¿Por qué Wilde Industries?

Se detuvo antes de llevarse un trozo de entrecot a la boca y la miró con una ceja enarcada.

—Bueno, es mi apellido.

—No me refería al nombre de tus empresas, sino a vuestro sector de trabajo. ¿Por qué misiles?

Damon alzó los hombros.

—Es lo único que se me da bien.

—Damon, también se te da bien hacer filetes. Y seducir a mujeres prometidas. Y menos prometidas. Bueno, mujeres en general. —Alice carraspeó, avergonzada por su verborrea—. Sin embargo, diseñas misiles.

—Los misiles son amigos que nunca decepcionan, Alice. Siempre hacen lo que se les pide. Siempre cumplen con las expectativas.

Alice enarcó una ceja.

—¿Y cuáles son las expectativas?

Damon apretó los dientes con fuerza. Alice se dio cuenta de la fuerza que empleaba para sujetar el tenedor. Sus nudillos se habían vuelto blancos.

—Aplastar —contestó al fin.

Tras haberlo dicho, las oscuras nubes de tormenta parecieron apartarse y la

calma regresó a esa enorme y gris cocina de Manhattan. Durante unos instantes, los dos masticaron en silencio, mirándose sin más.

—Me parece admirable —prosiguió ella, bebiendo un poco de vino.

—¿Aplastar? —preguntó él asombrado.

Con una débil sonrisa en las esquinas de su boca, Alice cabeceó para negarlo.

—No. Defender. Sin tus misiles, nuestro pueblo sería débil y expuesto. Tú haces que seamos más fuertes. Poderosos. Invencibles. ¡La gran nación! ¡El imperio! —exclamó, gesticulando.

Damon no tuvo claro si lo que había en la voz de Alice era orgullo, desprecio o una mezcla de las dos. Aun así, sacudió lentamente la cabeza.

—No soy ningún héroe, Alice. —Bajó la cabeza y volvió a negarlo—. Soy un asesino. Creo armas que matan a millones de personas.

—Por un bien mayor —repuso ella, y entonces él supo que en realidad estaba orgullosa de él.

Lamentó no ser digno de su orgullo. Sus chismes, más de una vez, habían arrasado pueblos enteros llenos de gente inocente. Familias como la suya. No siempre podía impedir los ataques.

—Ojalá fuese siempre por un bien mayor —le dijo en voz muy baja—. A veces solo se trata de delirios de grandeza.

Sus ojos se sostuvieron en silencio.

—Damon, tú no sufres delirios de grandeza. Créeme, te he examinado con mucho interés. Los habría detectado.

Él curvó los labios en una sonrisa vacilante.

—No, llevas razón. Yo no los sufro. Otros, por desgracia, sí.

—Mmmm. Y dime, Damon, ¿por qué quieres aplastar?

Alice acabó el vino antes de que Damon hablara.

—Me pagan millones.

Ella se limpió la boca con la servilleta, sonrió y sacudió la cabeza.

—No lo estás haciendo por dinero. Diría que es más bien algo personal.

¿Qué te hicieron los terroristas? ¿Dónde está tu familia, Damon Wilde?

Damon apretó los dientes. Su familia estaba en un cementerio de Boston. Su madre, embarazada de nueve meses, su padre y los demás ciento ochenta infelices. Todos. Yacían en las frías tierras de Boston.

—No están aquí.

Alice bajó la mirada, callada. Había reparado en ese destello de furia que había oscurecido las pupilas de Damon durante un breve momento. No iba a presionarlo para hablar de ello. Debía ser elección de él hablar sobre su pasado o no. Ella estaba convencida de que, llegado el momento, se lo contaría. Algún día... Cuando estuviera preparado.

—Entiendo. Lo siento.

Él le sonrió como si aquello no tuviera importancia.

—Ya basta de hablar sobre mí. Quiero saberlo todo sobre la encantadora agente Alice Montgomery. ¿Por qué la CIA?

Los sensuales labios de Alice se curvaron.

—También es algo personal.

Fin de la conversación. Así que a la cautivadora agente solo le gustaba interrogar. Pues bien, él no tenía pensado dar más datos sobre él si ella no le daba algo a cambio. Y ese algo debía de ser muy bueno para conseguir que Damon Wilde arrojase un poco de luz sobre su pasado.

—¿Cómo es que ibas a casarte con Kirby?

Ella no reparó en que él parecía conocer a Kirby. y Damon respiró aliviado. Tercer tropezón. ¡Maldita sea! Necesitaba mirar otra cosa que no fueran los pechos de Alice. Eso lo desconcertaba demasiado y le hacía decir gilipolleces.

—Lo amaba.

Damon tragó saliva. Esa afirmación le resultó la mar de fastidiosa.

—¿De verdad?

—Eso pensaba. Hasta que te conocí a ti.

No era de buena educación hacer eso, pero Damon Wilde no pudo

disimular su orgullo y su satisfacción.

—Eso es porque soy asombrosamente magnético —se vanaglorió, adoptando la misma expresión sensual que tenían los modelos delante del objetivo de la cámara.

Alice soltó una risita.

—Eso es porque me hiciste ver que había algo más, aparte de lo que yo tenía con David —lo corrigió con la voz ronca mientras lo miraba de un modo que lo trastornaba por completo.

Para ocultar su nerviosismo, empezó a jugar con el mechero. Lo encendía y lo apagaba, mirando distraído esa llama.

—¿En serio? ¿Y qué es ese algo?

—Pasión.

A Damon se le cayó el mechero de las manos. Lo cogió con torpeza, pero volvió a caérsele. Esa mujer estaba poniéndolo demasiado nervioso. Ojalá dejara de pasarse la lengua por los labios. Él solo podía pensar en hacer lo mismo, pasar la punta de su lengua por los labios de ella; recorrer esa carnosa boca, luego meterle la lengua dentro, desnudarla, arrastrar la boca por su cuerpo, acariciar todas sus curvas, saborear su... *«¡Basta! ¡No pienses en eso! ¡Piensa en misiles! ¡Los misiles no te la ponen dura!»*

—¿Estás bien, Damon?

Damon, con la mayor normalidad posible, dejó caer la servilleta encima de su erección.

—Perfectamente, gracias —dijo con voz metódica, actuando con mucha calma.

—Si has acabado, ¿podemos volver al salón? —propuso ella, y eso acabó con la fingida serenidad de Damon.

—¡No! —gritó como un desquiciado—. Aún no —se esforzó por adoptar un tono más sosegado—. Quedémonos aquí un rato. ¿Qué prisa hay?

«Misiles, misiles, misiles, misiles, labios de Alice. ¡No! ¡Labios de Alice, no! ¡Piensa en los jodidos misiles!»

—¿De dónde eres, Alice?

Ella se pasó la lengua por los labios, lentamente. «¡Corea del Norte! Eso es. Los misiles podrían bombardear Corea del Norte. Se lo haré saber al presidente».

—¿Qué te hace pensar que no soy de Nueva York?

«He *hackeado* tu ficha y sé que eres de Dallas».

—No pareces neoyorkina.

—Eso es porque soy del Viejo Oeste. Dallas. De ahí mi fascinación por las pistolas.

Damon rio.

—Qué graciosa.

—Tú si eres de Nueva York, ¿verdad?

—Sip. Nacido y criado aquí.

En su adolescencia, Damon había *hackeado* su propia ficha, con lo cual nadie sabía la verdad sobre sus orígenes, ni podían relacionarlo con los ataques de Boston o con la venta de drogas del Bronx. Para el mundo entero, Damon Wilde era hijo de un humilde empresario y su encantadora esposa, ambos fallecidos en un accidente de coche cuando Damon tenía quince años. Su apellido real ni siquiera era Wilde. Lo había adoptado a los quince años porque le había parecido que una palabra que significaba *salvaje* le pegaba mucho más que Fergusson.

—¿Manhattan?

Él movió la cabeza.

—Brooklyn.

—Vaya, un chico de los barrios humildes. ¿Y cómo es que estás hoy aquí?

—Perseverancia, trabajo duro, autoconfianza, mucha inteligencia. Ya sabes, lo normal.

Alice frunció el ceño. Le recordaba mucho a alguien. Demasiado. Y había tantas coincidencias... Pero no podía ser. ¿Por qué alguien como él...? No, era una locura. Y sin embargo...

—Dime una cosa, Damon. ¿Eres de los que solo creen en sí mismos?

Damon sonrió como un felino hacia sus adentros. Así que la sensual Alice tenía sospechas. Le acababa de lanzar el anzuelo y pensaba que él sería lo bastante gilipollas como para cogerlo.

—Creo en muchas otras cosas más —dijo con tranquilidad y extraordinaria sangre fría.

Al fin y al cabo, en alguna parte del interior de ese tío lunático que se comportaba como un adolescente en celo cada vez que la veía, seguía siendo ese hombre poderoso que apretaba los botones de lanzamiento sin parpadear. Sin sobresaltarse. Sin la más mínima compasión.

—¿Como cuáles?

Damon no parpadeó. Mentir era lo mismo que lanzar misiles. Un acto reflejo.

—Dios.

Y Alice cerró la boca. Estaba claramente equivocada. Le había quedado claro tras su conversación con Angelus que este despreciaba la divinidad. ¡Qué locura! Pensar que Damon Wilde, el excéntrico empresario, el arrogante y sarcástico *playboy*, estaría *hackeando* sus propios misiles, jugando con el sistema según se le antojaba, era una absoluta locura. Alice casi soltó una risotada.

—Y ahora sí que podemos irnos al salón —anunció Damon, quien había recobrado por completo el dominio sobre sí mismo.

Una vez ahí, encendió la chimenea y dejó puesto un CD de Eric Clapton. Las canciones sonaban bajo, para no molestar la conversación. Damon evitó hablar sobre sí mismo, alegando que quería saberlo todo sobre ella.

—Así que una hermana.

—Sip. Y dos sobrinos. Encantadores. Deberías verlos.

—Me gustaría —susurró él.

Alice levantó los ojos y lo miró sorprendida. Sabía lo que él estaba insinuando. Ir en serio. Mantener una relación formal. Damon había expresado

claramente que le gustaría conocer a su familia. Había estado prometida con David durante cinco años y él nunca había conocido a los suyos. Siempre iba a Dallas sola porque él se inventaba alguna excusa para quedarse en Nueva York. Por supuesto, Damon no era David.

—¿De veras? —musitó ella, mirándolo a los ojos.

Él, serio y meditabundo, le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Alice se estremeció cuando sus cálidos dedos rozaron su piel.

—Sí, princesa. Me encantaría conocerlos.

Estaban demasiado cerca el uno del otro. Alice no recordaba haberse movido. Damon, tampoco. Y, sin embargo, sus labios solo estaban a milímetros de distancia. Solo había que alargar un poco la cabeza y...

Alice dejó escapar un gemido cuando la lengua de Damon empezó a dibujar el contorno de su boca. Este la abrazó, acariciándole la parte baja de la espalda con sus poderosas manos. La acercó un poco más a su cuerpo, hasta que sus bocas acabaron la una encima de la otra.

Le separó los labios con la punta de la lengua y penetró su boca, con furia, casi, y con una pasión que estaba mareando a Alice. La palma derecha de Damon se cerró en torno a un pecho y empezó a apretarlo, notando cómo el pezón se endurecía bajo sus caricias. Sus bocas se devoraron, prácticamente, hasta que Damon se apartó de prisa, con la respiración jadeante y el rostro devastado a causa de la excitación. Si no paraban, iba a tomarla allí mismo. Y no era el momento. Así que, a pesar de su evidente deseo, a pesar de ese bulto que ella pudo ver en sus pantalones, Damon Wilde se comportó como un caballero (por una vez en su vida) y llevó a casa a la joven damisela. Ella no era como las demás. Era especial. Por eso se merecía un trato especial. Un trato VIP. A Damon le encantaban los tratos VIP.

Capítulo 4

Durante toda la semana siguiente, Damon vio a Alice a diario. Hizo uso de sus dos identidades con el único fin de formar parte de su vida. Aunque era consciente de que actuaba de mala manera colándose en su ordenador, no podía dejar de hacerlo. Estaba enganchado a ella. Nunca había tomado drogas, consideraba que eso era un patético remedio para los seres débiles que no sabían cómo enfrentarse a la realidad y buscaban otra vía de salida. Desde luego, el excéntrico magnate ni era débil, ni buscaba escapatorias. Él aplastaba. Sin más. Cuando la vida se lo ponía difícil, aplastaba. Cuando estaba triste, aplastaba. Cuando estaba aburrido, aplastaba. Cuando se sentía solo, buscaba a Alice. Y se sentía solo cada segundo, de cada minuto, de cada hora, de cada día.

No, Damon nunca había tomado drogas, sin embargo, ningún yonqui estaba tan enchanchado como lo estaba él.

El jueves por la noche, Damon, vestido con unos vaqueros para estar por casa y con el torso desnudo, estaba repantingado en el sofá, esperando a Alice. Gruñó de disgusto cuando el reloj del salón, una réplica en miniatura del Big Ben de Londres, dio las nueve de la noche. Alice siempre llegaba a las ocho y media. ¿Dónde demonios estaba? ¿Por qué no lo había llamado, ni había contestado a sus llamadas en todo el día? Decidió pincharle el móvil esa misma noche. La incertidumbre era un sin vivir. Respiró aliviando cuando escuchó la puerta abriéndose.

Alice no estaba dentro de su campo visual, pero se oían sus tacones y a Meffy maullando, lo que era todo un alivio. Quería decir que su Alice estaba en casa, sana y salva. Al fin la vio. Entró en el dormitorio, con el gato siguiéndola y armando follón.

—Lo siento, Meffy, no me he acordado de tus conservas.

El gato la miró como si le importaran una mierda sus disculpas. ¡Quería su

conserva y la quería ya!

—Puedes comer pienso —sugirió Alice mientras se desabrochaba el botón de la falda y se la bajaba lentamente por las caderas.

Damon notó que se empalmaba. Resopló fuerte, se bebió dos vasos de soda y, cuando volvió a mirar, ella ya llevaba un pantalón azul, que colgaba sobre sus caderas, y una camiseta blanca ajustada al cuerpo. Se había hecho una coleta alta, que la hacía parecer una jovencita de instituto. El gato no dejaba de maullar.

—Sabes, Meffy, a mí también me apetece un bol de helado de chocolate, pero no me pongo a maullar enloquecida por ello.

Una estruendosa carcajada salió de lo más profundo del pecho de Damon.

—Así que quieres helado de chocolate. Bien. Yo te daré el helado de chocolate, amor mío.

Se levantó, se fue a su despacho y sacó de la caja fuerte el móvil que solo usaba para situaciones de emergencia. No podía usar el suyo personal, necesitaba uno imposible de rastrear. Llamó al supermercado más cercano a la casa de Alice.

—Eh, sí. Buenas noches. Quería hacer un pedido. A domicilio. Para ya.

—No entregamos a domicilio por la noche. Tiene que ser mañana por la mañana —le contestó la cajera en voz metálica.

Damon puso los ojos en blanco. Su princesa quería el helado en ese momento, no por la mañana.

—Ya lo sé, pero te daré cien dólares para que lo hagas.

—No entregamos...

—Doscientos.

—Señor...

—Quinientos.

—Hecho.

Damon sonrió complacido. Siempre se salía con la suya y siempre se regocijaba enormemente.

—Bien. Quiero veinte cajas de conservas para gato.

—¿Qué marca?

—La más cara.

—¿Qué sabor?

Damon frunció el ceño. ¿Es que iban por sabores? ¿Y qué podía pedir? ¿Fresa? ¿Plátano? ¿Piña Colada? «Toma, Mefistófeles, tu conserva de mojito». Ese pensamiento lo hizo sofocar una risa.

—¡Meffy, que no hay salmón, demonios! —le gritó Alice al gato—. Deja de maullar.

—Salmón —le contestó Damon a la cajera—. Las conservas más caras de salmón.

—Valen a cinco dólares la caja.

—¿Y eso es lo más caro que tenéis?

—¿No le parece bastante? —La voz de la mujer mostraba su asombro.

—Está bien. Que sean cincuenta entonces.

—Solo tenemos treinta y cinco.

¡Pues vaya mierda de supermercado! Damon estaba perdiendo la paciencia. Sus pupilas estaban ya negras.

—Está bien. Treinta y cinco. Y una caja de helado de chocolate.

—¿Marca?

¡Maldita sea! ¿Cómo iba a saberlo él? A Alice nunca le había dado por los helados.

—Una caja de cada marca.

—Hay veinticinco marcas. Usted pidió una caja.

—¡Pues veinticinco jodidas cajas, señorita! —rugió.

A la cajera se le cayó el teléfono del susto. Lo recogió con manos trémulas, se aclaró la voz con nerviosismo e hizo un gran esfuerzo para formular palabras.

—¿Algo más? —Su voz era un hilo débil y tembloroso.

—No —gruñó el malhumorado Damon entre dientes.

—Necesito el número de su tarjeta.

Entró en el ordenador de Kirby y usó la tarjeta de este. Por capullo infiel, se merecía pagar la factura. No lo hacía porque él fuese tacaño. No lo era en absoluto. A Alice, le habría puesto el mundo a sus pies. Pero le producía una siniestra satisfacción joder a Kirby. Complacido por sus maldades, colgó el móvil y esperó a que llegara el pedido. No tardaron más de quince minutos en llamar a la puerta.

Alice, asombrada, cogió la caja que, según el repartidor, era de parte de un buen amigo. Solo pasaron unos segundos hasta que regresó al dormitorio con las manos en jarras. Parecía furiosa.

—¡Angel! —bramó, mirándolo fijamente.

Él no contestó, se limitó a sonreír. Así que había sumado dos más dos. Bien. A Damon le gustaban las chicas perspicaces.

—¿Estás ahí?

Encendió el micrófono.

—Siempre estoy aquí, princesa. Para ti, siempre.

Los oscuros ojos de Alice relampaguearon de pura ira.

—¿Puede saberse qué demonios estás haciendo? ¡Espiar a la gente es ilegal!

Damon soltó una carcajada.

—Sí, ser *hacker* no suele ser el oficio más legal del mundo. Pero no quiero hablar de mis asuntos ahora. Dime, ¿cuál de las veinticinco cajas de helado es la que más te gusta?

Alice se cruzó de brazos.

—No pienso recibir obsequios de un delincuente. ¡Eso se llama soborno!

—Solo si yo quiero algo a cambio.

—Oh, ¿y lo estás haciendo porque eres muy bondadoso? —le propuso ella en tono ácido.

—Exacto. Mi pequeño corazoncito solo alberga amor y paz.

Alice le habría lanzado algo a la cabeza de haber podido.

—¡Estás chiflado!

El gato no dejaba de enredar. Maullaba, trepaba por las piernas de Alice, saltaba encima de los muebles. Damon se preguntó si le había llegado a los bigotes el olor a salmón.

—Anda, dale a Mefistófeles su cena. Tiene hambre. Siempre toma su conserva a las nueve menos cuarto y esta noche te has retrasado.

—¡Mierda! —El rostro de Alice solo delataba conmoción—. ¡Oh, joder! ¿Hace cuánto que estás espiándome?

—Un tiempo.

—Define un tiempo —exigió a través de los dientes apretados.

—Desde que te conozco.

—¡Jesús! —Ella se pasó los dedos por el pelo—. ¡Y me has visto desnuda!

Damon se sintió indignado. ¿Qué había hecho él para que ella lo acusase de no ser un caballero? «¡Espiarla, so gilipollas!», se gritó a sí mismo.

—Una vez te vi los pechos, pero fue por equivocación —confesó, avergonzado como un crío al que habían pillado haciendo cosas malas—. Cerré la pantalla de inmediato.

Alice abrió y cerró la boca un par de veces. Parecía completamente escandalizada.

—Fue al día siguiente de lo de *you porn* —especificó él, aunque enseguida se mordió la lengua.

Vaya, eso se lo tendría que haber callado. Alice se había ruborizado hasta la punta de las orejas, y él se sintió como un capullo por sacar el tema.

—Eres un ser despreciable y patético, y te juro por Dios que meteré tu culo entre rejas antes de navidades.

—Eh, no hace falta ponerse en ese plan. Te juró que no miré. Me fui a echar un polvo con alguien *no* virtual. Y, por cierto, ya que estamos con el temita, hay algo que siempre he querido decirte. —Damon se puso tan serio como un padre—. Alice, no tienes nada de lo que avergonzarte. La masturbación es una

costumbre muy sana. Yo la practico todos los días. Varias veces. Por ejemplo, hace un rato en la ducha...

—Ahhhhhhhhh —gritó Alice, tapándose las orejas—. No quiero saber cómo te la cascás, dónde te la cascás, en quién piensas mientras te la cascás y, sobre todo, ¡a quién coño miras cuanto te la cascás! ¡Fracasado! ¡Búscate una novia de verdad!

Damon explotó en carcajadas. Ese era su plan.

—Está bien —recuperó la seriedad—. Me alegro de haber solucionado este asunto embarazoso. ¿Volvemos a ser amigos?

Alice le hizo una peineta. Damon la miró indignado.

—Oh, qué poco elegante ha sido eso, princesa.

—Vete a la mierda.

Furiosa como una gata salvaje, Alice cogió el portátil y lo guardó en el armario. Estuvo toda la noche mortificada por el asunto *you porn*. Ni siquiera se acordó de llamar a Damon. Él tampoco lo hizo, a pesar de que se pasó unas cuantas horas royéndose las uñas. No ver a Alice cuando a él le daba la real gana resultaba demasiado molesto. Algo así como una espina clavada en un dedo.

A las cinco de la mañana, en vista de que era incapaz de conciliar el sueño, Damon Wilde se presentó en la puerta de su amigo Mark Dewar para darle la charlita. O el coñazo, como sea. Mark, quien no tenía nada mejor que hacer ahora que estaba soltero, preparó té.

—¿Té?! ¿Me estás ofreciendo un jodido té?! ¿Quién piensas que soy yo? ¿El jodido lord Byron? ¡Soy Damon Wilde, por el amor de Dios! ¡Yo no bebo té! ¡Bebo *whisky*!

Mark, para nada alterado por sus rugidos, lo miró con serenidad mientras se acercaba su tacita de té a los labios. Levantó el meñique solo para cabrear a Damon, que refunfuñó unas cuantas blasfemias escandalosas.

—Vamos, cariño, sé buen chico y bébete el té que te he preparado —lo instó con dulzura.

Damon le enseñó el dedo corazón.

—Si no hay *whisky* en tus despensas, me niego a beber cualquier otro líquido. ¡Y mucho menos ese brebaje tan poco masculino!

Se cruzó de brazos, enfurruñado como un niño pequeño, para recalcar su negativa.

—Nunca sirvo bebidas alcohólicas a los locos —informó Mark, tranquilamente.

—Pensaba que los llamabas pacientes —repuso Damon disgustado.

—Y los llamo pacientes. Pero tú no eres un paciente. Eres un loco-capullo-hijo-de-puta que me hizo parecer un maricón la semana pasada y que ahora, encima, viene a despertarme a las cinco de la mañana porque su novia platónica ha bajado las jodidas persianas ¡Y él no puede espiarla! —estrelló su taza de té contra la pared, con el rostro completamente rojo de ira.

Damon, dueño de una absoluta serenidad, se puso en pie.

—Creo que es un buen momento para retirarme. Buenas noches, Dewar. — Se inclinó con cortesía antes de darle la espalda.

Mark observó cómo caminaba hacia la puerta con su innata elegancia, y pensó en lanzarle algo a la cabeza. No lo hizo. Sencillamente, arrastró los pies de vuelta a su dormitorio, rezando para poder conciliar el sueño. Le fue imposible conseguirlo, así que se pasó el resto del tiempo blasfemando y maldiciendo a su mejor amigo.

Como un animal salvaje enjaulado, el magnate de los misiles estaba recorriendo de arriba abajo su fabuloso ático de mil ochocientos metros cuadrados. Útiles, por supuesto. No ver a Alice resultaba demasiado desquiciante. ¿Y si los coreanos querían raptarla, eh? ¿Qué pasaría si se enteraban de que ella era su novia y de que él la amaba? Irían a por ella para llegar hasta él y destruirlo. Él había destruido unas cuantas bases militares coreanas durante sus bombardeos sobre algún que otro país desértico. ¿Y si los coreanos habían oído lo de «ojo por ojo»? O los rusos. ¿Y si venían los

rusos?! ¿O ese déspota sanguinario a quien él se había negado a venderle la tecnología Wilde? ¿Qué pasaría entonces, eh? ¿Cómo iba a proteger a Alice? ¡Si no sabía que ella estaba en peligro! No, esa desquiciante situación debía acabar ya. Damon Wilde necesitaba poseer el control sobre ese aspecto. ¡De inmediato!

Subió a la segunda planta de su casa saltándose varios escalones. Entró en el vestidor, sacó un elegante traje gris perla, una camisa blanca, una corbata gris plomo, y se vistió de prisa. Luego, delante del espejo del baño, se despeinó su oscuro cabello. Se miró. Bien. Estaba asombroso. Bajó los escalones corriendo y entró en el despacho de la planta baja, donde abrió la caja fuerte y sacó un puñado de cámaras de vigilancia, que escondió en los bolsillos. De camino hacia la puerta agarró una botella de su mejor vino. Si iba a presentarse en la puerta de Alice, necesitaría una excusa para hacerlo.

—¿Vino? —preguntó cuando una adormilada Alice le abrió a las siete y veinticinco de la mañana.

—¿Vino?! —Lo miró atónita—. ¿A estas horas?

—O puedo llamar al Starbucks y encargarme de los cafés —se ofreció, muy sereno y para nada alterado por haber despertado a la *madeimoselle*. Damon siempre daba por hecho que, si él estaba despierto, los demás también debían estarlo.

Alice frunció el ceño.

—No será necesario. Lo prepararé yo misma. Quieres... eh...

Antes de que tuviera tiempo de preguntarle si quería pasar, él ya se había instalado en el sofá de su salón, cómodamente, con Mefistófeles en su regazo. El demonio de gato parecía conocerlo de algo porque no dejaba de lamerle la mano y ronronear. En realidad, reconocía su voz. Cuando no estaba Alice en casa, Damon le había hablado más de una vez sin el modulador, para hacerse amigos. Todos los amigos de Alice tenían que ser amigos de Damon. Salvo ese gilipollas de Kirby, a quien él mandaría al demonio gustosamente.

—¿Decías, querida Alice?

La miró con infantil inocencia. Alice sacudió la cabeza, cerró la puerta y se desplazó hacia la cocina. Instantes después, estaba ofreciéndole a Damon una

generosa taza de café. A este le hacía falta. No había pegado ojo a causa del disgusto, y en un par de horas estaba convocado en el despacho oval. Un medio brote psicótico no contaba como excusa para dejar plantado al capitán del barco.

—¿Quieres contarme por qué estás aquí a estas horas?

Damon estaba acariciando el lomo de Mefistófeles con tranquilidad. Al gato se le caían las babas de placer.

—Estaba preocupado. No sabía nada de ti desde... eh... ayer.

Alice bebió un poco de café.

—Lo siento. Se me olvidó llamarte. Pero Damon, si no te llamo un día, no pasa nada, ¿sabes? No hace falta desatar el apocalipsis ni escupir fuego por la boca.

—Soy de corazón débil y me preocupo rápido —expuso él, dueño de la más absoluta de las tranquilidades—. Te agradecería que, en el futuro, si dices que vas a llamarme, sencillamente cumplas con tu palabra.

Alice no fue capaz de frenar la sonrisa.

—Está bien. Lo siento.

—Disculpas aceptadas.

Damon, con toda la elegancia de la que era capaz, bebió un sorbo de café. No lo escupió porque era un ser muy educado delante de las damas, pero tuvo que admitir a regañadientes que hacer café no entraba entre las virtudes de su novia.

—¿Quieres más café? —ella se puso en pie e hizo ademán de coger su taza.

—¡No! —rugió Damon, apartando la taza de esas maliciosas garras que pretendían echarle más brebaje infernal—. Es que... me afecta la cafeína —añadió, recuperando la serenidad.

Ella sonrió y se fue a la cocina para llenarse la taza. Damon aprovechó la ausencia para tirar su café en la maceta de un bonsay. Cuando Alice estuvo de vuelta, él estaba acariciando al gato y mostraba la misma expresión que un niño que nunca, en toda su vida, había roto un plato. Alice se sentó de nuevo

en el sofá.

—Ayer fue un día duro, por eso no te llamé.

—¿Y eso?

—Angelus —gruñó ella entre dientes.

Damon la miró con expresión casi de alarma.

—No será algún novio tuyo, ¿verdad? Ten en cuenta que soy muy egocéntrico. No soporto compartir ni el ascensor, mucho menos compartir a mi novia.

Ella soltó una carcajada.

—¡No! Es un delincuente de poca monta.

¡¿De poca monta?! ¡Por favor, que la súper agente le señalara otro *hacker* capaz de hacer lo que él estaba haciendo! A duras penas logró controlar su indignación. «¡De poca monta! ¡Hay que joderse!»

—¿Llevas su caso? —Se esforzó por disimular su disgusto, enmascarándolo con curiosidad.

—Sí, y resulta que el tío estaba espiándome como un perverso.

Damon abrió los ojos de par en par.

—¡¿Cómo que estaba espiándote?! —gritó consternado.

—A través de la cámara web. ¡Estaba viéndome, Damon! ¡En mi propia casa! El tío necesita ir al psiquiatra.

Damon tragó en seco. Bueno, tampoco era para tanto, ¿no? Con un par de psicólogos podía bastar..., ¿verdad?

—¿Y qué hiciste?

—Mandarlos a la mierda.

Para no dejar entrever sus verdaderos sentimientos, plantó un beso en la punta de la nariz de ella.

—Bien hecho, nena.

—¿Y sabes qué es lo peor de todo?

«Oh, ¿que vamos a seguir con esta conversación?».

—Que el tío me mandó un regalo anoche.

Damon sonrió hacia sus adentros. Había dicho regalo, no soborno. Con lo cual, le había gustado.

—¿En serio? ¿Qué fue lo que te mandó?

—Veinticinco cajas de helado de chocolate, de distintas marcas, y un montón de conservas de salmón.

El rostro masculino adquirió una severidad paternal. Fingida, por supuesto. En el fondo, le divertía mucho la situación.

—Alice, tienes que comer comida de verdad. Las conservas de salmón no suponen un alimento serio.

—¡Para gatos!

Damon fingió sorpresa.

—Oh. Entiendo. —Hizo una pausa, ceñudo—. ¿Y por qué tantas cajas de helado? —preguntó de pronto.

—Porque el desequilibrado no sabía que a mí solo me gusta la de Ben&Jerry's.

«Así que Ben&Jerry's. Tomo nota.»

—Alice, no sé cómo decirte esto, pero creo que está enamorado de ti —le dijo con falso gesto de preocupación.

Alice bufó.

—Es un fracasado que vive en un mundo virtual.

«¡Construyó un imperio! ¡En su adolescencia! ¿Qué otro puto adolescente ha conseguido eso? Salvo el gilipollas del Facebook, claro», tuvo que admitirse a sí mismo. ¡Pero él era más guay que aquel chaval! ¡Y no tenía acné!

Damon estaba demasiado disgustado. No quería seguir con esa conversación. Lo irritaba cuando la gente no le reconocía los méritos.

—Tienes que ir a trabajar, ¿no? —Cambió de tema.

—Sí —admitió ella en tono cansado—. Tengo que pillar a ese loco. Estoy harta de él y de sus bromitas de mal gusto. Ayer me llamaron de la Casa

Blanca para decirme que había *hackeado* la televisión del presidente y que ahora solo podía ver *Cartoon Network*.

«*¡Porque estaba mirando los canales para adultos! ¿Qué líder hace eso en su jornada laboral? ¡Tiene un país que manejar!*»

—Vaya, sí que está loco el muchacho —afirmó él secamente.

—De atar.

—Bueno, si quieres irte a la ducha, yo te esperaré aquí.

«E instalaré mis equipos de vigilancia por toda tu casa».

Por desgracia, los planes de Damon se vieron frustrados cuando alguien llamó al timbre. Era Kirby.

—¡Ochocientos dólares! —rugió, sin darse cuenta de que Alice tenía compañía—. ¡Ochocientos jodidos dólares se gastó el muy hijo de puta! ¡Con mi jodida tarjeta! ¡Y no he podido rastrear la maldita llamada! ¡Estoy harto de él! ¡Cuando lo pille, pienso colgarlo en la plaza pública! ¡DE LOS HUEVOS!

Damon se mordió los labios con mucha fuerza para retener las carcajadas.

—¿Kirby, quieres pasar? —Alice también parecía tan divertida que era evidente que estaba muriéndose de la risa en sus adentros.

Kirby cruzó el umbral. Entonces, sus azules ojos se abrieron de par en par. ¿Qué coño estaba haciendo el empresario gay en el salón de Alice a primera hora de la mañana?

—Oh, vaya, tienes compañía.

—Tú debes de ser Kirby —dijo Damon, quien se puso en pie y estrechó la mano de su rival por primera vez. Nunca habían estado tan cerca sin un ordenador de por medio—. Soy Damon Wilde, el novio de Alice.

Kirby mostraba el aspecto de una persona a quien acababan de golpear con una pala. O al aspecto de alguien medio tonto, según Damon.

—¿Novio? Pero si tú eres...

—Una *celebrity* delante de tus ojos. Lo sé. Es asombroso estrechar la mano de alguien como yo, ¿verdad? —se burló Damon.

«*¡Gay! ¡Tú eres gay! ¡Te vi con tu novio!*»

—¿Decías, Kirby? —preguntó Alice, cansada.

Kirby sacudió la cabeza.

—Bueno, te lo cuento mejor en el trabajo. Es información confidencial.

Los ojos color café se entornaron.

—Como quieras. Voy a ducharme. Ahora vuelvo. Siéntate. Hay café recién hecho en la cocina.

Si a Damon le hubiese caído mejor el agente Capullo, le habría advertido de que ese café era casi tan peligroso como una bomba de plutonio, pero dadas las circunstancias, le dedicó una mueca adorable, como invitándolo a servirse el magnífico elixir. Kirby, quien había probado cosas peores que el café de Alice, se sirvió una taza antes de regresar al salón y sentarse en el sofá, al lado del gato de Alice y ese empresario gay. La disposición era la siguiente: Damon estaba sentado en el extremo derecho del sofá, Mefistófeles en el centro y Kirby en el extremo izquierdo. El primero parecía de lo más divertido por la situación. El segundo, bastante aburrido. El tercero, increíblemente incómodo.

—Así que eres el novio —dijo Kirby al fin, para acabar con el molesto y denso silencio en el que estaban sumidos.

—Y tú el ex —afirmó Damon, sereno.

Mefistófeles se limitó a mover las orejas hacia atrás cuando los dos hombres le miraron. Aquello dejó claro que no le apetecía sumarse a su conversación.

Siguió otra larga pausa. Incómoda para Kirby, divertida para Damon e insignificante para el gato.

—¿Cuándo la conociste?

—Hace un tiempo. Vino a hacerme preguntas sobre mis misiles.

—Y tú, en vez de responder, te la tiraste —se aventuró a afirmar Kirby.

—Soy de la vieja escuela, Kirby. Yo no me *tiro* a mujeres. Antes las seduzco, las enamoro y las cuido.

«¡Gay!»

—Ajá. Y eso es lo que tienes pensado hacer con Alice. Cuidarla.

—Exacto.

Kirby permaneció en silencio mientras tomaba unos cuantos tragos de café. Con los labios fruncidos, empezó a cabecear.

—Así que vais en serio.

Damon colocó una pierna encima de la otra, entrelazó los dedos y descansó las manos encima de la rodilla.

—No es que sea asunto tuyo, pero sí. Vamos lo más en serio que se puede ir. Pienso conocer a su familia en breve. Hoy ya he conocido a una persona muy importante para ella.

Kirby se sentía conmocionado. ¿Alice había dicho eso sobre él? Carraspeó, colocándose la corbata.

—Vaya, gracias.

—Me refería al gato.

Kirby cerró la boca.

—Ah.

—Ya estoy aquí —anunció Alice, quien regresó al salón vestida con un traje pantalón color negro.

Damon se puso en pie, la cogió en brazos, la inclinó hacia atrás y le dio un largo y apasionado beso. Kirby los estuvo mirando con mala cara. No entendía por qué le dolía ver eso. ¡Ni que estuviese enamorado de ella! Porque... no lo estaba..., ¿verdad?

—Estás preciosa, nena —le susurró Damon al separarse de sus labios.

Kirby carraspeó con impaciencia.

—Esto..., eh..., Montgomery, tenemos que irnos. Tengo novedades en el caso Angelus.

—Te llamó luego —le susurró ella a Damon.

Sí, claro, como si él fuese a fiarse de sus palabras.

—No, mejor te llamo yo.

—Como quieras.

Alice cogió su bolso y se puso unos zapatos negros de tacón alto, preparada para salir. Damon se inclinó y rascó al gato entre las orejas.

—Hasta pronto, Mefistófeles.

El gato le chupó los dedos. Kirby, muerto de celos, se inclinó también para acariciar a ese molesto animal cuyo nombre acababa de averiguar. Nunca hasta aquel momento se había interesado por el gato de Alice. Le pareció recordar que ella tenía un animal de compañía, pero que lo colgasen si él podía decir a ciencia cierta si ese animal era un gato, un perro o una rata de cañería.

—Adiós, Mefistófeles.

El gato le clavó los colmillos bien clavados en el dedo. Kirby chilló como una nenaza, sacudió el dedo y luego soltó un par de maldiciones. Damon, con la espalda recta, la barbilla alzada y la máxima elegancia, esbozó una sonrisa de suficiencia.

—Los gatos tienen un excelente gusto, agente Kirby —vociferó mientras salía enérgicamente por la puerta.

Delante del edificio, tras un incómodo viaje en el minúsculo ascensor (para su disgusto, había tenido que bajar apretujado contra Kirby), Damon besó una vez más a Alice y luego se deslizó en el asiento de su Porche, aparcado junto a la acerca. Alice arrastró los tacones detrás de su ex prometido.

—Es gay —fue lo primero que dijo Kirby en cuanto se quedaron a solas. Se moría de ganas por soltarlo.

Alice dejó escapar una carcajada.

—No digas tonterías. Es el hombre más masculino que conozco.

—Créeme, Alice, es gay. Le vi con su novio la noche cuanto me tiraste el vino a la cara.

Ella puso los ojos en blanco.

—Kirby, en serio, no quiero hablar de eso. Ponme al día con el caso Angelus, ¿quieres? ¿Cómo es que no has rastreado la llamada?

Kirby abrió la puerta de su Chevrolet. La suya, por supuesto. Alice tenía

dos manos. Podía abrísela sola.

—Es indetectable. Intenté seguir el hilo, pero me llevó a un callejón sin salida. Estoy exasperado. Y, encima, ahora le ha dado por pagar sus compras con mis tarjetas. Bueno, *tus* compras, para ser exactos. Me debes ochocientos pavos, Montgomery.

Alice, acomodada en el asiento del conductor, sonrió. De haber tenido delante a Angelus en aquel momento, le habría dado un beso. Muy pasional.

—Y tú, diez años de mi vida. Considera que estamos en paz.

Kirby le dedicó una mueca enfurruñada y no volvió a hablarle en lo que quedaba de día.

Damon tuvo que volar de urgencia a Washington para su reunión con el presidente, el general Colan y el secretario de Defensa, el señor Grant.

—Estamos en guerra, Wilde. Necesitamos más misiles —empezó Grant en tono severo.

—¿Cuántos? —preguntó Damon, muerto de aburrimiento, mientras golpeaba la pantalla de su móvil con la punta de su dedo índice. Los altos cargos del Gobierno estaban distrayéndolo y justo estaba a punto de pasar de nivel. ¡Qué mierda!

Los tres hombres se miraron entre sí. Era una absoluta falta de respeto colocar los pies encima del escritorio del presidente. Y todavía más, jugar al Candy Crush durante una reunión de tal envergadura. ¡Por muy aburrido que estuviera! ¡Era inadmisibile!

—El doble de lo que pedimos la última vez —contestó el secretario.

Damon dejó escapar un silbido.

—Pues sí que estamos en guerra. ¿Y por qué estoy aquí? Podíais haber pedido suministros al departamento de Logística. ¿O es que echabais de menos mi carisma?

El general Colan le habría metido una bala entre las cejas a ese arrogante. De no haber sido tan importante para el país, claro.

—Queremos que construyas misiles que no puedan ser controlados por terceros —expuso.

Damon bufó.

—Y yo quiero a Kate Moss, pero no puedo tenerla —repuso, aunque en el fondo Kate Moss le importaba una mierda. Él ya tenía aquello que más quería.

—Esto no es una broma, Wilde. Haz el favor de tomártelo en serio.

Miró el enrojecido rostro del general y entornó los ojos.

—Me lo estoy tomando en serio, general, pero lo que ustedes me piden es imposible. Eso no existe.

El general golpeó la mesa con el puño.

—¡Pues invéntalo! —gritó furibundo—. En los ochenta tampoco existían los misiles indetectables y, sin embargo, los inventaste.

El presidente levantó una mano en el aire, en actitud conciliadora.

—Señor Wilde, lo que estoy a punto de contarle es un secreto de estado.

—¡Señor! —protestó Colan.

—Está bien, general. El señor Wilde es de confianza.

Damon, muy a su pesar, hizo el esfuerzo de cerrar el Candy Crush, bajar los pies de la mesa y sentarse según requerían las normas de conducta, que en versión Wilde significaba apoyar los codos encima de la mesa del presidente de los Estados Unidos de América y mirar a este con aire de infinito desdén.

—Soy todo oídos, señor.

—Resulta que hay un *hacker* muy astuto que pone en peligro nuestra Seguridad Nacional. No es la primera vez que controla los misiles, los desvía y cambia el destino de los bombardeos.

—Pues detenedlo.

—¿Acaso piensa que no lo hemos intentado? —rezongó Colan, lanzándole una mirada iracunda.

—La CIA está siguiéndole el rastro, señor Wilde —prosiguió el presidente, ignorando al malhumorado general—. Es cuestión de tiempo. Pero mientras tanto, los misiles están bajo su control. No podemos tener armas tan potentes

bajo el control de un lunático.

Damon se esforzó por no desvelar la magnificencia de su desprecio. Ese *lunático* poseía armas mucho más potentes que esa mierda de misiles. Y por eso, el mundo era un lugar más seguro.

—¿Qué es lo que quiere el *lunático*? Supongo que querrá algo. Todo el mundo quiere algo, señor.

El presidente hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Que los usemos sabiamente. Esas fueron sus palabras.

—Pues usadlos sabiamente. No podemos hacer otra cosa.

—Gracias, señor Wilde. Es usted muy ingenioso.

—De nada, general. Me lo dicen mucho.

—Señor Wilde, hago un llamamiento a su patriotismo —insistió el presidente—. Denos una solución a todo esto. O, en fin, al menos inténtelo.

Damon, muy de mala gana, hizo un gesto afirmativo.

—Está bien, señor. Lo intentaré. Pero el Gobierno también debería poner un poco de su parte y limitarse a *usarlos sabiamente* durante un tiempo.

—Haremos lo que se pueda —dijo el secretario Grant.

—Bien. Háganlo. ¿Algo más?

El presidente negó con la cabeza.

—De acuerdo. Señores, me ha encantado veros. Os mandaré más misiles. Buenas tardes.

Introdujo las manos en los bolsillos de su pantalón y salió del despacho oval silbando una canción de lo más alegre.

—Estoy harto de él —gruñó el general cuando el presidente y él se quedaron a solas.

—¿Y quién no, general? Pero lo necesitamos.

—Cierto, pero si algún día deja de sernos útil...

El presidente clavó los ojos en los de su general y sonrió.

—Lo eliminaremos.

La agente Montgomery había llegado a casa con un terrible dolor de cabeza esa noche, pero tenía que seguir trabajando. Se sentó delante de su portátil, con una taza de café al lado, y empezó a revisar las pruebas de uno de los casos que llevaba. Cinco horas después seguía en el mismo sitio y aún no tenía ni una pista. Damon decidió apiadarse de ella. La quería demasiado como para verla con tantas ojeras.

—Estás siguiendo pistas erróneas. Deberías investigar a James Lee. Financia el terrorismo. Es tu hombre.

Alice pegó un salto.

—¡Jesús!

—Nop. Mejor. Yo.

Le dedicó una mueca de exasperación que hizo que él sonriera.

—Angelus, ¿qué haces dentro de mi portátil?

—Soy un *hacker*, princesa. ¿Dónde iba a estar, si no?

—¡He cambiado de ordenador! —le gritó, irritada.

Él rio maliciosamente.

—¿Y de verdad pensaste que no iba a entrar en el nuevo?

Alice dejó caer la frente sobre la mesa y se tapó la cabeza con ambas manos.

—¡Sí! —gimoteó agotada.

—Lamento decepcionarte, pero lo hice. Y, por cierto, fue muy cruel por tu parte venderles el portátil a esos nudistas chinos. Cuando encendí la cámara, ¡vi a un abuelo desnudo! Y le colgaba... ¡todo! delante de mis ojos. Precisé dos horas de terapia para superar ese trauma.

Alice empezó a reírse a carcajadas. Angelus era un auténtico villano al que pensaba meter entre rejas cuanto antes, pero no podía negar que le era simpático. Un poco. Si obviaba el asunto con *you porn*, claro. Además, había puteado a Kirby por ella. Sí, Angelus, aun siendo el delincuente más buscado por la CIA, era un buen tipo. Era su James Moriarty. Lo detestaba y admiraba a partes iguales. Despertaba en ella unos sentimientos muy extraños.

—Para empezar, no se lo vendí, se lo regalé. Pensé que te lo pasarías bien con ellos.

—Pues no fue el caso —replicó Damon molesto, cruzándose de brazos.

Alice se limitó a sonreír, complacida.

—Así que tienes psicólogo.

—Todo el mundo tiene psicólogo hoy en día, princesa. Y por tu culpa, el mío está muy cabreado conmigo. De hecho, me dijo que, si osaba llamar a su puerta *una sola vez* más sin cita previa, iba a cortarme los... —Damon se detuvo; no podía reproducir las palabras de Mark delante de una dama—. En fin, mis partes íntimas.

—Los huevos —concluyó Alice, lo que hizo que el magnate de los misiles abriera la boca, escandalizado.

—Eso ha sido muy grosero, princesa. Un ser tan delicado como tú no debería soltar esas vulgaridades.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Qué quieres, Angel?

—Ayudarte. Pareces cansada. Tú necesitas información, yo puedo dártela... ya sabes, favores que se hacen los amigos.

—Tú y yo no somos amigos.

—Claro que sí. Aparte de mí y Meffy, no tienes a nadie más, *miss* Dallas.

Los ojos de Alice se abrieron desmesuradamente.

—¿¿Cómo sabes que me eligieron *miss* en el instituto?!

—Lo sé todo sobre ti. Por cierto, estabas guapísima con rizos. Deberías hacértelos más a menudo. Te favorecen.

—Estás peor de lo que yo pensaba.

—Puede. Pero investiga a Lee. Te sorprenderá.

Y Damon se fue a la cama. Había tenido unas semanas demasiado intensas. Alice se puso a investigar a Lee. Realmente se sorprendió. El empresario estaba financiando el terrorismo. Solo tenía que tirar de los hilos adecuados para desmantelar toda la organización.

Damon estaba bastante nervioso. Tenía una cita con Alice. Era muy difícil ser Damon Wilde y Angelus a la vez. De lo más agotador. Había que prestar mucha atención a todo lo que salía por su boca para no meter la pata. Claro que Damon no tenía pensado hablar demasiado. Tenía otros planes en mente.

De pie, delante de la puerta de Alice, llamó al timbre, haciendo caso omiso de su petición de esperarla en el aparcamiento. Al abrirse la puerta, Damon se quedó impactado. Alice llevaba un vestido *vintage* en un pálido tono de amarillo, que se ajustaba a su esbelta cintura y luego se ensanchaba sobre las caderas.

—Estás... estás...

Alice, como la fría agente de la CIA que era en ocasiones, entornó los ojos ante esos balbuceos.

—Sí, muy guapa —dijo secamente.

«¡¿Guapa?!» Damon estaba convencido de que ella era el ser más hermoso, delicado e irresistible que había visto en toda su vida. Se había dejado el pelo suelto y rizado, tal y como lo llevaba aquella noche cuando la habían coronado *Miss*. Hizo un amago de sonrisa. Así que le había hecho caso a Angelus. Maravilloso. Le sentaban bien los rizos.

—Pensaba que me esperarías en el aparcamiento —refunfuñó mientras se colocaba un pendiente.

Damon se le acercó, cogió uno de sus rizos entre los dedos y lo acarició, mirándola a los ojos de ese modo suyo tan hipnótico.

—No soportaba estar lejos de ti ni un segundo más. Y como la puntualidad no se suma a tus virtudes...

Ella entornó los ojos.

—Está bien. Estoy preparada.

Con el pulso acelerado, esperó unos instantes a que él la besara. Para su disgusto, Damon no se dispuso a moverse. Se mantuvo inmóvil en la puerta, limitándose a escrutar su rostro con una mirada muy concentrada. Algo decepcionada, cogió un pequeño *clutch* y lo acompañó al ascensor.

Mientras bajaban, Alice lo miró de reojo. Consciente de su atención, Damon sonrió como un felino.

—¿Damon? ¿Qué estás tramando?

Su sonrisa se hizo aún más amplia.

—No hay nada más letal que un hombre con un plan.

Alice no pudo evitar fruncir los labios en una sonrisa. En el aparcamiento, se encaminaron hacia su coche, donde Damon abrió la puerta. La de Alice. Ella era demasiado delicada como para abrírsele sola. Incluso le colocó el cinturón. Eso no lo hizo porque pensara que ella era demasiado delicada, sino porque no pudo resistirse a la tentación de inclinarse sobre ella y olerla. Su olor era desquiciante. En realidad, toda ella era desquiciante.

—Damon, ya está bien sujeto el cinturón. Deja de enredar.

Se enderezó, algo avergonzado, aunque lo disimuló bastante bien.

—Toda precaución es poca.

Alice a duras penas consiguió sofocar una risita. Impregnado de su perfume, Damon rodeó el Porche y se deslizó en su asiento. Condujo de camino al restaurante con la mano derecha sujetando la mano de ella.

La elección del restaurante impresionó tanto a Alice que empezó a sentirse fuera de lugar. Ella no pegaba en ese mundo. No pegaba con ese hombre. ¿Qué estaba haciendo ahí? ¿A quién pretendía engañar? ¿Si ni siquiera sabía cómo se pronunciaban los platos, por el amor de Dios! Ese no era su sitio. Pero entonces Damon cogió su mano por encima de la mesa, atrajo su mirada hacia la suya, y a Alice se le olvidaron sus conflictos interiores.

—¿Estás bien? —susurró él.

Hizo un gesto afirmativo.

—Es una noche importante, Alice.

—¿Por?

—Es la primera que vamos a pasar juntos sin el fantasma de Kirby. Esta noche solo vamos a estar tú y yo.

—¿Por eso has estado esperando todo este tiempo para...?

—Sí. Te quería solo para mí y me di cuenta de que necesitabas un poco de tiempo y de espacio.

A Alice se le estaban derritiendo las entrañas. Damon era perfecto. ¿Qué otro hombre habría sido tan comprensivo como él?

—Gracias por entenderlo.

—De nada.

Él cogió la carta y la examinó con el ceño fruncido. Alice, para no hacer el ridículo, lo dejó pedir por ella. Sabía muy poco francés y no pretendía pedir veneno en vez de pescado. Recordaba del instituto que las dos palabras eran similares.

—Espero que te guste mi elección.

La miró a los ojos, con el dedo índice recorriendo el borde de su copa de vino blanco. Deseó que ella no fuera capaz de notar su nerviosismo. Nunca se ponía nervioso con las mujeres. Pero ella no era cualquier mujer. Ella era Alice. ¡Su Alice! Solo ella poseía el don de desquiciarlo de ese modo.

—Damon, cualquier cosa que tu elijas, me parecerá bien.

—Mmmm.

Sumido en sus propios pensamientos, estuvo tamborileando con los dedos durante toda la cena mientras hablaban sobre trivialidades. Apenas probó bocado. Ella tampoco comió demasiado. Estaba siendo tan fijamente observada que eso le quitó el apetito.

—¿Postre?

Rezó para que Alice dijera que se lo tomaban en casa, pero ella no lo hizo. Damon compuso una mueca enfurruñada hacia sus adentros. ¿Cuánto tiempo más iban a estar en ese restaurante? ¡Llevaban ahí casi dos horas! ¿Por qué se empeñaba ella tanto en hacerlo hablar sobre sí mismo? ¿Acaso pretendía tenderle una trampa? ¿Dudaba de él? La miró con el ceño fruncido, intentando adivinar sus pensamientos. No, ella no parecía estar dudando de él. Solo estaba nerviosa y quería aplazar lo que ambos sabían que pasaría después de la cena. Esa idea lo hizo sonreír y recuperar el dominio sobre sí mismo.

—Voy a pedirte un poste de chocolate y fresas —anunció, de pronto animado.

Cuando al fin acabaron el poste, él se puso en pie con rapidez. La cogió de la mano, la condujo al coche y luego la llevó a su casa. Había sido bueno y comprensivo, pero eso tenía que acabar. Esa misma noche. No soportaba estar tan cerca de ella, verla con su ropa de estar por casa, ver sus pechos a través de esas camisetas blancas que solía llevar, y no poder tocarla. Había sido un auténtico infierno mantenerse apartado de ella durante todo ese tiempo.

—Sabes, Damon, en realidad no tengo ganas de tomar una copa ahora —comentó ella mientras subían en el ascensor.

Él la miró con expresión de extrañeza.

—No iba a ofrecerte una copa.

—Pero dijiste que íbamos a tu casa a tomar la última.

Damon no pudo retener una sonrisilla.

—¿Y tú te lo tragaste, agente?

Alice se encogió de hombros.

—Bueno, sí. Tú siempre te comportas como un caballero medieval.

—Uno de mis múltiples trucos para meterte en mi cama —explicó, guiñándole un ojo.

En cuanto se cerró la puerta a sus espaldas, Damon se abalanzó sobre Alice. Cogió su cabeza con las dos manos, la empujó hacia atrás, apoyándola contra un mueble, y la besó apasionadamente. Su lengua se hundía en su boca con enérgicas acometidas y Alice sintió que sus pies ya no tocaban el suelo. Entre sus brazos, el cuerpo de ella parecía tan frágil, tan delicado, tan dispuesto a obedecerlo en todo.

Las dos manos de Damon se colocaron encima de sus pechos y los acariciaron, arrancándole un gemido. No pudo dejar de besarla durante mucho tiempo. Sencillamente, era incapaz de separar los labios de la seductora boca de Alice. Necesitaba poseerla de todas las maneras posibles. Había soñado tantas veces con ese momento... y al fin iba a pasar. Al fin su lengua

descubriría todas sus zonas erógenas y las exploraría hasta dejarla sin conocimiento. Y sus caricias serían insaciables.

Trasladó las manos a su espalda y le desabrochó la cremallera despacio. No había prisas esa noche. Solo estarían ellos dos.

—Alice, estás preciosa —gimió.

Alice cerró los ojos y se apoyó en el firme, cálido y excitado cuerpo de él. Las manos masculinas se deslizaron por debajo de la tela del vestido y empezaron a acariciar la curvatura de su espalda, arriba y abajo. Luego, se colocaron en la parte baja de su columna vertebral y la apretaron con fuerza contra su erección. Alice gimió, cerró los ojos y dejó que todos los contornos se desvanecieran a su alrededor. Entre ellos dos jamás habría un límite para establecer las dimensiones de su pasión. ¿Qué podría haber contenido la magnitud de todo ese deseo?

La boca de Damon esparcía llamas de fuego por todas las zonas que tocaba: su cara, su cuello, su mandíbula. Mientras la acariciaba con sus labios, la miraba de un modo tan concentrado que el cuerpo se ella se contorsionaba solamente a causa de esa mirada.

—Alice, dime que siempre vas a ser mía —susurró mientras le deslizaba el vestido sobre las caderas.

Entrecerró los ojos ante la imagen de ella llevando un sugerente conjunto de encaje color blanco.

—Eso ya lo sabes —musitó Alice, perdida en esos ojos más oscuros que el mismísimo infierno.

—Pero necesito que lo digas. Que me lo prometas. Aquí y ahora. Dime que pase lo que pase, vas a pertenecerme siempre a mí. Solo a mí —añadió en voz ronca.

—Te lo prometo.

—Bien.

Le desabrochó el sujetador y se lo quitó. Con la cabeza inclinada, arrastró la lengua por su pecho en dirección a la base de su cuello. Y en todo este

tiempo, las puntas de sus dedos estaban acariciándole el vientre, dejándola sin respiración, enloqueciéndola por completo.

Alice extendió los brazos y le desabrochó los botones uno a uno. Le pasó la camisa por los hombros y se la quitó. Se detuvo un instante para contemplar lo magnífico que era con el torso desnudo. Nunca en su vida había visto algo tan perfecto y hermoso como él. Con los ojos clavados en los suyos, empezó a explorar su cuerpo con la boca. Damon cerró los ojos, hundió los dedos en su pelo y les permitió a esos tórridos labios deslizarse por cada uno de sus definidos músculos.

—Acompáñame —susurró al cabo de unos minutos, frotando la nariz contra su oreja.

La llevó a su dormitorio, donde la colocó encima de la cama. Con ternura. Como a la princesa que Alice era. Se inclinó sobre ella, venerándola con sus besos y sus caricias, tal y como se había prometido a sí mismo que haría si algún día la tenía entre sus brazos. Besó cada pequeño rincón de su cuerpo, descubrió todos sus puntos sensibles y disfrutó al ver cómo ella se retorció y gemía bajo la presión de su cuerpo. Por él. Era él quien la hacía gemir y arquear la espalda y las caderas. Ese pensamiento llenó a Damon Wilde de un orgullo masculino que nunca había experimentado hasta aquel entonces.

—Aún llevas los pantalones puestos —susurró Alice, impaciente.

Damon sonrió.

—Pues quítamelos, nena.

Ella se incorporó, le desabrochó el botón y descorrió el cierre. El poderoso cuerpo de Damon se tensó de excitación al notar los dedos de ella tan cerca de su dolorosa erección. Alice, consciente de ello, cerró la mano encima de su miembro y empezó a acariciarlo.

—Alice, estás matándome. —Su voz se había convertido en un murmullo gutural.

Con los ojos entrecerrados, a duras penas reprimió las ganas de estallar dentro de su mano. Había deseado tanto esas caricias que ahora le costaba mucho esfuerzo dominarse a sí mismo. Pero lo hizo. Agarró la mano de Alice,

obligándola a parar, y se la llevó a la boca. Su lengua se deslizó por las líneas de su palma, muy despacio. Un espasmo de excitación contrajo el rostro de Alice. Y su vientre también. Damon, percatándose de ello, sonrió.

—Hay muchas otras partes de tu cuerpo por las que tengo la intención de pasar la lengua esta noche.

Se le aceleró la respiración mientras inclinaba la cabeza hasta tener los pechos de ella a la altura de su boca. Al principio los estuvo lamiendo. Luego, se introdujo uno en la boca, lo chupó, clavó los dientes en él y acabó recorriéndolo de nuevo con la punta de su lengua. Una de sus manos se colocó entre los muslos de Alice y empezó a acariciarla, esparciendo la humedad por los pliegues de su sexo. Alice soltó un gritito al notar la intromisión de sus dedos en su interior. Damon torció la boca mientras la penetraba despacio. Le gustaba hacerla gritar. De placer.

Instantes después, la lengua de Damon estaba recorriendo los pliegues de la entrada del cuerpo de Alice. Ella arqueó las caderas, con los ojos cerrados y el pulso latiendo enloquecido en su garganta, y se entregó a las deliciosas sensaciones que él producía en su cuerpo. Cuando Damon clavó la lengua en su interior, Alice volvió a gritar y a retorcerse bajo esa lánguida y ardiente boca.

—Oh, Alice, te quiero —musitó al mismo tiempo que su miembro se deslizaba en el apretado y húmedo interior.

Una vez dentro, se detuvo, cerró los ojos y se tomó un instante para sonreír. Si existía la felicidad, para él era aquello. No había nada más satisfactorio que haber anhelado algo con tanta intensidad y saber que ahora era suyo y solamente suyo.

—Damon... no pares...

Alice no sabía lo que estaba diciendo. Tenía la mente nublada de deseo. Damon, en cambio, sí. Él había dicho que la amaba porque era cierto. La amaba como nunca había amado. Y jamás pensaba dejarla escapar. Ella era su alma gemela. Estaba convencido de ello mientras la penetraba muy despacio. Mientras movía las caderas con pasión y su boca devoraba la boca de Alice,

Damon estuvo seguro de que estaba haciéndole el amor a la mujer que algún día iba a convertirse en su esposa. Se juró a sí mismo que lo conseguiría por todos los medios. Había creado un imperio en su adolescencia. Tenía el mundo bajo la suela de su zapato desde entonces. Tendría a Alice. Porque sin Alice, ningún imperio valía la pena.

—No... no... nunca... —prometió en un murmullo, con la boca pegada a la de ella.

Se movió en su interior, salió y volvió a entrar, llenándola por completo. Alice nunca había experimentado nada parecido. Nada tan... extraordinario. Miró esos ojos negros, miró a ese adonis que se movía encima de ella, y supo que siempre iba a querer estar a su lado. Era muy sencillo, en el fondo: ella necesitaba a Damon como la tierra necesitaba la lluvia. O la luz del sol. O el oxígeno. Así de fácil.

Sus cuerpos desnudos se movían arriba y abajo, con frenesí, en la oscuridad de la noche. Sus bocas no eran capaces de permanecer alejadas por más de un par de segundos, y sus corazones latían desbocados el uno contra el otro. La frente de Damon estaba perlada de sudor. Alice alargó un poco el cuello y la recorrió con la punta de su lengua. Acarició con los labios la arruga de concentración que había en el ceño de él, besó sus brazos, tensos a causa del esfuerzo, y luego clavó las uñas en su ancha espalda.

Con una firme embestida, Damon lanzó a Alice por un precipicio donde ella conoció el placer más exquisito que existía, algo que nadie, en toda su vida, había sabido cómo concedérselo; no de ese modo tan intenso, al menos. Nadie, salvo Damon, quien disfrutó enormemente al verla tensarse, moverse y gritar de puro éxtasis entre sus brazos.

Aunque eso no le bastó al señor salvaje. Se pasó la noche enterrado en el cuerpo de Alice, provocándole orgasmo tras orgasmo, usando todos los medios a su alcance: boca, dedos, lengua; todo. Cuando ya no pudo contenerse más, se derramó en su interior.

—No, no te muevas —le susurró cuando ella hizo ademán de apartarse.

No iba a dejarla marchar tan pronto. La rodeó en un fuerte abrazo y enterró

la cabeza en su cuello. Estuvo así un largo momento, besándola, acariciándola y tensándose en su interior. Supuso uno de los peores momentos de su vida de adulto tener que salir de ahí. Solo lo consoló el hecho de saber que ella pasaría la noche entre sus brazos. Y todas las siguientes noches a partir de ese momento. Por el resto de su vida.

—Siempre, nena —le susurró, mirando ensimismado cómo ella dormía acurrucada a su lado.

Ese fue el segundo recuerdo que jamás se borraría de la mente de Damon Wilde. Jamás olvidaría el sereno rostro de Alice mientras ella dormía abrazada a él, ni el sonido de su calmosa respiración, ni el calor de su cuerpo. Tampoco iba a olvidar el sabor de sus labios, o el de su piel, que él se había pasado la noche besando y lamiendo. No, Damon Wilde nunca olvidaría algo relacionado con su Alice. ¡Jamás!

Y, por primera vez en toda su vida, Damon se sintió del todo feliz, como si toda su oscuridad se hubiera desvanecido de pronto, permitiéndole extender la mano y tocar aquello que había estado buscando durante toda su vida. Al fin lo había encontrado. ¡Había estado tan equivocado! Lo que buscaba no era venganza, ni era violencia, sino amor. Amor puro y sincero. Amor verdadero. Solo el amor podía salvarlo de su infierno personal. Y él lo poseía.

Tan solo dos días después de aquello, Damon estaba pilotando su helicóptero (uno de ellos) en dirección a Dallas. Era el cumpleaños de la madre de Alice, y él había insistido en ir a conocer a sus suegros en esa misma ocasión. ¿Para qué esperar más? Al magnate de los misiles le gustaban las cosas claras, rápidas y bien hechas.

—¿Por qué te empeñaste en ir en helicóptero? —refunfuñó Alice, sentada a su lado.

Ella prefería los aviones. A ser posible, no pilotados por Damon. Los pilotos comerciales le inspiraban más seguridad.

—Alice, soy piloto de guerra. No temas, amor. Estás a salvo conmigo.

Se mantuvo reacia.

—Estás acostumbrado a llevar misiles, no personas.

—Precisamente por eso. Llevar misiles, lanzarlos, esquivar la defensa de los enemigos y mirar mi cuenta de Instagram, todo eso *a la vez* —subrayó, risueño— es mucho más fácil que llevarte a ti a Dallas.

Alice no pudo retener una carcajada.

—¿De verdad miras el Instagram mientras bombardeas? —le preguntó entre risas.

—Pues claro. Me gusta estar informado.

Alice se pasó el resto del vuelo bromeado con Damon. Aterrizaron en Dallas a la hora de comer. Lo miró de reojo, convencida de que él no sentía ni la más mínima emoción mientras cruzaban, cogidos de la mano, el umbral de la casa que sus padres, Sam y Mary, poseían en las afueras de Dallas. ¿Por qué iba a estar el magnate de los misiles nervioso? Había pisado palacios. ¡Vivía en un palacio! Una pequeña casita de madera blanca seguro que no lo impresionaba en absoluto.

Pues Alice se equivocaba. Pese a la serena apariencia que mostraba, el corazón de Damon latía como loco. Estaba en el seno de una verdadera familia, algo que él nunca había tenido, y eso lo ponía nervioso. Muy nervioso.

—Así que este es el famoso Damon Wilde. Muchacho, eres un leyenda —dijo Sam Montgomery mientras apretaba la mano que Damon estaba ofreciéndole.

—Le aseguro, señor, que las leyendas tienen poco de verdaderas.

Sam rio.

—¡Y encima modesto! Llámame Sam. Pero no os quedéis ahí. Pasad.

El padre de Alice era un hombre moreno, alto y delgado, bastante en forma, teniendo en cuenta que debía de rondar los sesenta años. Eso se debía a que había sido entrenador en el instituto local y estaba muy acostumbrado al deporte y a las dietas sanas. Mary, su esposa, era un ama de casa de mediana edad, uno de los seres más agradables que Damon había conocido. De

constitución delgada, Mary siempre llevaba ropa de los sesenta y collares de perlas. Para ella no había nada mejor que los sesenta. Damon estaba convencido de que ella hacía pastel de melocotón todos los domingos. Como su Misery.

Se acercó a ella y le besó las tersas mejillas.

—Señora Montgomery, feliz cumpleaños.

Sacó una caja del bolsillo de su traje gris y se la ofreció. Ella la cogió con manos trémulas. Soltó una exclamación al abrirla. Dentro había una preciosa pulsera de brillantes.

—¡Damon! —Alice se tapó el rostro con ambas manos. Sabía que esa pulsera costaba más que la casita de madera, sumando también las dos camionetas oxidadas de sus padres—. Te dije algo sencillo.

Mary estaba tan conmovida que era incapaz de abrir la boca. Estaba mirando a Damon con los ojos desorbitados.

—Y es algo sencillo. Si hubiese querido algo complicado, le habría regalado un yate. Relájate, amor. Solo es una baratija. —Plantó un beso en la punta de la nariz de Alice, para tranquilizarla.

—Señor Wilde... —comenzó Mary.

—Damon —la corrigió. No podía haber formalismos en una familia.

Ella carraspeó, nerviosa.

—Damon. No sé si debería aceptar esto.

—Por favor, señora Montgomery, hágalo. Me haría un enorme favor recibéndolo.

—¿Un favor? ¿Yo? ¿A usted? —Damon carraspeó y Mary tuvo que rectificar—. ¿A ti?

Asintió lentamente.

—Nunca tuve la oportunidad de regalarle nada a mi propia madre. —Colocó las manos encima de las de Mary y la miró a los ojos—. Por favor, acéptela —rogó con voz suave.

Había dolor en sus ojos, un dolor intenso que él había estado reprimiendo

durante toda su vida y que ahora amenazaba con salir y hacerlo derrumbarse. Mary, conmovida, se esforzó por dedicarle una sonrisa.

—Está bien, Damon. La aceptaré. Gracias. Es preciosa.

Él mostró una triste sonrisa.

—Gracias a ti, Mary. Por aceptar mi regalo y por... criar a una hija tan estupenda como Alice.

Mary se quedó mirándolo sin mediar palabra. Nunca había conocido a alguien como Damon. No era el primer novio que Alice traía a casa, pero desde luego, ninguno había mirado a su hija de ese modo tan... intenso. Nadie la había mirado como si ella fuese su más importante posesión. ¿Por qué estaba mirándola así aquel hombre? Seguro que tenía posesiones más importantes. ¿Acaso amaba a su hija? Que Mary supiera, solo llevaban juntos un par de días, tal vez una semana. No era posible. Y sin embargo...

—¿Quién quiere un poco de vino? —preguntó Sam en tono alegre, lo cual alejó las nubes de tristeza que amenazaban tormenta encima de la cabeza de Damon.

Momentos después, estaban los cuatro sentados alrededor de la mesa redonda de la pequeña cocina. Para comer había pato asado con patatas, aperitivos y, de postre, el famoso pastel de chocolate de la señora Montgomery, cuya receta era más secreta que la organización de los masones. Mary se negaba a compartirla con sus vecinas, y estas la odiaban por ello. Damon entendió la razón de aquel odio. Ese endiablado pastel parecía verdaderamente exquisito. Se moría de ganas por probar un poco.

—Sabes, Damon, Alice nos ha hablado mucho sobre ti —dijo Mary mientras le servía un poco más de pato, patatas y guisantes.

Damon cogió el plato, agradecido.

—¿En serio? —Miró a Alice con ternura; ella, sentada en frente, esbozó una débil sonrisa—. ¿Y qué dijo sobre mí?

—Que eres carismático, eléctrico y muy intimidante.

Alice abrió la boca. ¡Maldita la sinceridad de su madre!

—¡Mamá! ¡Pero no se lo cuentes!

Mary parpadeó con inocencia.

—¿Por qué? ¿Qué tiene eso de malo?

—Me avergüenzas —musitó, bajando la mirada.

—¡Bah! —intervino Sam—. Lo mismo dijiste cuando te llamé Pequeño Calabacín delante de tus compañeros.

—¡Porque eso también me avergüenza! —exclamó Alice, como si fuese evidente—. Papá, soy un agente especial de la CIA. Algo como... ¡James Bond! No puedes llamarme Pequeño Calabacín. ¿Te imaginas a Bond respondiendo al nombre de Pequeño Calabacín? Hola —imitó la voz de Bond—, soy Calabacín. Pequeño Calabacín.

Damon explotó en carcajadas. Sam le dedicó a su hija pequeña una mueca de disgusto.

—Tonterías. Te llamaré Pequeño Calabacín todas las veces que me dé la gana y dónde me dé la gana porque eres mi Pequeño Calabacín. —Tocó la punta de la nariz de Alice en actitud cariñosa.

Damon sonrió. Lo cierto era que Pequeño Calabacín le pegaba mucho a Alice. Él mismo empezó a llamarla así, pero tuvo que dejar de hacerlo cuando ella le dirigió una mirada que habría sido capaz de aterrar hasta a la mismísima Medusa.

Antes del postre, llegó la hermana mayor de Alice, Mindy, una madre soltera con dos hijos encantadores, tal y como Alice le había advertido. El pequeño, Matt, solo tenía un año y medio, mientras que el mayor, Andrew, tenía tres y se declaró encantado de conocer a Damon, del que no se separó en toda la tarde.

Mindy se parecía bastante a Alice. Sus ojos eran del mismo color café. La única diferencia era que ella carecía de la dureza que mostraba el rostro de Alice. Eso era debido a que no había visto las atrocidades que su hermana había visto a lo largo de su carrera como agente especial, ni se había enfrentado a desafíos que ponían su vida en peligro. Mindy, a diferencia de Alice, conservaba el aire de chica de provincia.

—¿Y tú a qué te dedicas, Damon? —preguntó Mindy, cuando ya estaban en el salón, tomando los refrigerios y el pastel que Mary había servido antes de desaparecer en la cocina.

—Construyo armas —contestó él, mientras le hacía cosquillas a Andrew, quien estaba encima de su regazo, riéndose a carcajadas.

—¿En serio? Pues al padre de Andrew le habrías caído muy bien. Trabajaba en el sector.

Damon la miró con interés. Cualquier cosa que esas personas le contaran despertaba su interés. Esa familia era importante para Alice, con lo que era también importante para Damon.

—¿De verdad? ¿También fabricaba armas?

—No. Pero las usaba. Era carnicero.

—Oh. Una profesión de lo más respetable —afirmó él, sonriendo.

—Le llamaban así porque los descuartizaba después de matarlos. Trabajaba para la mafia —especificó Mindy, como si aquello no tuviera importancia.

Damon se atragantó con la limonada. Mindy y Alice rompieron a reír.

—¡Mindy! No te asustes. Está bromeando. En realidad, ni sabe quién es el padre de Andrew —le susurró Alice con actitud conspiratoria.

—¡Sí que lo sé! —se defendió la otra—. Solo que no quiero decirlo.

—¡Niñas! —llegó la voz de Mary desde la cocina—. No estaréis otra vez con el asunto del padre de Andrew.

Las hermanas se sacaron la lengua la una a la otra, como dos crías. Damon miró a su alrededor. Así que a eso le llamaban familia. Todo parecía tan... fascinante. Él poseía un imperio y tenía toda clase de chismes, unos más interesantes que los otros y, sin embargo, lo que deseaba tener era esa sencillez, esa complicidad, esa relación que tenían los Montgomery. Ese amor incondicional que valía más que cualquier fortuna. Y lo tendría. Con Alice, por supuesto.

El pequeño Andrew se bajó del regazo de Damon y se fue casi a gatas hasta

su madre. Tiró de la tela roja de su vestido, pero Mindy no le hizo caso. Estaba contándole a Alice que Bobby, el chico de los recados, le había pedido una cita. Eso la ponía nerviosa. Confesó no haber tenido una cita desde el padre del pequeño Matt.

—Mami...

—Ahora no, Andrew. Mamá está hablando con la tía.

—Mami... —Andrew tiró de nuevo de su vestido.

—Bueno, el caso es que ni recuerdo cómo se besa —estaba diciendo Mindy—. Solo tengo en la cabeza pañales, biberones y potitos.

—Mami, creo que me he hecho pis encima.

Mindy se detuvo y lo miró contrariada.

—¡Andrew! ¿Qué te he dicho sobre avisar?

El niño se giró hacia Damon y le apuntó con su dedo índice.

—Ha sido el tío Damon. Le dije que parara, pero él siguió haciéndome cosquillas. Y yo me hice pis. —El labio del pequeño Andrew temblaba como si fuera a echarse a llorar.

Damon se levantó, lo cogió en brazos y le indicó a Mindy con una mirada que él se haría cargo de la situación.

—Vamos, campeón, no hagas pucheritos. Hacerse pis encima es de lo más normal del mundo.

El niño dejó de frotarse un ojo y miró a Damon, quien iba de camino al baño con él en brazos.

—¿Tú también te haces pis encima, tío Damon? —preguntó con la inocencia que solo un niño de tres años podía poseer.

—¡Constantemente! —exclamó Damon con vehemencia.

Andrew soltó una risita.

—El tío Damon también se ha hecho pis —gritó, encantado de no ser el único que la había liado.

Alice y Mindy se echaron a reír a carcajadas.

—Es estupendo —comentó Mindy cuando su hermana y ella se quedaron a

solas.

Alice se quedó callada durante un rato.

—Lo sé —susurró al fin—. A veces pienso que es demasiado bueno para ser verdad. Pienso que un día se va a ir todo al traste y eso me asusta.

—Cariño... —los ojos se Mindy buscaron a los de Alice—. Pero ¿qué dices?

Alice hundió la cabeza entre las manos.

—Mindy, lo quiero. Lo quiero como nunca he querido a nadie. Y eso me tiene espantada.

Mindy colocó una mano encima de la suya.

—¿Por qué? —susurró, mirándola a los ojos.

—Porque si lo pierdo, no sé qué será de mí. No puedo perderlo, Mindy. Lo amo.

Capítulo 5

Damon Wilde estuvo viviendo durante las siguientes tres semanas en un hotel, pero las molestias valieron la pena (sobre todo, las molestias de compartir ascensor con extraños). Esa noche llevó a Alice a su casa. En el ascensor, le tapó los ojos.

—Damon, ¿qué estás tramando? —Alice no podía dejar de sonreír. El entusiasmo de Damon era contagioso.

—Espera. Ya lo verás.

El ascensor se detuvo. Damon guio a Alice hasta la mitad del salón. Ahí le desató la venda que cubría sus ojos.

—¡Oh, Dios mío! —gritó ella, mirando a su alrededor.

Se giró hacia Damon, quien estaba contemplándola risueño, con los ojos brillándole de amor.

—Damon, ¿y el gris?!

Las paredes tenían un elegante color beige, los suelos eran de madera noble, y no había ni un solo objeto en todo el salón que fuese de color gris. Ni la chimenea, ni la escalera interior. Nada. Los muebles eran de madera marrón, los adornos dorados, rojos o marrones, el sofá beige con cojines del mismo color y también rojos. Damon había reformado todo el ático. Para ella. Y era increíble todo. Ahora realmente era un palacio.

—Ya no hay gris, Alice. Ahora, desde que tú estás en mi vida, veo el mundo... —Pasó una mano por el aire, señalando todo lo que los rodeaba—. A color.

Alice se encaminó hacia él despacio.

—Es increíble —le susurró.

Damon se sacó el mando del bolsillo y encendió la música. Esta vez no sonaba *You put the spell on me*, sino *Careless Wisper*, de George Michael. Le ofreció la mano a Alice.

—Dime que bailarás conmigo —susurró.

Alice se perdió en la oscuridad de esos ojos, como si estuviese hipnotizada por el fuego que desprendían sus pupilas.

—Bailaré contigo, Damon.

Los poderosos brazos le rodearon la cintura y la arrastraron hacia él. Las puntas de sus dedos se deslizaron por la base de su cuello, echándole los rizos hacia atrás. Acto seguido, sus labios se posaron sobre la delicada piel de su hombro y empezaron a esparcir ardientes besos por toda esa zona, mientras la guiaba por el salón al ritmo de la música. Alice experimentó de nuevo la sensación de estar flotando. Cerró los ojos y no pensó en nada, solo permaneció prisionera en ese instante, rezando para que aquello durara eternamente.

George Michael cantaba «¿*Qué soy yo sin tu amor?*». Entonces, Damon tomó la boca de Alice. Hundió la lengua en sus profundidades, estrechó su cuerpo entre sus brazos y no se separó de ella en mucho tiempo. Quería demostrarle a través de ese pasional beso la magnitud de su deseo. Y la de su amor.

Cuando Alice hizo ademán de apartarse de él, enredó los dedos en esa melena castaña y la detuvo, sin permitir que sus labios se despegaran. Ella lo miró confusa. Como cesó la música, había dado por hecho que debían separarse el uno del otro.

—Damon, se ha acabado la canción.

Él sonrió contra su boca.

—La canción nunca va a acabar, Alice —murmuró—. ¡Nunca! Nunca voy a dejar que te alejes de mis brazos.

Y la besó de nuevo. Siguieron moviéndose, sin música, salvo por aquella que Damon tarareaba.

—¿Qué estás cantando?

Los labios de Damon le acariciaron la oreja antes de susurrar:

«Oh, ¿no puedes verlo cariño?»

*Me estás volviendo loco.
A donde quiera que vayas,
Cualquier cosa que hagas
Estaré justo aquí esperándote.»*

—Esto es perfecto —susurró ella.

—Lo es. Cásate conmigo, Alice.

Alice se detuvo y lo miró a los ojos.

—¿Qu...? ¿Qué? —tartamudeó.

Damon sacó un anillo del bolsillo de sus vaqueros y se arrodilló delante de ella.

—Alice, cástate conmigo.

Alice, mirando esos brillantes ojos colmados de amor, sacudió la cabeza.

—Damon, llevamos juntos un mes —le recordó en una voz tan aguda que casi parecía un chillido.

—Te quiero. No necesito más.

—¡Es una locura!

—Lo es.

—Damon...

—¿Sí, amor?

Alice se detuvo y sonrió.

—Yo también te quiero.

La sonrisa lenta de Damon le derritió las entrañas.

—Lo sé. Cásate conmigo —repitió.

Damon sabía que, a la tercera, ella diría que sí.

—¡Sí!

Se levantó de prisa, la cogió en brazos y la giró en el aire.

—Te quiero. Te quiero. Te quiero. Te quiero. —Damon no podía dejar de decírselo. Alice no podía dejar de reírse.

—¡Estás loco!

—Por ti, amor. Solo por ti —le dijo entre risas, antes de besarla de nuevo.

Agarrándola por las caderas, y sin despegar los labios de los suyos, Damon subió con ella por la escalera. En la habitación, la lanzó a la cama. Nunca había sido tan brusco. Él siempre la trataba como si ella fuese un adorno a punto de romperse.

—Damon..., ¿ahora qué tramas? —Lo miró ceñuda. Ese hombre no dejaba de sorprenderla.

—Se acabaron las delicadezas, nena. Ya me has dicho que sí. Ahora no puedes retractarte, con lo que yo ya puedo comportarme como la fiera que soy en realidad.

Le guiñó un ojo mientras se desabrochaba los botones de su camisa azul. Alice ahogó una risita.

—¿Me lo prometes?

Damon rio entre dientes.

—Te lo juro.

Dejó caer su camisa al suelo. Luego, lentamente, se desabrochó los botones de su vaquero. Alice tragó en seco. Era incapaz de dejar de mirarlo. Esa oscura mirada prometía algo muy excitante esa noche, y los músculos internos de Alice se contrajeron a causa de la expectativa.

Cuando ya estuvo desnudo, Damon se encaminó hacia ella despacio. Alice volvió a tragar en seco. Él sonrió al ver las pupilas de ella, dilatadas de excitación.

—Llevas la ropa puesta y yo no. Eso no es justo, Alice.

Abrió la cremallera lateral del vestido rojo que él mismo le había regalado.

—Estás preciosa con este trapo. —*El trapo* costaba aproximadamente dos mil dólares—. Pero sin él estás... exquisita.

Se pasó la punta de la lengua por los labios mientras bajaba la prenda por sus piernas. Frunció el ceño al ver su ropa interior, también roja. Otra vez encaje. Alice estaba preciosa llevando encaje. Deslizó los tirantes de su

sujetador, se inclinó sobre ella y, con su lengua, recorrió esos hombros desnudos. Alice se aferró a sus brazos y los acarició, arriba y abajo. Las puntas de los dedos de Damon apenas rozaban su nuca mientras su lengua se arrastraba por su escote. Casi no la tocaba. Aun así, Alice estaba ardiendo en llamas.

—El mundo no te entiende, Alice —le susurró—. Nadie te entiende, ni te conoce como yo.

Alice cerró los ojos. Clavó las uñas en sus brazos y se entregó por completo a la pasión del momento. La boca de Damon estaba bajando por su vientre, deslizándose hacia abajo.

—Eres mi único amor —susurró contra su sexo—. Y siempre será así.

Y luego hundió la lengua dentro. Alice gritó y se aferró a sus brazos con más fuerza. Cuando se corrió, retorciéndose y gritando su nombre, Damon colocó la punta de su miembro en la entrada. Ella, sin embargo, se incorporó, sacudiendo la cabeza.

—No, Damon Wilde. Aún no.

Lo empujó hacia atrás y Damon cayó de espaldas en la cama. La miró asombrado.

—¿Qué...? ¿Qué vas a hacer?

Alice enarcó una ceja maliciosamente.

—Esta vez me toca a mí poseer tu cuerpo.

Damon abrió la boca para protestar, pero Alice deslizó la lengua por su abdomen y se le olvidó lo que tenía pensado decir. Así que cerró los ojos y dejó que ella devorara su fuerte cuerpo a besos. Un gutural gruñido escapó de su garganta cuando los ardientes labios de Alice rodearon su miembro y empezaron a succionarlo. Abrió los ojos y la miró. Ella sostuvo sus ojos. Y su mirada era tan intensa, tan apasionada... Damon no podía apartar los ojos de los suyos. Separó los labios y respiró por la boca. Eso era demasiado para él en ese momento.

—Alice, para.

Unos momentos después, Damon intentó retroceder.

—Damon, hazlo. Quiero probar cada gota.

Damon abrió la boca.

—Alice... —sacudió la cabeza.

—¡Hazlo!

La miró con los ojos entornados.

—Oh, Dios. Vas a matarme.

Cogió la cabeza de Alice entre las manos y empezó a penetrar su boca. Solo tardó instantes en estallar dentro, gruñendo y apretando la mandíbula de ella con fuerza. Se retiró y la besó en la boca. Luego, con gesto brusco, le dio la vuelta y la colocó debajo de él. Se introdujo en su interior de una firme embestida.

—Pero, Damon, acabas de...

Él sonrió maliciosamente.

—Por algo me apellido Wilde, *madeimoselle*.

Y la penetró, una y otra vez. No podía dejar de hacerlo. La amaba demasiado y no tenía otra manera de demostrarle la magnitud de su amor. No había otro modo que no fuera hundiéndose en su interior con fuerza, provocándole un placer tan profundo como lo era su amor por ella. Disfrutó mucho al sentir que Alice se encogía a su alrededor y volvía a correrse. Tanto, que él también volvió a hacerlo.

—La canción nunca va a acabar, Alice —le susurró mientras le tarareaba de nuevo *Right here waiting*.

Pasadas un par de horas, Alice, tumbada a su lado en la cama y vestida con una camisa suya, preguntó:

—Damon, ¿habías sentido esto alguna vez?

Damon, sonriéndole, recorrió su vientre con los dedos y le acarició la oreja con los labios.

—No, nunca. Estoy locamente enamorado de ti y solo de ti.

—Yo también —gimió ella antes de quedarse dormida entre sus brazos.

Damon pasó gran parte de la noche contemplándola. No podía perderla. Nunca. Jamás. Ella era todo cuanto tenía. Alice lo era todo para él.

Alice Montgomery estaba de mal humor. Había empezado la mañana discutiendo con Kirby, quien aún le guardaba rencor por haber destrozado uno de sus mejores trajes. Luego, la habían llamado de la Casa Blanca para informarle de que el caso Angelus ya no era prioritario, puesto que el *enemigo público número uno* llevaba semanas sin hacer notar su presencia y, hasta donde ellos sabían, podía perfectamente estar muerto. Le asignaron otro caso, aún más complicado, del que no tenía ni la más mínima pista. Encima, Damon se había ido esa mañana a Afganistán para bombardear solo Dios sabía qué objetivos. A Alice le inquietaba eso. ¿Por qué no podía limitarse ese hombre a estar en la intimidad de su alta fortaleza, creando armas de defensa? ¿Por qué tenía que ir en persona a probarlas sobre terreno hostil?

En fin, que el día de Alice no podía haber sido peor. Llegó a casa con un montón de papeleo, encendió el portátil y se dispuso a trabajar.

Desde la otra punta del globo, su prometido estaba mirándola. Él también había tenido un día de perros. Uno de los misiles enemigos casi le había dado. Damon lo había esquivado en el último momento. Ahora estaba en la base militar americana, recomponiéndose. Aún le quedaba un objetivo antes de abandonar suelo afgano. Estaba cansado y un poco harto de la guerra. El terrorismo era un cáncer que, por mucho que él luchara, nunca sería capaz de exterminar. Solo el ver a su único amor lo hacía olvidarse de toda la miseria que lo rodeaba.

—Angel, ¿qué sabes de Michael Colan, el hermano del general? —preguntó Alice de pronto, mirando hacia la *webcam*.

A Damon le llevó unos instantes entender que estaba hablándole a él. Encendió el micrófono.

—¿Por qué lo preguntas?

—Necesito saber cosas sobre los Colan. Estoy trabajando en un nuevo caso. Me han quitado el tuyo.

Damon curvó los labios en una sonrisa pícaro. Siempre había sabido que él era más listo que todos ellos juntos. Jamás lo encontrarían, ni el FBI, ni la CIA y ni siquiera la jodida NSA. Se rio de pura satisfacción ante ese pensamiento.

—Agente Montgomery, ¿estás pidiéndome, *formalmente*, que te ayude en un caso?

Alice le dedicó una mueca de exasperación.

—Si te vas a burlar, olvídale. Puedes irte a tomar por el culo.

Una risa profunda brotó del pecho de Damon.

—Uy, estamos de malas pulgas hoy. ¿Qué pasa? ¿Tu novio no dio la talla anoche? —le dijo sarcástico, sabiendo perfectamente que él había dado la talla (bien dada, además) antes de despedirse de ella.

Alice lo fulminó con la mirada.

—¿Qué sabes tú de mi novio?

—Todo. Estoy en todas partes, en todo momento. Como tu ángel de la guarda. ¿Lo pillas? ¿Angel?

—Siempre he sabido que sufres de complejo de Dios —contestó ella resoplando.

—Ja, ja. Qué graciosa.

Ella no dijo nada, él no dijo nada. Se miraron, sin más. Bueno, Alice solo veía su portátil, mientras que él la veía a ella.

—Has estado espiándolo, ¿verdad? —preguntó de repente.

—Sip.

—¿Y qué has averiguado sobre él?

Se odió por habérselo preguntado, pero la tentación era demasiado grande. Ojalá tuviese ella la posibilidad de espiar a Damon. Le habría encantado saber qué estaba haciendo él en cada momento.

—La curiosidad mató al gato, princesa. ¿Nunca habías oído eso?

Levantó la mirada hacia la cámara y luego le enseñó el dedo corazón. Damon estuvo riéndose a carcajadas durante un largo rato.

—Está bien. He decidido apiadarme de ti. ¿Qué quieres saber?

La colaboración del *hacker* mejoró el humor de Alice.

—Todos sus trapos sucios. Voy a casarme con él. Necesito saberlo todo.

—No tiene trapos sucios. Es un ciudadano ejemplar. Paga sus impuestos, sus multas, dona dinero a la caridad y... oh, ha ganado la medalla de honor por su valentía en combate. Puedes desposarlo tranquila.

—No te creo. Debe de tener alguna tara. Nadie es intachable. Y sus gustos... —Torció los labios en plan pensativo—. Eh... ¿pornográficos? ¿Qué páginas abre desde su ordenador? Y, por favor, no me digas que le gusta el porno de enanos. No lo aguantaría.

Damon no pudo contener las carcajadas.

—¡Qué coincidencia! Yo también pienso en porno de enanos.

—¡Porque eres un perverso! —le gritó ella, aunque se la veía bastante divertida.

Pasó un largo rato hasta que Damon fue capaz de hablar. Estaba muerto de la risa.

—No de *ese* modo, princesa. Solo que, si quiero joder vivo a alguno, le infecto el ordenador con un virus que manda videos porno *con enanos* a sus contactos de *e-mail*.

Alice rio.

—¡Eso es verdaderamente retorcido!

—¡Lo sé!

Se rieron del tema con ganas. Alice no entendía por qué se lo estaba pasando tan bien con un delincuente. Sin embargo, no era capaz de dejar de reírse. Angel era muy gracioso.

—¿Y bien?

Damon se detuvo y la miró a los ojos. Lamentó que ella no pudiese verlo.

—Te quiere.

Ella bajó la mirada y se mantuvo en silencio durante un tiempo incalculable.

—¿Has visto eso en su ordenador? —susurró.

Él alargó el brazo y le rozó la mejilla. Soltó una blasfemia al darse cuenta de que lo que estaba tocando, en realidad, era la maldita pantalla. Habría dado diez años de su vida por poder abrazarla en ese instante. Por poder tocarla. Y besarla.

—No. Lo he visto en su actitud. No hace nada, aparte de pensar en ti — confesó en voz muy baja.

Alice no habló. Desvió la mirada hacia el extremo derecho de la habitación y se tomó su tiempo.

—Eso no puedes saberlo.

—Créeme, lo sé. Reconozco los síntomas.

Ella sonrió.

—¿Tú también estás enamorado, Angel?

—Sip.

—¿De quién?

Damon apretó los labios.

—De ti, princesa —susurró—. Y, como te quiero, investigaré a Colan. De momento, solo puedo decirte que tiene dinero de procedencia desconocida en una cuenta de Suiza. Seguiré investigando.

Y ahí empezó la colaboración de Angelus con Alice. A partir de ese momento, realmente se convirtió en su aliado. Siempre que ella tenía un sospechoso, él se metía en su ordenador, sus cuentas bancarias, sus redes sociales, incluso en la tarjeta de miembro del supermercado de su barrio, y siempre encontraba pruebas de actividad delictiva. Alice resolvía caso tras caso sin que nadie entendiese cómo conseguía sus pistas. Nunca en la historia de la CIA se habían recibido tantos *soplos anónimos*.

Por desgracia, ni siquiera Angelus, por mucho que extendiera sus tentáculos, fue capaz de encontrar nada para relacionar a los hermanos Colan con un posible golpe de estado en Egipto, así que tuvieron que cerrar ese caso. Luego se produjo un atentado que acabó derrocando al Gobierno. Alice sentía que los Colan tenían algo que ver con eso, pero era consciente de que lo

importante no era lo que ella sentía, sino lo que podía demostrar. Y la agente Alice Montgomery no podía demostrar una mierda. Esta vez tendría que rendirse. Pero, algún día, en un futuro muy lejano, los Colan y ella estarían cara a cara. Eso era algo que sencillamente sabía.

Dos meses después

Unos ardientes labios recorrieron el hombro desnudo de Alice. Ella gimió, pero siguió durmiendo. Él sonrió y siguió con su exploración. Se deshizo de su camión de satén y empezó a arrastrar la lengua por su vientre, subiendo hasta sus pechos. Su hambrienta boca se cerró en torno a un pezón y lo succionó despacio. Alice volvió a gemir y se retorció. La mano de Damon se introdujo entre sus piernas y uno de sus dedos se hundió en el interior de su cuerpo para tantee el terreno. Al darse cuenta de lo húmeda que estaba, se excitó todavía más de lo que ya estaba. Se quitó los pantalones, sonriendo, y se pasó la lengua por los labios. Iba a poseerla. Despierta o dormida, le daba igual. Iba a enterrarse en su interior hasta el fondo, entrar y volver a salir, hasta que ella estallara a su alrededor.

Alice se movió y ahora estaba durmiendo de lado. La mejor postura, según Damon. Así tenía mejor acceso a todas las partes de su cuerpo. Se colocó a su espalda, la abrazó y, mientras su lengua le recorría la nuca, empujó su erección contra la húmeda entrada. Alice abrió los ojos de golpe al notar la invasión.

—¿Qué...?

—Chissst. Soy yo.

Ella sonrió. Quiso girarse de cara a él, pero Damon le agarró las caderas con fuerza y no se lo permitió. Alice cerró los ojos cuando el miembro de él golpeó de nuevo cierto punto de su interior.

—Te he echado de menos —jadeó él en su oído.

—Ya lo veo —exhaló ella—. Oh, Dios, Damon...

Los dedos de Damon le rozaron el sexo. Alice se tensó de la cabeza a los

pies. Estaba moviéndose en su interior de un modo devastador y sus dedos la acariciaban y aumentaban su excitación hasta límites casi inaguantables. La punta de la lengua de Damon se apoyó contra su cuello, luego subió hasta su oído y ahí sus dientes se clavaron suavemente en el lóbulo. Lo succionó y lo lamió hasta que Alice soltó un gemido. Escucharla gemir era para Damon música celestial.

—Alice, quiero que te corras conmigo. Los dos a la vez.

—Oh, Damon...

Damon dio otra potente embestida. Notaba que ella estaba muy cerca.

—Nena, te quiero —susurraron sus labios en su oreja.

—¡Damon!

Alice se aferró a la sábana y cerró los ojos. Los dedos de Damon empezaron a moverse en círculos sobre su sexo. Solo faltaban unos segundos. Los dos los sabían.

—Alice, córrrete conmigo.

Damon se tensó en su interior y, cuando estalló dentro, Alice cayó por un profundo, oscuro, delicioso precipicio, gritando y contoneándose contra esa parte del cuerpo de él que estaba llenándola. Cuando dejó de vaciarse, Damon enterró la cabeza en la nuca de Alice, la besó y cerró los ojos.

—Cariño, estoy en casa —susurró—. Sano y salvo.

Ella cerró los ojos para reprimir las lágrimas de alegría.

—Te he echado mucho de menos. Damon, no vuelvas a irte.

—Te lo prometo.

Ella se dio la vuelta y lo besó. Fue un beso lento y carnal, un acto que transmitió lo mucho que lo había echado de menos en las dos semanas que Damon había pasado en una base militar de Siria, formando a los futuros pilotos estadounidenses. Estrechándola fuerte entre sus brazos, se impregnó de ella, la absorbió por completo, antes de soltarla.

—Alice...

—¿Mmmm?

—Tengo que pedirte algo.

Alice abrió sus preciosos ojos color café y buscó esa inmensidad oscura que brillaba entre las sombras de su dormitorio.

—¿Qué pasa?

—Quiero que dejes tu trabajo.

Se incorporó de pronto, tensa y con los ojos relampagueando de ira.

—¿Qué? ¿Estás loco? ¿Y de qué voy a vivir?

Damon hizo un gesto de exasperación. Era evidente, ¿no?

—De Wilde Industries, por supuesto.

—¿De ningún modo! —Se cruzó de brazos para recalcar su negativa—. No voy a ser una mantenida.

—No te he dicho nada de eso. Puedes trabajar en alguna de mis empresas. O crear la tuya propia. Lo que elijas. Pero Alice, tienes que dejar tu trabajo. Te lo suplico.

Alice, pese a las oleadas de ira que recorrían su cuerpo, se detuvo y lo miró.

—¿Por qué?

Él cogió su rostro entre las manos y buscó su mirada.

—Me vuelvo loco pensando que podría pasarte algo. Tu trabajo es demasiado peligroso. Alice, no puedo perderte, ¿lo entiendes? No puedo. Tú eres mi todo. Sin ti, nada tiene importancia. Necesito saber que tú estás a salvo. Dime que lo entiendes.

Lo miró conmovida. Parecía muy dolido aquella noche. Y bastante preocupado. Se preguntó qué le habría pasado en Siria. Damon nunca quería hablar sobre sus misiones, ni sobre su pasado. En realidad, él no quería hablar más que sobre ella. Decía que ella era lo único que contaba. Todo lo demás carecía de relevancia.

—Damon, mi trabajo es todo lo que tengo. No lo entiendes. Necesito demostrar que soy algo más que *miss* Dallas. Es...

—Alice, tú eres todo lo que tengo —insistió él en voz baja—. Por favor, te

lo suplico, retírate. Perdí a mi familia una vez. No puedo volver a pasar por lo mismo.

Alice alargó los dedos y recorrió esa mandíbula cubierta por una oscura sombra. Su incipiente barba estaba raspándole la piel. Damon cerró los ojos para sentir mejor su caricia.

—Lo entiendo, pero no puedo —musitó ella—. Sé por lo que debes de estar pasando. Yo experimento eso cada vez que te vas, esa preocupación, el no saber si estás vivo o muerto y... ¡es horrible! Pero Damon, no puedo pedirte que dejes tu trabajo.

—No lo entiendes, lo dejaría todo por ti —Apretó su cabeza con más fuerza, como si intentara hacérselo entender de ese modo—. ¡Todo, Alice!

—Y lo que quieres a cambio es que yo haga lo mismo —sentenció ella en voz mortalmente fría.

Damon la miró como si le hubiese dado una bofetada.

—No es un intercambio. No, amor. —Su rostro se había ensombrecido—. Es una súplica. Dime que al menos lo pensarás.

—Damon, no. —Él siguió implorando con la mirada, pero Alice negó de nuevo—. No, no, no y no. No me mires así. ¡NO!

Damon la miró, incapaz de controlar la furia que iba en aumento. Siguió mirándola, cada vez más rabioso, hasta que ya le resultó imposible hacerlo. No podía. No soportaba mirar esos acusatorios ojos en ese momento. Se levantó de la cama, hecho una fiera, y empezó a vestirse deprisa. Alice parpadeó. ¿Qué estaba haciendo? ¿Adónde se iba? ¡Pero si acababa de llegar!

—Damon, ¿qué haces?

Le lanzó una mirada iracunda.

—¡Largarme!

Alice se levantó de la cama y corrió tras él. Damon estaba cerrándose el botón de sus vaqueros.

—¿Cómo que largarte? ¡No puedes largarte!

Le tiró del brazo, pero él la alejó y siguió con lo que estaba haciendo. Se

pasó la camisa por los hombros y comenzó a abrocharse los botones. Sus manos estaban temblando a causa de la cólera.

—Obsérvame, preciosa.

Se calzó las botas. Alice estaba desesperada por detenerlo.

—Damon..., por favor..., no te vayas...

Caminó hacia la puerta, enfurecido. Se detuvo en el umbral, se giró de cara a ella y anduvo de vuelta hasta el centro de la habitación, desde donde ella lo miraba con los ojos cargados de lágrimas.

—Lo haría todo por ti, ¿lo entiendes? —le gritó, con los ojos ardiéndole de furia, mientras la cogía por los brazos y la sacudía—. ¡TODO, ALICE! Daría mi vida por ti. A cambio, solo te pido un pequeño, minúsculo, insignificante sacrificio DE MIERDA, y tú te niegas a ello. Así que SÍ, ALICE, me largo. ¡BUENAS NOCHES!

Se encaminó hacia la puerta, pero se detuvo, cogió un adorno de encima del escritorio de Alice y lo estrelló contra la pared, haciéndolo añicos. Luego, salió. Alice se sobresaltó al escuchar la puerta de entrada cerrarse de golpe. Se dejó caer encima de la cama, se aferró a su almohada y rompió a llorar.

Durante los siguientes tres días, el magnate de los misiles se dedicó a menesteres pocos saludables, como beber, fumar, volver a beber y así todo el rato. Había entrado en un círculo vicioso. Tan hecho polvo estaba que ni siquiera fue a darle el coñazo a Mark, cosa que su psicólogo agradeció profundamente. No contactó a Alice ni una sola vez. Ni como Damon, ni como Angelus.

Al cuarto día estaba convencido de que iba a morir si no la veía, así que encendió su portátil. Alice estaba en su despacho, trabajando. Tenía la cabeza baja. Parecía estar leyendo algo.

—Alice.

Levantó la mirada, sobresaltada, y a Damon se le encogió el alma de verla. No era el único que lo estaba pasando mal. El rostro de Alice estaba muy

delgado, pálido, sin maquillaje, y había unos oscuros círculos rodeando sus hermosos ojos. Verla así le dolió más que nada en toda su vida. Sobre todo, porque sabía que era culpa suya.

—Oh, Alice, ¿qué te ha pasado?

Ella no pudo contener las lágrimas.

—Angel, se ha acabado. Lo he perdido. —Hundió la cabeza entre las manos y apoyó la frente contra la mesa—. Damon se ha ido.

Él echó la espalda hacia atrás en la silla y cerró los ojos.

—¡Maldita sea, Alice! —Apretó la mandíbula involuntariamente—. ¿Cuándo has comido por última vez? —susurró suavemente.

—No me acuerdo —sollozó ella.

Damon apagó el micro. Cogió el móvil (el indetectable) y llamó a un restaurante italiano. Pidió pasta, pan de ajo y tiramisú. Pagó con la cuenta de una de sus sociedades fantasma. Imposible de rastrear, por si a Alice le daba por investigarlo. Nada más colgar, encendió el micrófono de nuevo.

—Él también está hecho polvo, ¿sabes? —le susurró.

Alice se limpió las esquinas de los ojos, parpadeó y sonrió con incredulidad.

—Sí, claro. Por eso me ha llamado veinte veces en los últimos días —afirmó, irónica.

Damon apretó los labios.

—Es demasiado orgulloso para hacerlo. Pero te quiere y seguro que esto le duele igual que a ti.

Lo miró cabeceando.

—¿Y tú que sabes?

Por primera vez en todo ese tiempo, Damon quiso gritarle «*¡porque él soy yo!*» Sin embargo, no lo hizo. Se limitó a mirarla.

—Alice, te he pedido comida italiana. Come, por favor.

—No. No tengo hambre —dijo con obstinación.

—Hazlo por mí.

El ceño de Alice se frunció.

—¿Por qué te importo tanto?

—Porque te quiero.

—Entonces deberías alegrarte. Él ha roto conmigo. —El labio inferior de Alice empezó a temblar—. Tienes el camino libre —añadió con voz quebrada.

La expresión agónica que brillaba en sus ojos resultó devastadora para Damon.

—Oh, princesa, ¿cómo alegrarme de algo que te duele tanto? —le susurró con voz cálida y tierna.

Al ver entrar a Kirby, Damon tuvo que callarse. Alice se enjuagó las lágrimas. Kirby, como el gilipollas que era, puso los ojos en blanco.

—¿Y ahora por qué lloriqueas, Montgomery? ¿Se te ha muerto el gato?

Con un movimiento brusco, Alice cogió la grapadora y la lanzó hacia él con ira. Kirby la esquivó justo a tiempo. Damon la contempló sonriendo. Esa era su chica. Tenía el corazón partido, pero eso no quería decir que iba a dejar que la pisotearan y se burlaran de su dolor. Eso hizo que la quisiera todavía más.

—¿Qué coño quieres, Kirby?

—Tengo que enseñarte una cosa. Ven. Pero procura no atacarme por el camino. Recuerda que soy tu superior.

Alice, con una mueca de irritación, se levantó y caminó detrás de él. Pero entonces se detuvo, se giró hacia el ordenador y, medio sonriendo, le guiñó un ojo al *hacker* que estaba observándola. Era la primera vez que le hacía ese gesto de complicidad. Damon sonrió como un felino. Luego reparó en que ella aún llevaba su anillo de compromiso y sonrió todavía más.

Capítulo 6

Alice aparcó el coche delante de un supermercado de Brooklyn. Pensaba hacer la compra de camino a casa. No había tenido noticias de Damon, pero la conversación con Angel le había menguado el tormento. Y tenía que admitir que la comida había sido exquisita. Por motivos ajenos a su comprensión, cuando hablaba con Angel sentía el mismo hueco en el estomago que sentía cada vez que veía a Damon.

Mientras elegía una caja de cereales, se preguntó si no estaría volviéndose loca. ¿Acaso tenía un enamoramiento por alguien virtual? ¿Era como esos fracasados que se enamoraban de la voz de Siri, el asistente personal de los iPhone, y terminaban proponiéndole matrimonio? Esa idea la hizo sonreír.

Pagó sus compras, salió y cargó las bolsas en el maletero de su coche. Entonces, el teléfono vibró dentro del bolsillo de su pantalón.

—Agente Montgomery.

—Tengo información sobre Angelus —dijo un hombre al otro lado del teléfono.

Alice soltó una bolsa, se enderezó y dejó caer la puerta del maletero.

—¿Quién eres? —preguntó, ceñuda.

—Eso es irrelevante. La pregunta relevante es ¿quieres saber quién es Angelus, agente Montgomery?

Alice apretó el teléfono entre los dedos. Angel era su amigo. La había ayudado tantas veces. La había apoyado. Había cuidado de ella. Pero Angel no dejaba de ser un delincuente.

—Sí —su respuesta fue contundente, fría, profesional.

—Entonces súbete a esa limusina negra que te espera en la esquina.

Alice se giró y, efectivamente, había una limusina esperando. Se tanteó el bolsillo para asegurarse de que llevaba la pistola, colgó la llamada y, tras cerrar el coche, se encaminó hacia ahí. Entró. Dentro había un hombre de unos

sesenta años, calvo, bajo, ataviado con un traje blanco, carísimo. Alice reparó en su reloj. Valía una auténtica fortuna.

—¿Quién es usted?

La limusina se puso en marcha.

—Un amigo que quiere hacerle un favor. ¿Champán? —Le ofreció una copa, pero Alice hizo un gesto negativo.

—Nunca bebo en acto de servicio.

—Su jornada acabó hace horas.

—Mi jornada nunca acaba, señor... eh... ¿cómo ha dicho que se llamaba?

—No lo he dicho.

Él, hundido en su asiento con aire de indiferencia, tomó un sorbo de champán. Alice resopló. No le gustaban esos juegucitos. Si el tío tenía algo que decirle, ¿por qué demonios no lo soltaba ya? Volvió a tantearse el bolsillo en busca de la pistola. Él se dio cuenta de su creciente nerviosismo y curvó los labios en una sonrisa.

—Tranquila. No pienso matarla.

Alice soltó una carcajada. Sin embargo, incluso ese gesto denotó cierto nerviosismo.

—Claro que no. Lo inmovilizaría en medio segundo.

La expresión del rostro de él no se alteró ni en lo más mínimo.

—Me agrada su arrogancia, agente. Es una muy buena cualidad en las personas. Igual que la vanidad. Usted posee ambas. Eso es espléndido.

Alice reprimió las ganas de hacer una mueca. Él encendió un puro y se limitó a fumar tranquilamente.

—¿Adónde vamos?

—Quiere a Angelus, ¿sí o no?

—Sí —gruñó ella a través de los dientes apretados, irritada a causa de toda esa situación.

—Entonces, paciencia, querida mía. Paciencia. Otra gran virtud. Por desgracia, usted parece carecer de ella.

A través del oscuro cristal, Alice pudo ver que cruzaban una verja de hierro forjado. Estaban en la... ¡No podía ser!

—¿La residencia de verano del general?! —preguntó con incredulidad.

Callado, el hombre sonrió mientras miraba por la ventana la esplendorosa casa blanca de cuatro plantas hacia la cual se dirigían.

—¿Quién es usted?

Giró la mirada hacia ella.

—Un buen amigo que quiere muerto a Angelus. Igual que usted, agente Montgomery.

—¡Yo no lo quiero muerto! ¡Lo quiero entre rejas!

—Una diferencia minúscula.

—¡Una diferencia colosal! —gritó, fuera de sus casillas.

Era una trampa. Alice lo supo entonces. Y, maldita sea, había caído en ella como una estúpida novata. Se había dejado llevar por la curiosidad de conocer la identidad de Angelus y ahora iba a pagar las consecuencias. «La curiosidad siempre mata a los gatos». No podía creer que hubiese sido tan idiota. Ese hombre le tendería una trampa al *hacker* y ella, en contra de su voluntad, haría de cebo.

La limusina se detuvo. A Alice no le quedó otra que bajar.

—No tiene a Angelus —afirmó mientras caminaban hacia la entrada.

Su tono fue categórico. Lo sabía igual de seguro que sabía que el sol salía por el este y se ponía por el oeste. Él le dedicó una sonrisa arrogante.

—No, pero usted sí. Lo tiene comiendo de la palma de su mano y en cuanto él sepa que la estoy reteniendo aquí, vendrá a rescatarla como el caballero que es. Anímese, agente. Antes del amanecer, conoceremos la identidad del famoso *hacker* Angelus.

Mientras entraban en el interior de esa señorial mansión, Alice vio claramente el escenario. Sabía cuál era el plan de aquel hombre. Usaría alguno de sus ordenadores para hacerle saber a Angelus que ella estaba en peligro, le tendería una trampa y, en cuanto él apareciera, lo mataría, quizá por detrás,

como un cobarde. Esa idea la enfureció. Recordó las veces que ellos dos se habían reído juntos. Recordó las veinticinco cajas de helado. «En serio, ahora ¿quién te manda tantas cajas de helado solo para que tú tengas la oportunidad de comerte la de tu marca favorita? ¿Quién se preocupa tanto para que comas y descanses? Solo un hombre que te quiere haría eso». Y ella no podía dejar morir a un hombre que la amaba de ese modo. Alice tuvo claro al menos eso.

—Deme su pistola, agente.

Miró con frialdad a ese hombre que permanecía con el brazo extendido, esperando a que ella acatará su orden. Se notaba que estaba muy acostumbrado a que la gente cumpliera con sus exigencias. Pues iba a llevarse un disgusto.

—No pienso entregarle mi arma reglamentaria a un desconocido.

Él sonrió ante su tono altivo.

—Claro que no. Pero se la entregará al jefe de la NSA.

Las rodillas de Alice apenas conseguían sostener su cuerpo.

—¿La NSA? ¿Usted es el jefe de la puta Agencia de Seguridad Nacional?

Él no se dignó a contestar esta vez. Siguió sonriéndole con superioridad, aún aguardando que ella obedeciera la orden de entregarle el arma. Bajo su mirada, Alice se sintió como si fuese un molesto insecto encima del zapato de ese poderoso hombre que decidía el destino de millones y millones de personas. «Delirios de grandeza. Complejo de Dios». Alice, como la buena psicóloga que era, supo que ese hombre experimentaba ambas cosas.

Se abrió la puerta y dos hombres entraron en la habitación. Eran altos, corpulentos, trajeados. Servicio Secreto, claramente. Le quitaron la pistola a Alice en un abrir y cerrar de ojos. Ella ni se molestó en oponer resistencia. Tenía todas las de perder.

—Siéntese, agente. Está en su casa —le dijo él mientras tomaba asiento en una butaca de cuero marrón.

Alice levantó el rostro con desafío hasta clavar los ojos en los suyos.

—¿Mi casa? —Soltó una risa cargada de desprecio—. Soy una prisionera, señor.

—Una invitada.

—Los invitados pueden irse cuando quieren.

—Y usted lo hará. En cuanto capturemos a Angelus. Anímese. Está haciendo un gran trabajo por su país.

Alice miró a los del Servicio Secreto. Estaban de pie, inmóviles, con las piernas ligeramente separadas, custodiando una puerta a espaldas de su jefe. Recorrió con los ojos las armas que llevaban, se fijó en la dureza de sus rasgos, en la inexpresividad de sus ojos. No eran más que asesinos. Maquinas entrenadas para matar. Carecían de sentimientos. Alice pudo sentir que no había nada humano en los tres hombres que se hallaban en la misma habitación que ella. Ni siquiera el latido de sus corazones.

—¿Estoy haciéndole un favor a mi país participando en un cobarde asesinato a sangre fría?

Aún seguía de pie. Se negaba a sentarse. Prefería estar de pie para poder mirar desde arriba a ese hombre. Tal vez así él captaría la infinita repugnancia que despertaba en ella.

—Lo está haciendo por un bien mayor.

Le habría pegado un tiro si hubiese conservado aún la pistola. ¿Cómo se atrevía ese hombre a hablarle a ella sobre el bien, cuando no tenía ni puñetera idea sobre lo que esa palabra significaba? A Alice le entraron náuseas.

—Matar va en contra de la ley.

—Las leyes no son inquebrantables —repuso él, fumando con tranquilidad.

Ella se pasó ambas manos por el pelo y sacudió la cabeza.

—Deberían fusilarlo por haber dicho algo así. —Habló a través de los dientes apretados y su voz era baja, potente y muy tensa.

El hombre la miró a los ojos y sonrió ante el desprecio que pudo leer en ellos.

—¿Cree usted en las leyes, agente? —preguntó con falsa dulzura.

—¡El sistema lo es todo! —rugió ella con las pupilas ardiéndole en llamas.

—¡El sistema esTÁ corrupto!

Alice movió la cabeza, sin poder creer lo que acababa de escuchar.

—Sin el sistema, volveríamos al caos primitivo —dijo en voz muy baja, como para sí misma.

Él soltó una carcajada mientras colocaba una pierna encima de la otra.

—Es usted joven e idealista. Cuando llegue a mi edad, lo comprenderá.

La mirada helada de Alice le arrancó una sonrisa.

—Jamás comprenderé, ni justificaré, un asesinato a sangre fría.

—Siéntese, agente. —Apretó los labios, disgustado—. La noche será larga y, por lo que veo, poco agradable.

Alice, en vez de sentarse, le dio la espalda y se quedó de pie delante de la ventana, mirando cómo se alzaba la luna por encima de los nogales del jardín. Ella sabía que él vendría. Estaba convencida de ello. No quería conocerlo así. No de ese modo. No mientras lo mataban por su culpa. No era justo. Él se merecía pagar por sus delitos, pero no con su vida.

—Angel es más listo que esto —musitó—. No vendrá.

—He escuchado sus conversaciones. Hay micrófonos en su despacho. Él la ama, es evidente. Vendrá a por usted.

—¡Claro que hay micrófonos en mi despacho! —exclamó Alice, echándose a reír, más bien a causa de la incredulidad.

A sus espaldas, el hombre parpadeó con rapidez.

—¿Qué le resulta tan divertido, agente?

—Está usted en todas partes, en todo momento, señor.

—Me pagan para estarlo.

—No lo hace por el dinero. Sufre usted de Complejo de Dios.

Él se rió.

—Puede.

Trascurrieron muchos minutos hasta que volvieron a hablar. El jefe de la NSA continuó sentado en su butaca, Alice no se movió de la ventana, y los dos agentes del Servicio Secreto permanecieron de pie, en el mismo sitio, igual de inexpresivos.

—¿Sabe qué es lo que me resulta curioso? —dijo él de pronto.

—¿La de veces que accede usted a la página enanoscachondos.com? —propuso Alice, irónica, sin dignarse a mirarlo.

Él hizo caso omiso de su comentario, como si no lo hubiese escuchado.

—Hay dos hombres en territorio estadounidense a quienes no soporto: Angelus y Damon Wilde. Y ambos son novios suyos. ¿Qué tiene usted, agente Montgomery, para enloquecerlos a los dos?

Ella esbozó una débil sonrisa.

—Algo con lo que usted ni siquiera sueña —contestó en tono altivo—. Integridad.

—Destacable cualidad. ¿Sabe lo que pienso yo sobre la integridad? Pienso que...

No le dio tiempo de continuar esa frase. Dos balas pasaron a través del cristal, haciéndolo añicos, y alcanzaron a los dos agentes. En la frente. Dos disparos limpios, ejecutados por un profesional. Alice se abalanzó sobre el hombre cuyo rostro estaba salpicado de sangre y lo puso a salvo detrás del sofá.

—No se le ocurra moverse —le susurró.

—¡Joder! Los ha matado, el muy hijo de puta. —Le estaban temblando las extremidades de un modo que a Alice le resultaba divertido—. Se suponía que era un *hacker*, no Jason Bourne.

Su agitación era evidente. Estaba claro que no era más que una rata de biblioteca. Se sentía poderoso cuando estaba rodeado de asesinos a sueldo, pero a Alice se le hizo evidente que en combate no aguantaría ni medio segundo. Carecía de entrenamiento.

—Deme la pistola —exigió con increíble sangre fría.

—Ni hablar —replicó él entre dientes.

—¡Deme la puta pistola o no le garantizo su vida!

Eso era un argumento lo bastante poderoso como para convencerlo. Sacó la pistola que se había guardado en el bolsillo con anterioridad y se la ofreció

con manos trémulas. Alice entornó los ojos.

—¡Vamos, señor, ánimo! —exclamó con entusiasmo mientras le daba unas palmaditas en el brazo—. Es un *hacker*, no Jason Bourne —añadió en tono de burla.

Él la miró enfurecido. Alice le dedicó una sonrisa encantadora. Entonces, alguien abrió la puerta de una patada. El intruso llevaba ropa de combate oscura y un pasamontañas negro que le cubría la cabeza y el rostro. Tenía ambos brazos extendidos hacia adelante y sujetaba una pistola en cada mano. Parecía poderoso, invencible, mientras caminaba con paso tranquilo y seguro hacia ellos. Alice se levantó por encima del respaldo del sofá con la pistola en alto.

—Angelus, no hagas ninguna tontería —le dijo apuntándole—. Suelta el arma ahora mismo.

No estaba muy segura, pero le pareció que sus labios se habían movido, como si estuviese sonriendo por debajo de la negra tela que cubría su rostro. Por supuesto, él no bajó la pistola. Le hizo una señal con la mano para que la bajara ella. Alice sacudió la cabeza despacio para indicarle que ni hablar. Él curvó de nuevo los labios y siguió sujetando las dos pistolas.

Al fin había llegado el momento. Alice y su Moriarty estaba enfrentados, uno delante del otro, apuntándose con sus armas. Y ambos estaban disfrutando de ese desafío. Sus miradas estaban clavadas la una en la otra, inmersas en un profundo contacto visual. Prácticamente saltaban chispas. Alice notó un hueco en el estómago y un cosquilleo de excitación recorriéndole las venas. Ninguno de los dos habló. No desviaron la mirada. Se miraron sin más, se devoraron con los ojos el uno al otro. En esa habitación no había más que magnetismo y electricidad estática.

—¿Qué coño está pasando? —el hombre se incorporó y entonces el intruso le metió una bala entre las cejas antes de que a Alice le diera tiempo de ponerlo a salvo.

Ahí acabó el magnetismo. El cuerpo sin vida cayó al lado de los pies de Alice. Ella se apartó un poco, puesto que la sangre le había manchado los

zapatos y, ¡maldición!, eran sus zapatos favoritos. No los quería estropear con los fluidos corporales de esa sucia y cobarde sabandija.

—¿Qué demonios has hecho? —le gritó, pese a que hacia sus adentros aplaudía su iniciativa; ella misma le habría disparado de haber podido—. ¡Era el jefe de la NSA! ¿Desde cuándo eres un asesino?

—Desde los quince años —contestó él, destapándose el rostro.

El impacto golpeó a Alice con una fuerza brutal, como si un tren hubiese chocado contra su cuerpo, lanzándola varios metros por los aires. Fue incapaz de respirar, de moverse o de pensar con coherencia. Damon la miró afligido. No era su intención que ella se enterase de las cosas de ese modo, pero había sucedido y ahora debía enfrentarse a las consecuencias. Se encaminó hacia ella y con un gesto suave le quitó la pistola y la dejó caer al suelo. Alice no reaccionó durante unos instantes.

—Eras tú. —Separó los labios y, a través de las pupilas dilatadas de horror, miró ese rostro tan querido—. Siempre fuiste tú...

—Alice... —comenzó él, agarrándola por los brazos.

El semblante de Alice, devastado de dolor, se apartó del suyo todo lo que su agarre le permitió.

—¡No me toques! —Intentó zafarse, pero no lo consiguió puesto que él era más fuerte que ella y estaba empleando toda su fuerza para retenerla—. No era real. —Sacudió la cabeza mientras amargas lágrimas se deslizaban por su rostro. Su agonía era demasiado intensa, tanto, que no pudo contenerlas—. Nada era real. Has estado jugando conmigo. Has estado usándome...

Las manos de Damon ejercieron más fuerza sobre los brazos de ella y la zarandearon con furia.

—Ni se te ocurra decir eso. Sabes que no es cierto.

El dolor atravesó el corazón de Alice con la rapidez de un rayo. Y de un modo igual de fulminante.

—Dijiste que me amabas...

—¡Te amo!

Presa de una incontrolable ira, Alice liberó sus brazos, se abalanzó sobre él y empezó a golpearle el pecho con los puños.

—¡Mientes! ¡Eres un jodido mentiroso! Has estado jugando conmigo todo este tiempo. No puedo creer que haya sido tan idiota como para no verlo. Dios... Iba a dejarlo todo por ti —musitó, destrozada, desplomándose entre sus brazos.

Él la abrazó con fuerza mientras ella sollozaba.

—Alice, mírame. Alice, nena, mírame.

—No... —gimoteó—. No puedo..., no puedo..., no quiero verte..., duele demasiado.

Él agarró su rostro entre sus manos para obligarla a mirarlo. ¡Ella tenía que ver sus ojos! Porque si los miraba, sabría que lo era todo para él. Alice los miró, pero no vio los ojos de un hombre que la amaba profunda, loca e irrevocablemente y que lo había arriesgado todo para ir a buscarla esa noche. Ella vio los ojos de un mentiroso. De un traidor.

—Alice, cuando dije que te amaba, iba en serio.

—¡No me hables de amor! Suéltame.

Él la soltó, cogió aire en los pulmones y levantó las dos manos en el aire, en actitud conciliadora.

—De acuerdo. Estás muy alterada. Es normal. Te llevaré a casa y aclararemos las cosas.

—No hay nada que aclarar. Esto se ha terminado. Lo nuestro se ha terminado. Eres Angelus. Ya nada tiene importancia ahora.

Damon la miró horrorizado.

—¡¿Terminado?! ¿Cómo que se ha terminado? ¡Esto no puede terminar! La canción nunca acaba, Alice, ¿lo recuerdas? —rugió lleno de ira—. ¡Nunca acaba la jodida canción! Dime que lo recuerdas —susurró, destrozado.

Alice pudo sentir su desesperación y su miedo. Solo que no le importó en absoluto. Ya nada tenía sentido. La única irrefutable verdad había resultado ser una enorme mentira. Eso paralizó a Alice, hizo que dejara de llorar, cubrió

su cuerpo con una capa de hielo que le congeló incluso el sufrimiento durante unos instantes.

—Pues acaba de hacerlo, Damon —le dijo con frialdad.

Damon sintió un dolor en el estómago. Estaba perdiéndola. Ella estaba apartándose de él y eso lo desquiciaba. Nunca había estado tan desquiciado como en aquel momento. Tenía ganas de destrozar cosas y rugir como una bestia salvaje.

—El mundo no te entiende, princesa —susurró, cogiendo su mano con ternura—. Ellos no te conocen como yo. Alice, nadie te conoce ni te quiere como yo.

Intentaba hacérselo entender a través de sus palabras. Ella tenía que entenderlo. Tenía que saber la verdad. Tenía que comprender que lo suyo había sido real. ¿Por qué no lo hacía? ¿Por qué estaba mirándolo de un modo tan gélido?

—Tú no sabes lo que es el amor, Damon Wilde, y te compadezco por ello. —Su tono de voz era demasiado sereno, demasiado tranquilo, como si nada de aquello le importara ya—. Nunca lo tuviste y nunca lo tendrás. No eres digno de él.

Eso le dolió a Damon más que nada en toda su vida. No fueron sus heladas palabras las que le destrozaron el alma, sino la expresión que pudo ver en el rostro de ella mientras las formulaba. Alice no lo amaba en esos momentos. Alice no sentía nada por él. Ya nada tenía importancia. Lo había perdido todo. Perdiéndola a ella, lo había perdido todo. Ningún imperio valía la pena si ella no estaba a su lado.

La miró a los ojos durante un largo rato, pero ya no vio nada ahí. Solo había una expresión vacía en esas hermosas pupilas color café. Entonces Damon cayó en la cuenta de algo crucial. Alice era como un precioso colibrí a quien él intentaba meter en una jaula. ¿Podría conseguir encerrarla algún día? Sí, claro que sí. ¿Pero ese colibrí a quién tanto amaba sería feliz si él le quitaba la libertad? La respuesta era no. Ella nunca sería feliz a su lado. Si realmente la amaba, debía dejarla marchar.

—Te equivocas —musitó él, y esta vez su voz sonó serena, aunque lejana—. Sé lo que es el amor. Ahora lo sé.

El amor era autosacrificio. Dejó caer su mano y le dio la espalda.

—Adiós, Alice.

Un espasmo de dolor contrajo el rostro de Alice, sin embargo, no fue tan potente como el dolor que le produjo escuchar esas palabras. ¿Cómo era posible que dos sencillas palabras desataran ese infierno dentro de su corazón? Ya estaba. Se había acabado para siempre. Se llevó una mano a la boca, cerró los ojos con fuerza y dejó que unas silenciosas lágrimas cayeran por sus pómulos.

—Adiós, Damon. —Su voz se rompió al decirlo.

Él no añadió nada más. Alice se quedó paralizada a sus espaldas. Esperó durante un instante a que dijera algo, lo que fuera, pero él solo respiró fuerte. Entonces ella lo comprendió. No iba a detenerla. Esta vez no la cogería por los codos, ni la abrazaría, ni intentaría besarla. Era libre de marcharse. Esa sería la última vez que lo vería. Y esa idea le resultó espantosa. No verlo más... ¡Nunca! Nunca volvería a probar el sabor de su boca, ni sentiría el calor de sus brazos. Nunca era un término demasiado definitivo.

—Nunca... —murmuró rendida.

Rota de dolor, se agachó para recuperar su pistola y, con ella entre las manos, le dio la espalda y empezó a caminar hacia la puerta. Como su corazón había dejado de latir por completo, Damon pudo escuchar el ruido de sus pasos resonando en el silencio de la noche mientras se alejaba de él. No movió ni un solo músculo, ni siquiera se atrevió a respirar. Cerró los ojos al entender que la puerta acababa de cerrarse a espaldas de la única persona a la que había amado en toda su vida.

Entonces, después de exactamente treinta y un años sin llorar, una lágrima resbaló del ojo derecho de Damon Fergusson. Esta vez no podía agarrarse a la venganza, o a la ira. Ahora le tocaría lidiar con su pérdida. Y Damon no estaba preparado para lidiar con toda esa oscuridad.

Sobre las once y media de la noche, Damon llamaba compulsivamente a la puerta de su amigo Mark. Este estaba en su dormitorio. Tenía compañía.

—Hay que joderse —gruñó entre dientes, sacándose de la boca el pecho de la mujer que estaba debajo de él.

—¿No vas a abrir? —preguntó ella.

Mark apretó los dientes, juró hacia sus adentros y volvió a meterse ese voluptuoso pecho en la boca.

—No —murmuró—. Ya se irá.

Damon volvió a llamar. Como cincuenta veces más. Al ver que Mark no abría, empezó a golpear la puerta con el puño.

—¡Dewar! Sé que estás ahí. Abre la puerta. ¡Esto es muy grave!

Mark deslizó la boca por el vientre de aquella mujer, aunque los rugidos de su mejor amigo dificultaban tanto su tarea que la erección se le había bajado considerablemente.

En el pasillo, Damon se sacó un pequeño alambre del bolsillo. Siempre iba preparado para esos casos. Un hombre como él nunca sabía cuándo podía necesitar alambres para alguno que otro allanamiento de morada. No le costó ningún esfuerzo abrir la puerta. Una vez dentro, caminó en dirección al dormitorio. Golpeó con suavidad la puerta. Estaba demasiado destrozado como para querer verle el culo desnudo a su mejor amigo. Era mejor avisarle de su presencia antes de irrumpir en sus aposentos. Por si acaso. Por si Mark no estuviese... decente.

—¿Dewar? —susurró.

—¡No me lo creo!

Mark pegó un salto en la cama, se puso los calzoncillos lo más rápido que pudo y abrió la puerta con violencia. Damon ni se inmutó ante la expresión asesina que mostraba su rostro. El dolor de perder a Alice lo había congelado por completo.

—¿Por qué estás en paños menores otra vez? —preguntó, ceñudo.

—¡Porque intento echar un puto polvo! —No fue que Mark gritase, fue que

rugió como el Rey León.

Damon conservó su serenidad.

—Oh. Ya veo. —Metió la cabeza por la puerta y miró por encima de Mark a aquella señorita pelirroja, tapada hasta la barbilla con una sábana—. *Madeimoselle*, buenas noches. Disculpe las molestias. En un segundo estará de vuelta. Es un asunto de vida o muerte.

Dicho eso, agarró a Mark del brazo, lo arrastró fuera y cerró la puerta.

—Ha pasado algo terrible.

—Algo terrible va a pasar si no te largas en los próximos diez segundos.

Lo cogió por los hombros, lo empujó contra la pared y lo sostuvo así. Acababa de perder a Alice. No tenía tiempo para cortesías.

—Mark, no lo entiendes. La he perdido. No sé qué hacer. Tienes que solucionarlo —El urgente tono de su voz no desvelaba ni la mitad de su desesperación.

Mark se deshizo de las manos que lo aprisionaban y lo miró colérico.

—¡Siete psicólogos! Tienes siete putos psicólogos en nómina y sin embargo siempre vienes a darme el coñazo a mí.

Damon lo miró confuso. ¿Y eso a qué venía en ese momento? ¿Es que Mark no entendía la gravedad del asunto? ¿Acaso echar un polvo era más importante que su pérdida?

—Mark, siempre acudo a ti porque somos amigos.

Fuera de sus casillas, Mark empujó el pecho de Damon hacia atrás. Le clavó una mano en el cuello y lo mantuvo pegado al marco de la puerta.

—Escúchame bien —empezó entre dientes—. Tú y yo no somos amigos. ¡No somos nada! Los amigos se ayudan y se apoyan, no se molestan a altas horas de la noche. Porque si aún no te has dado cuenta, Damon, el jodido mundo no gira en torno a ti. Los demás también tenemos una jodida vida que vivir y no podemos estar siempre a tu entera disposición. Así que hazme un favor: no me llames, no me escribas, no te presentes en mi puerta. ¡Nunca!

Damon abrió y cerró la boca un par de veces. No encontraba las palabras.

—Mark, pero yo soy tu amigo —murmuró, mirándolo como un niño pequeño a quién acababan de abandonar en una estación de trenes.

—¡Eres mi maldición! ¡La condena por todos los pecados que cometí a lo largo de mi vida! Así que, Damon, por favor, te lo imploro, ve a molestar a tus otros seis psicólogos. —Le soltó el cuello y retrocedió—. ¡Joder!

Lo apartó del medio, entró en el dormitorio y cerró de un portazo. Damon permaneció unos instantes en el pasillo, aturullado. En una sola noche, había perdido a la mujer que amaba y a su mejor amigo. No podía enfrentarse a todo eso en ese momento. No, no pensaría en nada de eso. Dejaría la mente en blanco y esperaría a que las cosas se solucionaran por sí solas. Se fue arrastrando los pies, y se pasó la noche conduciendo sin rumbo alguno. Cuando quiso darse cuenta, estaba en Washington.

De vuelta a sus aposentos, Mark miró rendido a esa mujer que estaba esperándolo, dispuesta a todo.

—Puedes irte —le dijo con frialdad.

—Pero si aún no hemos...

—Ni vamos a hacerlo. —Le abrió la puerta y la sostuvo así—. Buenas noches.

Ella, resignada, se vistió y salió en silencio. Mark la siguió con la mirada. Luego, se dejó caer encima de la cama, se cogió la cabeza con ambas manos y resopló.

—Debe trabajar para el Control de la Natalidad —musitó, para sí mismo.

—Consulta de Mark Dewar —contestó una mujer al otro lado de la línea.

—Buenos días, *madeimoselle*. Soy Damon Wilde y llamo para concertar una cita.

—Tengo libre a las once cuarenta, pero si es urgente, le diré al doctor que...

—No, no se preocupe. No voy a morirme si espero. Buenos días. —Colgó y se fue a la ducha.

A las once y media se hallaba en la consulta de Mark. Este miró la lista de pacientes y, al ver el nombre de Damon reflejado en ella, se le cayó el bolígrafo de la mano. Tuvo que leerlo tres veces para asegurarse de haberlo visto bien. En tantos años, era la primera vez que veía el nombre de Damon Wilde entre sus citas. Se extrañó de que Damon supiese siquiera dónde estaba su consulta.

Se levantó de la silla, se abrochó el botón de su chaqueta color marrón y abrió la puerta. Damon, sentado en una silla, levantó la cabeza. Mark dio un respingo ante la agonía que había en sus turbios ojos. Iba muy desaliñado. Nunca le había visto de ese modo. Damon siempre iba perfectamente arreglado, incluso cuando salía a tirar la basura. Si era que Damon Wilde tiraba la basura él mismo. Mark no lo tenía nada claro. Había que reconocer que Damon era la clase de persona capaz de contratar a alguien que se ocupara solo de ese asunto.

—Señor Wilde.

—Doctor Dewar.

Se miraron durante unos segundos, los dos callados.

—¿Quiere usted pasar? —dijo Mark al fin, con excesivo formalismo.

—Por supuesto —contestó su amigo, de igual manera.

Se levantó ceremonioso y lo siguió hasta el interior de su consulta.

—Tome asiento.

—No es necesario. Seré breve. Solo venía a decirte que lo siento. He sido el peor amigo sobre la faz de la tierra. No me he preocupado por tus sentimientos, ni te he apoyado en tu divorcio, y lo siento. Nada más. Buenos días. —Se dio la vuelta.

Mark parpadeó mientras sus verdes ojos le seguían.

—Espera, Damon.

Damon se detuvo en el umbral. Mark pudo ver que estaba hecho polvo. No se había afeitado y, claramente, no había dormido en toda la noche.

—¿Sí, Dewar?

—Bueno, técnicamente es tu hora, así que si quieres contarme lo que pasó anoche...

—Hablar de ello no va a arreglar nada. He decidido dejar de ir al psicólogo. Aun así, permanecerás en la nómina de Wilde Industries como psicólogo oficial... —Frunció los labios—. Por si a alguno de mis empleados le da un brote psicótico. Trabajando para alguien como yo, eso es muy posible. Buenos días.

Y se fue. De camino a su trabajo, estuvo pensando en Alice, preguntándose cómo lo llevaría ella. Seguro que no tan mal como él. Ella ya no lo quería. Aquello debía de resultarle mucho más fácil. ¿Por qué iba a estar sufriendo por un hombre que no significaba nada para ella?

A mediodía, cuando Misery entró para pedirle que firmara unos documentos, Damon tenía la frente apoyada contra la mesa y los ojos cerrados.

—¿Señor Wilde?

No dijo nada, se limitó a gruñir a modo de contestación. Misery lo miró preocupada. Soltó los papeles encima de la mesa, se acercó a él vacilante y le acarició el pelo, tal y cómo solía hacer cuando Damon era un crío.

—¿Qué le ha pasado a mi niño? —susurró.

Él levantó la cabeza para mirarla. Misery se estremeció al ver el dolor que había en su hermoso rostro. Damon tenía los ojos enrojecidos e hinchados, como si tuviese gripe. ¿Acaso había estado llorando? No, eso era imposible. Ella recordaba que Damon no había soltado ni una sola lágrima cuando su padre adoptivo le había aplicado veinte golpes con la hebilla de su cinturón, por haberse negado a vender *crack* en el instituto. Unas horas después, él le había confesado que físicamente era incapaz de llorar, por muy triste o dolido que estuviese. Las lágrimas, por alguna razón, no brotaban de sus ojos.

—Damon, cariño...

Extendió el brazo y le acarició la barba que cubría su mandíbula. Él cerró los ojos, quedándose tan quieto como una estatua. Hacía tanto que Misery no lo acariciaba. Posiblemente, desde su adolescencia.

—Damon...

—La perdí, Misery. Se fue. Para siempre.

—¿A Alice?

Damon hizo un gesto con la cabeza.

—Pero puedes recuperarla, ¿no?

Lo negó.

—No. —Abrió los ojos, turbios y atormentados—. Ella ya no me quiere.

A Misery se le estaba cayendo el alma a los pies. Su niño estaba sufriendo y ella no tenía manera de cambiar las cosas.

—Damon, no se puede dejar de querer de un día para el otro —susurró, acariciándole los oscuros cabellos que caían sobre su frente.

—Pues díselo a Alice. —Dejó caer de nuevo la cabeza y la enterró entre los brazos, dándole a entender que esa conversación había acabado.

Misery salió en silencio, regresó a su puesto y ahí hizo una llamada telefónica. Tuvo que colgar, puesto que el número daba ocupado. Nada más colgar ella, vibró el móvil dentro de su mano.

—Doctor Dewar —descolgó—. Estaba llamándolo.

—Y yo a ti, Misery.

—¡Tenemos que hablar! —dijeron al unísono.

Ambos carraspearon.

—Usted primero —dijo ella.

—Está bien. Hoy he visto a Damon. Me preocupa.

—Y a mí. De eso quería hablarle. Ha perdido a Alice.

Mark apoyó la frente contra su mano derecha y empezó a masajearse el ceño.

—Eso dijo anoche. Tenemos que hacer algo. Necesito que me des una cita con él. ¿Tiene algo libre hoy?

Misery se inclinó sobre su mesa, abrió la agenda y miró las citas de Damon de aquel día. No, no tenía nada.

—A ver...

—¿Qué tal en media hora? —sugirió Mark.

Misery buscó ese apartado en la agenda. «Doce treinta. Reunión con el secretario de Defensa». ¡Bah! ¡El secretario de Defensa podía joderse!

—Hecho.

Media hora después, Mark Dewar se paseaba nervioso delante de la puerta de Damon. Misery llamó para informar a Damon que su cita de las doce treinta estaba esperando. Convenientemente, se le olvidó mencionar el minúsculo cambio que se había producido en su agenda.

Se abrió la puerta.

—Señor secre... —Se detuvo y miró a Mark con el ceño fruncido—. ¡Dewar! ¿Qué haces tú aquí? ¡Misery!

Las cortas piernas de Misery corrieron por el pasillo lo más rápido que podían pero, aun así, tardó demasiado en llegar. Demasiado para Damon, quien estaba furibundo a causa de los cambios en su agenda. Damon detestaba los cambios en general. Cualquier cosa fuera de su control, lo irritaba.

—¡MISERY!

Al cabo de unos segundos, Misery entró asfixiada. Necesitó varios segundos para recuperarse. Y encima, la impaciencia de Damon no hacía más que aumentar su ansiedad.

—Es que..., en fin..., cancelé su cita con el secretario... —explicó entre jadeos.

Damon arqueó las cejas con gesto muy severo. Misery no pudo evitar compararlo con Napoleón Bonaparte a punto de invadir Rusia.

—¿Por?

—Necesita un plan para recuperar a Alice y quién mejor que el doctor Dewar para...

—El doctor Dewar y yo ya no somos amigos, Misery —interrumpió con impaciencia.

—Damon, eso no es cierto —intervino Mark.

Le dolieron esas palabras. Podía ser que Damon lo irritara y lo

interrumpiera cada vez que quería intimar con alguien, pero no dejaba de ser su mejor amigo.

—Eso fue lo que dijiste anoche.

—Anoche estaba alterado. Me interrumpiste en medio de algo importante.

—Echar un polvo no es de vital importancia. Pero llevabas razón. Soy una maldición. Lo siento.

Misery carraspeó.

—Damon, eres como un niño pequeño que necesita constante atención, pero te queremos así y todo.

Mark apretó los labios.

—Eso es cierto, tío. Eres mi mejor amigo. Siento haber dicho que eres una maldición. No iba en serio.

Damon los miró con los ojos entornados. Aquellos dos eran lo único que le quedaba. Aparte de su estúpido imperio, que ya nada valía para él.

—¿Qué queréis de mí? —Exhaló, cansado.

—Que recuperes a Alice —expuso Mark.

Damon soltó una carcajada, que sonó tan vacía como lucía su mirada.

—Ya, claro. ¿Y pensáis que yo no quiero lo mismo?

Misery enarcó una ceja.

—¿Quieres?

—¡Pues claro! —exclamó él, irritado—. Pero ya no puedo hacer nada. No va a querer verme.

—A ti tal vez no. ¿Pero a Angelus?

El escultural rostro de Damon se nubló. Con los labios entreabiertos de sorpresa, miró a Mark y, a continuación, movió los ojos hacia Misery. Los dos permanecían tranquilos, de pie, delante de su mesa.

—¿Qué has dicho? —musitó.

Mark puso los ojos en blanco.

—Sí, sé lo de Angelus. Damon, has estado dándome el coñazo con el tal Angelus durante meses. Tú eres demasiado egocéntrico como para halagar la

desmesurada inteligencia y la astucia de alguien. Es evidente que Angelus eres tú mismo.

Damon le dirigió una mirada a Misery. Ella hizo una mueca.

—Te conozco desde que tenías cinco años —dijo a modo de explicación—. ¿De verdad pensabas que no lo sabía?

Atónito, movió la cabeza despacio.

—A estas alturas, ¿hay alguien que no sepa que Angelus soy yo?

Mark se rascó detrás de la oreja y arrugó la frente, como si estuviese meditando muy profundamente sobre aquel asunto.

—Eh..., ¿el agente Kirby, quizá? —propuso, torciendo los labios.

Damon caminó hacia ellos. Se apoyó contra la mesa y se cruzó de brazos.

—¿Cuál es vuestro plan, mosqueteros?

Misery sonrió ampliamente.

—Recuperar a Alice.

—Damon, tienes que hacer lo que mejor se te da —aconsejó Mark.

Damon lo miró confuso.

—¿Y qué es lo que mejor se me da, si no es mucha molestia?

Los labios de Mark se curvaron en una sonrisa malévola.

—Dar el coñazo.

Damon resopló y negó con la cabeza.

—Si supiese que ella aún siente algo por mí, lo haría. Pero Alice ya no me quiere. Lo vi en sus ojos. Vosotros no estabais ahí. No visteis su frialdad, su desprecio. Es demasiado tarde. Alice ha dejado de quererme y, por mucho que yo le dé el coñazo, eso no va a cambiar. Así que gracias por venir. Valoro vuestro apoyo. Pero ya podéis iros.

Dicho eso, los empujó a los dos hacia la salida.

—Pero Damon...

—Espera, tío...

Damon cerró la puerta a sus espaldas y luego echó el cierre. No quería ser

molestado el resto del día. Se sentó de nuevo en su asiento, cerró los ojos y pensó en Alice. Se preguntó qué estaría haciendo ella a esas horas. La curiosidad estaba matándolo, pero se negaba a espiarla. Después de todo, la había perdido precisamente por eso.

Para entretenerse con algo y evitar enloquecer por completo o caer en la tentación de buscar a Alice, se limitó a leer una noticia *online* acerca de un empleado del gobierno (no se especificaba su cargo) que había sido ejecutado en la residencia de verano de un importante general (tampoco se especificaba el nombre). Al parecer, el caso estaba investigándose, aunque sin demasiadas pistas. El único testigo de los acontecimientos (que prefería mantener el anonimato en la prensa) había declarado que el hombre iba armado y llevaba pasamontañas, lo cual hacía imposible su identificación. Damon estaba convencido de que solo era cuestión de tiempo hasta que lo detuvieran por aquello.

A la mañana siguiente, Damon Wilde detuvo su reluciente Porche delante de la torre Wilde. Se bajó, pulsó el mando para activar la alarma y se encaminó con paso firme hacia las puertas giratorias. Llevaba sus gafas de sol negras puestas y un traje gris plomo. El gris había regresado a su vida. Iba hablando por el móvil.

—Señor Wilde, le pagaremos lo que sea. Diga un precio.

—No hay dinero en las arcas del jeque como para satisfacerme.

—Tal vez otra cosa... —sugirió su excelencia, el príncipe Abdul—. Todo el mundo quiere algo, señor Wilde.

Damon se detuvo justo antes de cruzar las puertas y se quitó las gafas de sol. No había nada en sus ojos, salvo un infinito vacío.

—Lo que yo quiero, nadie puede dármelo —susurró, antes de colgar.

Caminó hacia el ascensor, manteniendo el rostro duro, el paso firme y la mirada inescrutable. Todo el mundo giró la cabeza para mirarlo. La gente tendía a hacerlo cada vez que él entraba en un lugar. Tan fuerte era el

magnetismo que desprendía, que atraía todas las miradas. Damon, en cambio, no miró a nadie. Entró en el ascensor, le dio al botón y, mientras subía a la última planta, se giró y, a través del cristal, observó el mundo que había bajo sus pies. Era suyo. Todo lo que lo rodeaba era suyo. ¿Qué importaba eso?

El ascensor se detuvo. Bajó y caminó por el pasillo enmoquetado que conducía a su despacho. En su trabajo, todo era gris y monótono. Igual que en su vida. La moqueta no suponía una excepción.

Misery se lanzó al ataque, como siempre.

—A las ocho y cuarto, reunión con la junta directiva. A las nueve y cinco, entrevista con el *Times*. A las nueve cuarenta, videoconferencia con Irak. —Se detuvo y lo miró. ¿Era que Damon no tenía pensado protestar, ni escupir fuego, ni nada parecido?

Él siguió caminando, como siempre hacía.

—Está bien, Misery. Mándame la agenda de hoy por *e-mail*.

—¿Hará la entrevista? —preguntó, no poco asombrada. Damon se negaba a hablar sobre sus victorias y a hacerse el héroe delante de las cámaras, con lo que las entrevistas siempre suponían motivo de rabieta.

—Claro.

—Eh..., de acuerdo.

Estaba a punto de entrar en su despacho cuando Misery añadió:

—Ah, y hay un tal agente Kirby esperándolo.

Damon se detuvo con la mano en el pomo, cogió aire en los pulmones y se giró de cara a ella con deliberada lentitud.

—Supongo que no querrá verlo ahora —continuó Misery—. Ya le he dicho que es usted una persona muy ocupada, pero él insistió.

—Oh, lo veré. Claro que lo veré. ¿Dónde está?

—En la sala de reuniones.

—Está bien. Gracias, Misery.

Giró a la derecha por el pasillo, en dirección a la sala de reuniones. Caminó con total tranquilidad y ambas manos hundidas en los bolsillos de su

pantalón. Nada de todo eso le importaba, ni lo afectaba. Iría a la cárcel. Sí, ¿y qué? ¿Qué importancia tenía eso ahora? Iría a la cárcel porque la mujer a la que amaba lo había delatado. Pues vale. Si ese era su deseo, Damon estaba dispuesto a cumplirlo.

Abrió la puerta de la sala de reuniones. Kirby, quien estaba sentado en la redonda mesa de cristal gris oscuro, se puso en pie.

—Wilde.

—Agente Kirby.

El rostro de Damon se mantuvo completamente inexpresivo.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó con una voz tan gélida que Kirby casi notó un escalofrío recorriéndole la espina dorsal.

Así que ahora el empresario gay y él se tenían que hablar de usted. De acuerdo.

—Bien, supongo que ya sabe por qué estoy aquí.

Damon asintió.

—Por Alice.

—Por Alice —corroboró Kirby.

Empezó a tantearse los bolsillos. Damon estuvo convencido de que lo que estaba buscando Kirby eran las esposas. Pues bien, que así fuese. No iba a resistirse. Para su asombro, Kirby le ofreció una pequeña cajita de terciopelo negro.

—Aquí lo tiene.

Damon frunció el ceño.

—¿Qué demonios es eso?

—El anillo de compromiso —contestó Kirby, como si fuese obvio—. Dijo que se lo podía meter usted por su culo gordo.

Damon fue incapaz de frenar una sonrisa.

—¿Eso fue lo que dijo? ¿Con esas palabras exactas?

Kirby le miró las posaderas, ceñudo.

—Ajá. Pero para que conste, a mí me parece que su culo está

perfectamente... —Se aclaró la voz, abochornado por la barbarie que acababa de soltar—. Ejem..., señor.

—Gracias, agente Kirby. Su culo tampoco está nada mal —le devolvió Damon el cumplido, muy divertido a causa de esa conversación.

Kirby se ruborizó. ¿Estaba tirándole los tejos ese empresario gay?

—Bueno..., eh..., esto..., ejem..., debo irme —Y salió como un terremoto.

Damon se dejó caer en una silla, abrió la caja y sacó el pequeño anillo para examinarlo más de cerca. Sonrió cuando el brillo de ese diamante se clavó en sus pupilas. No todo estaba perdido. Dos días atrás había pensado que ella ya no le amaba, que no le importaba su persona. Pero ahora sabía que eso no era cierto. Su trabajo lo era todo para ella y, aun así, no lo había delatado. Podía haberlo hecho. A fin de cuentas, había matado a un hombre delante de ella. No a cualquier hombre, sino a uno de los poderosos. Podía haberse llevado los méritos por la detención del *enemigo público número uno*. En vez de eso, ella le había devuelto el anillo y había hecho alusión a su primer encuentro. El mensaje no podía ser más claro. Alice había quebrantado la ley por él. Porque aún lo amaba. Y si Alice aún lo amaba...

Se puso en pie con rapidez y corrió hacia su despacho.

—Señor Wilde, le esperan para su reuni...

—¡Cancélala! —le gritó a Misery mientras corría por el pasillo—. ¡Qué *nadie* me moleste!

Esta lo siguió con el ceño fruncido. Luego, sonrió.

Damon entró en su despacho como una exhalación. Encendió su portátil y lo primero que hizo fue acceder a la cámara de Alice. Ella no estaba en el trabajo. O, al menos, no estaba en su despacho. Entonces, miró en su portátil personal. Y ahí estaba Alice, sentada encima de la cama. Le pareció más delgada. Cansada. Y, sin embargo, la criatura más hermosa que había visto en toda su vida.

—Alice —la llamó con un hilo de voz.

Ella lo miró con los ojos entornados antes de volver a sus quehaceres.

—¿Qué? —preguntó de mala gana.

—¿Qué haces? —susurró.

—Pintarme las uñas. ¿Es que no lo ves? ¿Aparte de mentiroso y traidor, también estás ciego?

Damon sonrió.

—Tenemos que hablar.

Alice soltó el pintaúñas y le dedicó una mirada fulminante.

—No tenemos que hacer una puta mierda.

En otra ocasión, Damon se habría consternado por la falta de delicadeza de Alice, pero ahora eso parecía carecer de importancia. Por él podía insultarlo, soltar palabrotas y lanzarle todas las sartenes de su cocina, siempre y cuando volviese a sus brazos después. Así que, si ella quería desahogarse, adelante.

—Recibí el anillo. Fuiste mala al decir eso sobre mis zonas dorsales. Tú y yo sabemos que eso no es cierto.

—Damon, me niego a mantener una conversación sobre tus posaderas.

—Está bien. Me figuro que querrás hablar sobre las tuyas...

Alice tuvo que morderse el labio para no sonreír. ¿Cómo era posible que ese hombre, con todo el dolor que estaba causándole tras haber estado jugando con ella durante meses, usándola y burlándose de su inteligencia, aún consiguiera hacerla sonreír?

—Damon —exhaló con fastidio—, se ha acabado. Todo. Deja de espiarme. No quiero tener nada que ver contigo.

—Déjame al menos explicártelo.

La expresión del rostro de ella se tornó dura.

—Me importan una puta mierda tus explicaciones. Cualquier cosa que salga por tu boca carece de interés para ti. ¡Damon, tú eres genéticamente incapaz de ser sincero! —exclamó, sacudiendo la cabeza—. Y a no ser que estés bajo los efectos de algún potente suero de la verdad creado por Wilde Industries, no pienso escucharte. Y ahora haz el favor de dejarme en paz. Aún me quedan seis uñas por pintar.

Damon permaneció un momento en silencio.

—No me delataste —susurró.

Alice se detuvo y miró por encima de él, a lo lejos.

—Dejé el trabajo —mencionó como si nada.

Él evaluó su rostro atormentado por unos instantes. Se fijó en la arruga que se le había formado en el entrecejo de tanto fruncirlo. Le hubiese gustado besarla y abrazarla. Pero, una vez más, no se le permitía tocarla.

—¿Por qué?

Encogiéndose de hombros, torció los labios en plan indiferente.

—Ya no creo en el sistema. Es corrupto. Podrido. Inútil.

Pese al desdén que se empeñaba en mostrar, sus ojos se habían cargado de lágrimas. Damon la miró con expresión triste. Alice siempre había sido una idealista. Ella pensaba que nada ni nadie estaba por encima del sistema. Para Alice, el sistema lo era todo. ¿Qué había pasado para que ella cambiase de esa forma? ¿Era a causa de lo que él le había hecho? ¿O acaso había sucedido algo más? Como fuese, ella necesitaba recuperar la confianza en las leyes.

—Alice, puede que el sistema no sea perfecto. Yo más que nadie sé que no lo es, pero sin el sistema volveríamos al caos primitivo.

Las palabras de Damon le causaron tal sorpresa que separó los labios, como si se hubiese quedado sin aire. Necesitó unos segundos para recomponerse. ¿Cómo era posible que él usase sus mismas palabras? ¿Por qué siempre tenían que estar pensando en lo mismo? ¿Cómo era posible que fuesen tan perfectos el uno para el otro? ¿Que se completaran el uno al otro como dos perfectas mitades que formaban un magnífico total?

—¿Qué has dicho? —musitó.

—Que sin el sistema...

—Ya te he oído —murmuró como una autómatas.

Se levantó de la cama, desenchufó el portátil y empezó a caminar con él en la mano.

—¿Alice? ¡No! ¡Alice! ¿Qué vas a hacer? Alice, suelta el portátil.

Hablemos, por favor. Solo dame un minuto. ¡Alice! —rugió Damon.

Alice abrió la nevera, metió el portátil dentro y luego cerró de un portazo.

—¡ALICE!

Pero Alice ya no podía oírlo.

Un plan. Eso era lo que Damon necesitaba. Un buen plan para volver a conquistarla. Y, tras una noche en vela, ya había conseguido uno. Era muy básico, pero tenía que funcionar. Le haría caso a Mark. Mark siempre llevaba razón. Sacaría de quicio a Alice hasta que ella accediese a verlo. Y luego..., bueno, luego ya improvisaría sobre la marcha.

Estaba mirando los planos de un nuevo dispositivo que pensaba sacar al mercado en un par de meses, cuando escuchó la voz de Alice llamándolo. Siempre dejaba el portátil encendido, por si ella decidía hablar con él.

—¡Damon! —le gritó por segunda vez y, por su tono de voz, él entendió que debía de estar muy cabreada.

Se acercó a su mesa y tomó asiento en su trono.

—¿Sí, princesa? —dijo con suavidad.

Alice estaba delante del portátil, vestida para estar por casa, y tenía las manos en jarras.

—¡Déjate de princesas! ¿Se puede saber qué coño es esto? —Estaba mostrándole el collar que él había encargado esa misma mañana en Cartier.

—Un collar.

Su serenidad la sacó de quicio todavía más. ¡Ese hombre era verdaderamente irritante! Llevaba razón Kirby cuando, al pasarle el caso de Angelus, había dicho que ese *hacker* era como un grano en el trasero.

—¡Ya sé que es un jodido collar! —bramó—. Lo que quiero saber es ¿por qué me lo has enviado? ¿Acaso piensas que unas...? —Se detuvo, miró las piedras y frunció el ceño—. ¿Esmeraldas pueden solucionar el hecho de que tú seas un mentiroso y un farsante?

Damon se abstuvo de decirle que mentiroso y farsante significaban lo

mismo y que con decir una de las dos palabras bastaba para hacerse entender. Ella no parecía de humor como para andar llevándole la contraria.

—Claro que no. Y por eso te envié un collar de zafiros —afirmó con aplomo.

—Pues puedes coger tus esmeraldas, zafiros o lo que demonios sea esto y metértelos por el...

—Uy, tengo que irme. Tengo una reunión. Luego hablamos, princesa.

Y Damon cerró la pantalla del portátil. Se reclinó sobre su silla, colocó los pies encima de la mesa y sonrió como un felino. «Está bien, no he acertado con el collar». Pero la cosa no había hecho más que empezar. Al menos, ahora lo buscaba ella solita. «Para insultarte, gilipollas», se recordó a sí mismo. ¿Y qué? Insultar era mejor que guardar el portátil en la nevera.

Damon hizo otra llamada. Al cabo de media hora, encendió el portátil. Alice estaba delante de la cámara, cruzada de brazos. Tenía los ojos chispeando ira y el ceño fruncido. Debía de estar esperándolo. ¿Por qué sino iba a parecerse tanto a la princesa guerrera?

—¿Alice?

—¿Ben & Jerry's? ¿En serio? ¿Piensas que una caja de helado va a solucionar lo que las esmeraldas no pudieron?

—Eran zafiros. Además, creo que mi segundo regalo sí te ha gustado.

—Ha ido a parar a la basura a lado de tus estúpidos *zafiros* —enfaticó.

Damon sonrió.

—Mentirosa. Tienes las esquinas de la boca manchadas de chocolate.

Alice se llevó la mano a la boca para limpiarse.

—¡Ja! —Damon soltó una risotada maligna—. Has picado, agente. Te has delatado tú solita.

Alice le hizo una peineta antes de bajar la pantalla del portátil. Él entornó los ojos, exasperado.

—Alice, aunque no pueda verte, sigo aquí.

—Pues ya puedes ir callándote si no quieres acabar en la nevera otra vez.

—Está bien. ¿Pero podemos hablar luego de... lo nuestro?

—¡No!

—Está bien. Me quedaré aquí. Por si cambias de opinión. —Hizo una larga pausa antes de añadir en un susurro—. Te quiero, princesa. Solo..., en fin, solo quería que lo supieras.

Alice no dijo nada, se limitó a suspirar. Damon apoyó la frente en una mano y empezó a masajearse. Estaba convencido de que, tarde o temprano, ella diría algo. Pero no lo hizo.

Capítulo 7

Alice Montgomery no pertenecía a la categoría de personas que mostraban sus sentimientos o sus debilidades. Prefería guardarlos en un cajón de su mente, cerrar con llave y luego tragársela. Ella era una chica dura que se esforzaba por todos los medios en superar su ruptura sin verter ni una sola lágrima. La mayoría de las veces, aquello resultaba demasiado difícil. Al fin y al cabo, había muerto el amor de su vida. ¿Cómo no llorar su pérdida? Para Alice era mucho más fácil aceptar la muerte que la traición. Así que, dentro de su cerebro, Damon Wilde estaba muerto. De hecho, todas las noches encendía una vela y rezaba por su alma (¡que ojalá estuviese abrasándose en los eternos fuegos de Satán!). Alice estaba convencida de que la gente como Damon jamás iría al paraíso. Y esa idea la complacía enormemente y hacía más llevadero su tormento.

Como ahora era una persona desocupada y ya no podía volcarse en su trabajo, decidió que el deporte era un buen modo de enfrentarse a todo ese sufrimiento. Todas las mañanas salía a correr. Casi siempre lo hacía sobre las cinco de la mañana, cuando la ciudad de Nueva York aún estaba adormilada. Nunca le había gustado la agitación de la Gran Manzana. Se colocaba los cascos, calentaba, y luego recorría como mínimo diez kilómetros.

Sin embargo, eso no siempre bastaba para sacarse a Damon Wilde de la cabeza. Y Alice encontró la solución a ese problema en un saco de boxeo, que colgó de las vigas del salón. Le daba patadas y golpes durante horas, imaginándose que el saco era en realidad una persona. Su rutina era la siguiente: el primer golpe por ser un mentiroso, el segundo por ser un traidor, el tercero por haberle partido el corazón. Y luego empezaba de nuevo. Cuando acababa, estaba demasiado cansada como para pensar en Damon. Solía caer rendida sobre las ocho de la tarde. Al día siguiente, se despertaba a las cuatro y media de la mañana y empezaba de nuevo.

Para que la muerte de Damon pareciera verdaderamente real, Alice había tirado su portátil a la basura. ¿Para que necesitaba ella ese engendro? Damon no dejaba de hablarle y a Alice le ponían de los nervios esas sesiones de espiritismo, como las llamaba ella. Sí, Alice Montgomery era una chica dura con un buen plan... que, por desgracia para ella, el magnate de los misiles tenía intención de estropear. Ella le había estropeado a él los planes más de una vez. ¿Acaso había sido su intención enamorarse de ella? No, claro que no. Pero entonces ella lo había mirado con esos ojos color café, y él había quedado hechizado. Luego, cuando él había tomado la decisión de mantenerse alejado de ella, Alice se había presentado en su trabajo para hablarle de los jodidos misiles. Ella siempre le estropeaba los planes. ¿Por qué no iba a hacer él lo mismo ahora?

Era martes y Alice había salido a correr, como todas las mañanas. Llevaba un pantalón de chándal gris, una camiseta blanca, una sudadera gris y el pelo recogido en una coleta. Se detuvo en la esquina de la 72 con Broadway, cruzó a paso tranquilo y luego se colocó los cascos. Estaba escuchando *We Will Rock You*. Esa canción siempre mejoraba su humor. Se puso en marcha. Al principio, corrió a un ritmo normal pero, poco a poco, fue aumentando la velocidad, hasta que su carrera se convirtió en una maratón. Correr era el único modo de dejar de pensar en él.

Cuando llegó al cruce con la 68, el *difunto* Damon se cruzó en su camino. Había colgado sus trajes de alta costura y vestía un pantalón de chándal negro, una camiseta gris oscuro y tenía el pelo alborotado, lo cual lo hacía parecer mucho más joven. Estaba guapísimo con barba de tres días. Y horriblemente sexy. Alice fingió no verlo, dio media vuelta e incrementó la velocidad. Damon, riendo entre dientes, corrió tras ella.

—Buenos días, *madeimoselle* —le dijo al alcanzarla—. Hace una mañana estupenda, ¿no te parece?

Alice, sin contestar, elevó el volumen de la canción para dejar de escuchar a su ex novio muerto. Eso la hizo sentirse como Demi Moore en *Ghost*. Se preguntó distraída si tenía en el iPod esa canción, *Unchained Melody*. Sonrió

ante la idea y aumentó de nuevo la marcha. A Damon le dio igual. Estaba entrenado para cosas más duras que una carrera con *madeimoselle* Marion Jones.

—Sabes, Alice, he estado pensando en estos últimos días y he decidido cambiar de casa. Los áticos ya no me gustan. Creo que he desarrollado miedo a las alturas. Casualmente, hay un piso libre en tu rellano y se me ha ocurrido...

—¡Ni se te ocurra! —gritó ella, girando hacia la izquierda por una avenida.

—Oh, pensé que no me escuchabas. Como tenías la música puesta y todo eso...

Alice le hizo una peineta antes de coger la primera calle a mano derecha. Esperó ver de nuevo a Damon a su lado, pero este no apareció. Contenta de haberlo esquivado tan pronto, aflojó un poco el paso. Ya iba jadeando.

—¿Así que piensas que es mala idea lo de ser vecinos? —Damon salió de pronto de una calle a mano izquierda.

Alice soltó un gritito de sorpresa.

—¡Jesús!

—Nop. Soy yo.

Se detuvo, exasperada, se quitó los cascos y le dedicó una mirada furibunda.

—¿Qué quieres, Damon? —Colocó los brazos en jarras para parecer más intimidante. Y también porque estaba muy cansada.

Él apretó la mandíbula, se le acercó (demasiado, para el gusto de Alice) y la miró a los ojos. Sentía su respiración cruzándose con la suya, cosquilleando en su boca, olía su masculino olor, y todo eso era devastador. Se odió a sí misma por querer besarle en ese momento. Damon era demasiado atractivo. Sus ojos eran demasiado intensos, demasiado oscuros. Cuando él se humedeció los labios, Alice tuvo que entrecerrar los ojos. Habría dado su alma a cambio de que su propia lengua fuera la que se deslizase por esa voluptuosa boca, cuyos besos era incapaz de olvidar.

Damon, al darse cuenta del control que estaba ejerciendo sobre ella en ese instante, decidió aprovecharse de ello. Acortó los pocos centímetros que los separaban, hasta que sus temblorosos cuerpos se rozaron.

—Damon... —Sacudió la cabeza para decirle que no lo hiciera, pero Damon no podía resistirse. Era demasiado bella. La amaba demasiado.

Alice no encontraba las fuerzas para retroceder o para acabar con el hipnótico magnetismo en el que estaban sumidos.

—Chissst... No digas nada, nena —susurró.

Sus ardientes ojos bajaron hasta los labios de Alice, y ella notó algo contrayéndose en su interior. Damon, con la boca casi pegada a la suya, cogió su nuca entre las manos y empezó a masajearla suavemente. Colocó sus labios encima de los de ella, aunque no los movió. Estuvieron así un tiempo incalculable, impregnándose el uno del otro.

—Damon...

—¿Mmmm?

—Suéltame —Su voz era débil y poco convincente.

A Damon le quedó bien claro que ella quería justo lo contrario. Y decidió dárselo. Siempre se lo daría todo a ella. Solo a ella. Así que, en vez de soltarla, le separó los labios con la punta de su lengua y se hundió en su boca. Alice hizo ademán de retroceder, pero él agarró su nuca con más fuerza y la obligó a contestar a su beso. Su lengua parecía ser capaz de llevarla hasta la cumbre de su excitación, y Alice no fue capaz de resistirse a toda esa pasión.

Estaba pegada a su cuerpo, no recordaba muy bien si se había pegado ella solita o si lo había hecho él. El caso era que notaba los músculos de él moviéndose por debajo de la camiseta. Notaba su erección empujando contra su vientre. Damon le soltó la nuca, rodeó su cintura con los brazos y, sin dejar de besarla, la apretó con fuerza.

—Alice —exhaló al separar la boca de la suya.

Ella abrió sus hermosos y lo miró.

—Mírame a los ojos y dime si mi amor por ti es real. —Cogió su mano y la

apretó contra su corazón—. Siente este latido y dime si lo nuestro ha sido una mentira. Dilo, Alice. Dímelo. ¿Qué ves en mis ojos?

Alice se perdió en esos iris tan negros como el azabache. Vio amor, vio tormento y vio una infinita pasión. Pero, por encima de todo eso, vio honestidad. Sacudió la cabeza. ¿Cómo podía ver honestidad? Él era un mentiroso. Había estado jugando con ella durante meses. Había fingido ser alguien que no era. Lo suyo se basaba en mentiras. ¿Cómo iba a poder confiar en él alguna vez?

—Alice...

Ella volvió a mover la cabeza.

—Lo nuestro fue edificado sobre un engaño, Damon.

Él le cogió el rostro entre las manos, obligándola a mirarlo de nuevo los ojos.

—Lo sé. Y lo siento. Si pudiera volver en el tiempo, haría las cosas de otro modo. Pero no puedo. Alice, tienes que perdonarme. Debes encontrar el modo.

Alice frunció el ceño. Se quedó callada y absorta en sus pensamientos durante un tiempo.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó, tras ese largo silencio.

La miró cauteloso.

—¿Espiarle?

—Sí. ¿Cuándo empezó todo?

Damon apretó la mandíbula. Estaba muy tenso. Ella estaba ofreciéndole la oportunidad de explicarse y no quería meter la pata. Decidió que el único modo de manejar esa situación era diciéndole la verdad. Nada de mentiras. Nunca más.

—Cuando estabas dándote el lote con Kirby fue cuando te vi por primera vez. Fue amor a primera vista. Era incapaz de dejar de mirarte. No tenía nada que ver con tu trabajo, ni con el hecho de que yo fuese Angelus. Estaba mirándote como un hombre mira a una mujer, daba igual quien fueras tú y quién fuera yo. No importaba. Luego, tú me interrogaste y yo... —Se detuvo e

hizo un amago de sonrisa—. Alice, yo me enamoré de ti. Mientras te miraba. No sé cómo. No sé por qué. Pero lo hice. Tienes que creerme.

Estuvo mirándolo durante más de un minuto y, al final, asintió con la cabeza.

—Te creo.

Damon cerró los ojos y los mantuvo así durante unos instantes.

—No volví a espiarte hasta el siguiente fin de semana. Intenté dejar de hacerlo, en serio, pero la ansiedad fue demasiado fuerte y no pude resistirme. Te convertiste en una obsesión. Necesitaba saber qué estabas haciendo en cada momento de cada día y, cuando no podía verte, me desquiciaba por completo. Luego tú te presentaste en mi trabajo y te besé. Fue entonces cuando lo supe.

Alice se estremeció ante la miríada de emociones que pudo leer en su rostro. Parecía demacrado. Herido. Vulnerable. No recordaba haberlo visto vulnerable nunca. No de ese modo.

—¿El qué? —se esforzó en preguntar.

—Que necesitaba tenerte. Necesitaba que fueses mía. Siempre. —Desvió los ojos y permaneció lejano, ausente, perdido en el pasado—. El resto de la historia ya la sabes —añadió en un susurro, volviendo los ojos hacia ella—. Te quiero. Eres mi alma gemela. Mi único gran amor. Siempre te querré, Alice.

Ya estaba. Lo había dicho. Ahora le tocaba a ella mover ficha. Alice no se movió. Sencillamente, se quedó contemplándolo en silencio.

—Eso no cambia las cosas, Damon. Lo siento.

Le dio la espalda y se alejó corriendo. Él no hizo nada para detenerla.

Alice entró por la puerta de su casa, soltó las llaves encima de la mesilla del vestíbulo y pegó la espalda a la pared. Su rostro estaba devastado de dolor, y apenas conseguía permanecer en pie. Se deslizó hacia abajo hasta sentarse en el suelo. Y, una vez ahí, rompió a llorar. Lloró como no había llorado en toda su vida. Todas y cada una de las lágrimas que había estado

reprimiendo durante treinta años, se deslizaron ahora por sus mejillas.

Mientras ella seguía llorando silenciosamente, el móvil vibró dentro de su bolsillo. Era Kirby. ¿Y ahora que quería aquel hombre? ¿Por qué no la dejaban todos en paz y se iban al demonio? Ella solo quería llorar en ese momento. Dejó caer el móvil a su lado, enterró el rostro entre las rodillas y se negó a abandonar su agonía. Sin embargo, el móvil no dejaba de sonar. Unos momentos después, ya exasperada por ese irritante sonido, lo agarró y descolgó.

—Agente Montgomery —contestó según la costumbre, mientras se enjuagaba las lágrimas.

—Montgomery, te necesitamos. ¡Ya!

Empezó a frotarse los ojos. Estaba muy cansada mentalmente. Toda esa situación era agotadora.

—Kirby, por si no te has enterrado, me he tomado un tiempo para decidir...

—Alice, han atacado nuestras oficinas. Están todos muertos.

El impacto de esa noticia dejó a Alice sin aliento. Sus manos se crisparon sobre el móvil.

—¿Qué has dicho?

Una tercera voz interfirió, la de un hombre diciéndole algo a Kirby sobre llevarse los restos biológicos para el laboratorio. A Alice la inundó una oleada de náuseas. Con restos biológicos, se refería a sus amigos.

—Te necesitamos, Montgomery —añadió Kirby presuroso; luego, colgó.

La mente de Alice se había colapsado, había tantos pensamientos dándole vueltas por la cabeza, que no podía centrarse en ninguna idea coherente. Se levantó con un gesto brusco, corrió hasta su dormitorio y se cambió de ropa lo más rápido que pudo. Lo hizo de forma maquinal, sin pensarlo demasiado. Obedeciendo más bien a un instinto.

Vestida con unos vaqueros oscuros y una sencilla camiseta negra, cogió las llaves del coche antes de salir por la puerta. Condujo como una loca hasta las oficinas de Manhattan. Su mente, que había empezado a serenarse un poco, se

negaba a aceptar esa realidad. No podía ser. Kirby no podía estar hablando en serio. Nadie sabía que había una oficina de la CIA en Nueva York. Habían destruido una durante los ataques de 11S, pero según el Directorio de Análisis, había sido una mera casualidad. La oficina ubicada en el piso 47 del World Trade Center no era el objetivo del ataque. «Daños colaterales» había dicho Seguridad Nacional. Y Alice se había tragado aquello. Pero ahora ya no sabía en quién confiar, ni en qué creer. ¿Habían atacado de nuevo? No, no podía ser. No podían haber atentado contra el corazón de la CIA. Sencillamente, ¡no podían!

Detuvo el coche en la acera enfrente del que solía ser su lugar de trabajo, y se bajó corriendo. Solo pudo correr durante unos pocos metros. Luego, sus pies se negaron a seguir obedeciendo. Parada en un cuadrado de césped, seco tras la explosión, miró derrotada todo cuanto la rodeaba. Era desolador. El azul del cielo se había convertido en gris opaco a causa de las espirales de humo y ceniza que se elevaban y formaban densas nubes. Humo y ceniza era lo único que quedaba de algo en lo que ella había creído durante tantos años. Humo y ceniza. En cuestión de segundos, el pequeño mundo de Alice se había convertido en un infierno plagado de humo y ceniza.

—¡Oh, Dios mío! —Se tapó la boca con ambas manos ante la devastadora imagen que se extendía delante de ella.

No pudo moverse, tan solo permaneció de pie, envuelta por los copos de ceniza que flotaban despacio a su alrededor. Sus ojos, dilatados y aterrados, recorrieron el terreno donde antes se hallaban las oficinas. La poderosa torre, una joya de la arquitectura moderna, solo era un montón de escombros ahora. Polvo. Solo era polvo. Alice se pasó ambas manos por el pelo. ¡Estaban todos muertos! La conmoción era demasiado fuerte. El dolor, tan aplastante que no le permitía ni respirar.

—¡Alice!

Se giró como una autómatas y vio, a cámara lenta, cómo Damon corría hacia ella. Todo lo demás se había vuelto demasiado borroso dentro de la mente de Alice. En un mundo tan irreal, ese hombre que corría hacia ella se convirtió de

nuevo en la única verdad, en lo único estable cuando todo lo demás estaba tambaleándose; en lo único a lo que podía agarrarse. La rodeó entre sus brazos sin vacilar ni un instante, hecho que ella agradeció. Realmente necesitaba algo a lo que aferrarse, y esos duros y fuertes brazos parecían la mejor opción. En cuanto sus pechos chocaron, Alice se agarró a él como si fuese su salvavidas. Y por fin se permitió a sí misma derrumbarse. No podía más.

—Damon... —sollozó, con todo su cuerpo temblando—. Están todos muertos. Todos mis compañeros, las personas que me importaban, a las que conocí, están muertas.

Damon la sostuvo con firmeza.

—Chissst. Tranquila. Tranquila, Alice —susurró compasivo.

—Están todos muertos. —Se apartó de él y empezó a dar vueltas enloquecida, gesticulando y hablando muy deprisa—. Rodríguez. Iba a tener un niño. Está muerto. Y..., y... Jones. Acababa de comprarse su primer piso. Está muerto. Y..., y... —Se cogió la cabeza entre las manos—. ¡Dios! ¡Burton!, que me traía café todos los jueves. ¡Está muerto! ¡Están todos muertos! —gritó, y su ansiedad fue cada vez más evidente.

Damon se acercó para abrazarla de nuevo. Ella estaba demasiado alterada. Lo necesitaba en ese momento.

—Alice, yo me haré cargo de la situación. Déjame que te lleve a casa.

Alice colocó una palma en su pecho para apartarlo de ella. ¿Qué estaba diciendo? ¿Irse? Irse, ¿adónde?

—¡No! ¡Mis compañeros están muertos! ¿Lo entiendes, Damon? ¡Están todos muertos! No puedo irme a casa. No antes de averiguar quién ha sido.

—¡Alice!

Kirby, con el rostro cubierto de ceniza, corrió hacia ella. En cuanto vio a Damon, se detuvo y sus duros rasgos adquirieron un toque de contrariedad.

—¿Qué coño hace él aquí? ¿No lo habías dejado?

La preocupación de Damon fue sustituida por una furia que lo consumía. Kirby, de algún modo, siempre conseguía ponerlo furibundo.

—Agente Kirby, no es el momento.

No se esforzó en ocultar su irritación. Hizo evidente a través de su gélido tono de voz lo poco adecuado que resultaba el comportamiento posesivo del agente.

—¡Yo decidiré cuándo es el jodido momento! —rugió Kirby—. Ella ya no es tuya, así que lárgate de aquí. Alice, ven conmigo.

Alice no se movió. Damon, en cambio, sí. Caminó hacia su enemigo y, cuando estuvo a unos pocos pasos de distancia, usó toda la fuerza de su cuerpo para darle un puñetazo en la cara. Siempre había querido hacer eso.

—Esto por follarte a la rubia. —Le dio la espalda y se encaminó hacia Alice—. Vámonos, cariño. Te llevo a casa. Aquí ya no podemos hacer nada. Están todos muertos.

Ella lo negó. Ya había dejado de llorar. Llorar no servía de nada. No iba a traerlos de vuelta.

—Damon, no. Tengo que averiguarlo.

Esta vez, su voz sonó serena y uniforme; había recuperado la sangre fría. Su mente solo podía pensar en la venganza. Damon lo entendió. El también había pasado por lo mismo.

—Y por eso nos iremos. Seguro que tu amigo Angelus puede echarnos una mano.

Alice alzó la mirada hacia él y lo miró dubitativa.

—¿Angelus? —musitó.

Damon le dirigió una mirada que lo decía todo. O, tal vez, no decía nada en absoluto. Todo se había vuelto demasiado confuso para Alice como para poder interpretar sus gestos.

—Dijiste que te amaba, ¿no? Pues pídele ayuda. Te la dará. De forma incondicional —añadió con tal suavidad que el corazón de ella empezó a descongelarse. Solo un poco.

Durante un tiempo bastante largo, Alice evaluó esos oscurecidos ojos. Solo ella podía saber lo que había visto en ellos, el caso es que cogió esa mano que

Damon estaba ofreciéndole, y con ella, aceptó su ayuda. Kirby se quedó mirándolos enfurecido, mientras se tapaba la nariz con una mano, para detener la hemorragia.

Damon Wilde y Alice Montgomery improvisaron un despacho en la planta 29 de la torre Wilde. Ella iba todas las mañanas como si de un trabajo se tratase. Damon acudía cada vez que su agenda de ocupado empresario se lo permitía, y le echaba una mano en su investigación. Para compensar su ausencia, puso a su disposición todos los medios para que Alice pudiese trabajar igual que como lo habría hecho desde las oficinas de la CIA. Había potentes ordenadores, empleados especializados en análisis de datos, una secretaria y, lo más importante, una cafetera muy moderna para que Alice dejase de hacer ese horrendo café que se empeñaba en servirle cada vez que él pasaba por ahí.

Estuvieron trabajando codo con codo casi dos meses, agente y *hacker*, la representante de la ley y el delincuente, ambos uniendo sus fuerzas por la misma causa. Por separado era buenos, pero juntos resultaban incendiarios. Sencillamente, se completaban el uno al otro. Uno empezaba una frase para que el otro la acabara. Era asombrosa la química que tenían, tanto a nivel personal, como profesional. Sin embargo, a pesar de las horas que trabajaban juntos, a pesar de las noches que pasaban en ese despacho, Alice y Damon no mantenían una relación sentimental. Él nunca la tocaba, al menos no a propósito. Una sola vez rozaron sus dedos cuando ella le había ofrecido los datos obtenidos por el equipo de análisis, y ambos se habían sobresaltado al notar las chispas que saltaron. Aparte de ese momento, habían procurado mantenerse siempre a distancia el uno del otro.

—Alice.

Eran casi las tres y media de la madrugada cuando la llamó, y solo quedaban ellos dos en el despacho. Alice levantó la cabeza de sus papeles y lo miró. Damon ya no llevaba puesta la chaqueta de su traje, la había tirado en algún momento encima del sofá. Se había deshecho de la corbata, se había

desabrochado los primeros tres botones de su camisa blanca y se había subido las mangas. Tenía el pelo despeinado y los ojos hinchados y rojos de cansancio. Estaba arrebatador. Alice tuvo que tragar en seco ante esa imagen de él sentado a tan solo medio metro de distancia, deprendiendo ese magnetismo sexual y esa masculinidad, ese intimidante control del que Damon Wilde siempre había sido dueño.

—Mira el *e-mail* que te acabo de enviar.

Alice dejó de observarlo ensimismada y se centró en el portátil. Tuvo que leer el informe de Damon tres veces seguidas.

—Oh-Dios-mío.

Damon dejó caer la espalda hacia atrás, colocó las manos por debajo de la nuca y le sonrió con suficiencia.

—Sip.

Alice elevó la mirada para buscar la suya. Él alzó y bajó ambas cejas con rapidez. Parecía muy satisfecho a causa de su descubrimiento.

—Damon, ¿cómo lo has...?

—Persiguiendo al dinero. Alice, cuando trates con terroristas, siempre hay que perseguir el dinero. Y el dinero del secretario de Defensa tiene una curiosa procedencia.

—Siria —susurró ella con aire distraído, desviando de nuevo los ojos hacia el portátil—. ¿Cómo lo has descubierto?

—Fue muy fácil. Rastrear las tarjetas de crédito de su contable me llevó a una sociedad anónima con sede en las Islas Caimán. Ahí, encontré pruebas contundentes de la implicación de Grant en dicha empresa. Seguí la pista del dinero, que pasó por Suiza, Chipre, Rusia, Bulgaria y unos cuantos paraísos fiscales hasta que me llevó a... ¡adivina! ¡Siria! ¡Y bum!

Alice no daba crédito. Ese hombre era un genio de la informática. ¿Por qué no trabajaba aún para la NSA? «*Tal vez porque él prefiere delinquir*», se recordó a sí misma y no pudo retener una sonrisa ante esa idea. Delinquir ya no le parecía tan grave. Si se hacía por un bien mayor, claro. Y que ella

recordara, Angelus siempre había actuado por un bien mayor. Bueno, salvo unas cuantas veces cuando solo lo había hecho para fastidiar a los demás, pero eso era irrelevante en aquel momento. Si se le ignoraban esos pocos deslices, más que un enemigo, Angelus había sido un verdadero aliado.

Estuvo mirando a aquel hombre moreno que estaba rascándose la incipiente barba que cubría su salvaje rostro, e intentó recordar qué era aquello tan grave que había hecho. No fue capaz de encontrar nada. Sí, la había estado espiando. ¿Por qué? Porque la amaba. ¿Acaso eso era *tan* malo? Sí, lo era. Pero, de haber tenido ella la posibilidad, ¿no lo habría hecho también? Seguramente, sí. Y, de acuerdo, la había mentido. Aunque eso tampoco le parecía tan grave en ese momento. Todo lo bueno que había estado haciendo Damon en esos dos meses parecía compensar de algún modo lo malo del pasado.

—Me parece asombroso que hayas descubierto esto —dijo en voz ronca—. Lo que no entiendo es por qué te dio por investigar a Grant. Que yo sepa, nunca fue nuestro sospechoso. Siempre pensamos que era Colan. ¿Qué pruebas tenías en su contra?

Damon torció los labios. En realidad, no tenía nada. Solo era su instinto. Sin que él entendiese por qué, siempre sabía donde había que apuntar, siempre sabía dónde se escondían ellos, siempre sabía a quién había que aplastar. Cómo y por qué, era algo que superaba la comprensión de Damon. Tal vez fuese un sexto sentido.

—Usa colonia de mujer. Claramente, estamos hablando de un terrorista de mucho cuidado —explicó, de lo más serio.

Alice estalló en risas.

—Buenas deducciones, Magnum. Muy buenas deducciones.

Damon también se echó a reír, mirándola. Estuvieron riéndose juntos durante un rato, hasta que, de pronto, se detuvieron y se miraron, algo incómodos. Estaban pasándose demasiado bien el uno con el otro. Como en los viejos tiempos.

—Eh..., creo que debería irme —susurró Damon, algo confundido por la mirada de ella.

—Eh..., sí. Deberías. Deberías irte ahora mismo. Y yo... debería..., esto..., ejem..., ¡irme también! Sí, me iré ahora mismo.

Ambos se pusieron en pie, cogieron sus chaquetas y salieron a la vez por la puerta, bastante apresurados. Cuando llegaron al ascensor, se dieron cuenta de que había que bajar juntos. Y de nuevo se miraron cohibidos.

—Yo voy por las escaleras —se ofreció Damon, para no incomodar a Alice más de lo que ya estaba—. Buenas noches, jefa.

—Buenas noches —Alice se metió en el ascensor. Él se quedó mirándola—. Esto..., buen trabajo..., *Angel*.

Damon curvó los labios en una sonrisilla. Ella sonrió brevemente. Y entonces se cerraron las puertas y ambos pudieron espirar. Llevaban un buen rato conteniendo el aliento.

Damon Wilde llamó a la puerta de su amigo Mark Dewar. Eran las cuatro y cuarto de la mañana. ¡Y sí! Mark había dicho que solo si estaba muriéndose podía llamar a esas horas, pero ese era, en efecto, un asunto de vida o muerte. Estaba justificado molestar a Mark, ¿verdad? Damon decidió que sí porque era lo que más le convenía en ese momento.

—¿Dewar? —susurró, golpeando suavemente con los nudillos—. Si estás echando un polvo, dímelo y vuelvo en quince minutos. A tu edad, no creo que dure más.

Mark, vestido con un pantalón de pijama negro y una camiseta blanca de manga corta, abrió la puerta. Puso mala cara.

—¿Quieres dejar de decir eso en el pasillo?

—He sido más silencioso que un susurro. Seguro que los vecinos no se han enterrado.

—Sí, claro. ¿Qué quieres ahora?

Damonladeó el cuello para mirar el interior de la casa de Mark a espaldas de este. Parecía todo en orden. Además, llevaba pantalones. Pero era mejor asegurarse antes de que Mark volviera a montar en cólera.

—No estabas echando un polvo, ¿verdad? —preguntó con suspicacia.

Mark le dedicó una mueca de exasperación y puso los brazos en jarras.

—¿Contigo suelto? Imposible. Llevo once meses y quince días sin echar un polvo.

Damon abrió la boca a causa del estupor.

—¿Llevas casi un año sin meter tu...? —Se detuvo, ceñudo, porque no podía decir esa palabra. ¡Estaban en el pasillo!— En fin..., ¿en un..., ya sabes?

Mark cruzó sus fuertes brazos a la altura del pecho y resopló.

—Exacto.

Damon estaba indignado. Sobre todo, porque sabía que gran parte de la culpa era suya.

—Pues no hay tiempo que perder. Acicálate. Tenemos que solucionar ese asunto ahora mismo.

—¡No voy a ir a un burdel! —exclamó Mark, escandalizado.

El rostro de Damon adquirió un aire todavía más escandalizado.

—¡En mi vida he pisado un burdel! —se defendió, consternado por esas acusaciones—. ¡Soy el magnate de los misiles! No necesito ir a burdeles.

Eso pareció tranquilizar a Mark.

—Oh. ¿Y dónde me quieres llevar entonces?

—Voy a presentarte a una amiga. Haríais muy buena pareja. Es médica.

Entraron al fin en casa y Mark fue a cambiarse de ropa. Damon lo acompañó por el pasillo, aunque se quedó en el umbral de la puerta de su dormitorio, de espaldas. No le apetecía ver a Mark desnudo. Ya bastante traumático le resultaba tener que verle en calzoncillos cada vez que llamaba a su puerta.

—Así que te acostaste con una médica.

—¡Claro que no! Si me hubiese acostado con ella, no te la presentaría. Sería muy raro que ambos metiésemos nuestros... ya sabes... en el mismo... ejem. ¡Sería gay!

Mark soltó una risita a sus espaldas.

—Sí que lo sería. Un poco.

—Sip. Solo somos amigos. Creo que te gustará Maggie. Tiene tu edad... más o menos. Y también tiene cara de llevar meses sin echar un polvo. Será amor a primera vista. Ya lo verás. Como lo mío con Alice.

Damon se detuvo y suspiró melancólico. Siempre lo hacía cuando esos ojos color café se cruzaban por su mente.

—Ya estoy.

Mark salió, ataviado con una camisa azul de rayas, con las mangas arremangadas, y un vaquero. Damon silbó.

—¡Dewar! ¡Diablillo! ¡Estás arrebatador!

Mark le dio una palmada en el hombro.

—Déjate de gilipollecés y mueve el culo. Tengo ganas de conocer a tu amiga. —Al caer en la cuenta de algo, se paró justo antes de cruzar el umbral —. Oye, pero no pretenderás que nos presentemos en su casa a las cinco de la mañana, ¿verdad?

Damon puso los ojos en blanco.

—Dewar, yo no me presento en la puerta de la gente a las cinco de la mañana. Solo en la tuya porque eres mi amigo. Y no, no vamos a ir a su casa. Está de guardia. Iremos al hospital.

—Oh.

No intercambiaron ninguna otra palabra durante quince minutos. Mientras Damon aparcaba el coche delante del hospital, Mark se giró de cara a él.

—Damon, he estado meditando sobre lo que acabas de decirme y creo seriamente que deberíamos dejar de ser amigos.

Damon le dio una palmada en el hombro.

—Déjate de gilipollecés y mueve el culo —le dijo, imitándole.

Mark se echó a reír, siguiéndolo por el aparcamiento. Estaba a punto de amanecer y hacía bastante frío. Tras cruzar la puerta, anduvieron hasta el mostrador de recepción, donde una mujer rubia de pelo corto parecía estar a punto de dormirse.

—Buenas noches, *madeimoselle*... O buenos días, en fin, como sea. Vengo a ver a la doctora Ward. Soy Damon Wilde. —Sonrió como un niño bueno, por si a ella le daba por poner pegatas a esa visita tan extraña.

La mujer lo miró parpadeando. Damon estaba acostumbrado a esas reacciones. A las mujeres solía llevarles un par de segundos superar el impacto de verlo.

—La doctora está en una operación ahora —anunció.

La sonrisa de Damon se tornó seductora. Ella empezó a parpadear más deprisa.

—Pues si nos da usted dos mascarillas de esas, entramos, le presentó a mi amigo Mark y salimos de inmediato. Solo serán unos segundos.

La mujer dejó de observarlo embobada y frunció el ceño. Damon dedujo que eso era malo. Las mujeres nunca hacían aquello. Se limitaban a seguir parpadeando embelesadas. ¿Qué estaba fallando esta vez?

—Pero ¿qué dice? ¿Está usted loco? No puede entrar en una operación. Si quiere hablar con la doctora Ward, tendrá que esperar a que acabe.

Damon la miró indignado. ¿Esperar? ¿Él? No había esperado en su vida. ¡Era cliente VIP! O paciente VIP, como fuese. Abrió la boca para decir algo, pero al ver el rostro de ella, se detuvo en el último momento. No parecía de humor para andarse con tonterías. Con lo que Damon sonrió de nuevo como un niño bueno.

—Está bien. Esperaremos.

—Cinco horas —apostilló ella, complacida de un modo casi malicioso.

—¿Cinco horas?! —rugió Damon desquiciado—. ¿Para un polvo de quince minutos?!

Mark cogió a Damon por el hombro y lo apartó del mostrador. La mujer parecía completamente escandalizada.

—Está bromeando —explicó, mostrándole una sonrisa encantadora.

Ella resopló, un poco más tranquila.

—Oh, menos mal. Qué susto me había dado.

—En realidad, aunque a Damon le parezca chocante, mis polvos suelen durar entre cuarenta minutos y una hora —especificó, antes de darle la espalda.

La mujer, llena de estupor, abrió la boca mientras los seguía con la mirada. ¡Vaya dos personajes!

Mark y Damon caminaron hasta la sala de espera y se dejaron caer en dos sillas.

—Dewar, más vale que eches el polvo del año. —Se cruzó de brazos, enfurruñado—. Estoy muerto de sueño.

—¿Tomamos un café? —sugirió Mark, señalando la maquina que estaba a unos cuantos pasos de distancia.

—¡¿Café?! ¡¿De maquina?! Ni hablar.

Mark echó la espalda hacia atrás, se apoyó contra el respaldo de la silla y suspiró.

—¿Quieres decirme qué te ha pasado? —preguntó tras unos instantes de completo silencio.

—Alice.

—Ya sé que es Alice —dijo exasperado—. ¡Siempre es Alice! Lo que pregunto es qué has hecho esta vez.

Damon se encogió de hombros.

—Bueno, resolvimos el caso juntos. Y luego yo hice una broma. Y ella se rió. Y yo me reí también.

Mark giró la mirada hacia él. Damon estaba cruzado de brazos, hundido en su asiento. La arruga que se le había formado entre las cejas le daba cierto aire de preocupación.

—¿Y qué tiene eso de extraño? De eso se trataba, ¿no? De reírse.

Damon tragó saliva.

—Es que... hubo un momento cuando dejamos de reírnos y nos miramos a los ojos. Fue algo... —Se calló y sonrió con aire lejano, mirando hacia el vacío—. Mágico. —Volvió a sonreír.

Mark sonrió también al ver la ternura reflejada en los oscuros ojos de su amigo.

—Así que mágico, ¿eh? Y supongo que la besaste.

Damon frunció el ceño.

—No, claro que no. Me levanté y salí corriendo.

Mark lo miró boquiabierto.

—Que tu saliste... ¡¿qué?! Tío, ¿te has vuelto loco? —Damon abrió la boca para decir algo, pero Mark levantó una mano para interrumpirlo—. No hace falta que contestes a eso.

Damon se frotó la cara con las palmas de las manos y luego se las pasó por el pelo, echándoselo hacia atrás.

—Mark, ella parecía incomoda. No pude aprovecharme de la situación.

—¡Estás de coña! ¡Joder, tendrías que haberle echado un polvo encima de la mesa! —estalló, lo cual hizo que una señora, sentada a un par de sillas de distancia, se girara hacia ellos y les lanzara una mirada de reproche—. ¡Limpiar el polvo que había encima de la mesa! —se apresuró a corregirse—. Eso fue lo que quise decir —añadió a modo de explicación, aunque la señora no parecía muy convencida.

Damon se inclinó hacia él. Todo el mundo los estaba mirando y no le apetecía compartir sus secretos con ellos.

—Tío, no pude hacerlo, ¿vale? —le susurró al oído—. Salí corriendo y ella salió corriendo. Solo nos detuvimos delante del ascensor.

—Donde os montasteis juntos y os distéis el lote —afirmó Mark.

—¡No! Me ofrecí a bajar por las escaleras.

—Vale, sí, voy a empezar a medicarte. ¡Estás como una puta cabra! —musitó entre dientes.

—Pero hubo un momento antes de que se cerraran las puertas —prosiguió Damon, como si no lo hubiese escuchado—. Ella me miró a los ojos. Yo estaba ahí, incapaz de moverme. Entonces me dijo buenas noches. Y me llamó Angel. Ella nunca me ha llamado Angel en todo este tiempo —añadió

distraído, antes de desplazar la mirada hacia Mark—. ¿Qué crees que significa eso? ¿Piensas que ha aceptado a mi *alter ego*?

Mark, meditabundo, hizo un gesto con la cabeza.

—Es posible. Pero sigo pensando que tendrías que haberle echado un polvo encima de la mesa.

Damon hizo una mueca de disgusto.

—Disculpen, señores.

Los dos levantaron la cabeza. La rubia de recepción estaba de pie delante de ellos.

—La doctora ya ha salido del quirófano.

Damon frunció el ceño.

—¿Han pasado cinco horas ya? —Soltó un silbido—. ¡Chico, cómo pasa el tiempo!

Los verdes ojos de Mark se entornaron.

—Damon, han pasado quince minutos —dijo en tono de exasperación—. ¿Cómo es que ha salido tan pronto? —le preguntó a la mujer.

—El paciente ha muerto sobre la mesa de operaciones. La doctora está destrozada. Si son ustedes amigos, deberían ir a verla.

Damon se puso en pie con rapidez.

—¡Maravillosas noticias! Mark es psicólogo. Irá a verla.

Arrastró a Mark hasta la puerta de la doctora, donde se detuvieron.

—Escúchame. Irás, las consolarás y luego echarás un polvo con ella. ¿Me has oído? Hala, suerte. —Le dio unas palmaditas en el hombro.

Se dio la vuelta para irse, pero Mark lo agarró de un hombro y lo detuvo.

—¿Adónde coño vas?

—A dormir —contestó como si fuese evidente—. Llevo más de veinte horas despierto.

—¡No puedo entrar ahí! ¡Ni siquiera la conozco! ¿Qué voy a decirle?

Damon entornó los ojos. Lo empujó contra la pared y lo sostuvo así, con una mano en su pecho.

—Dewar, no seas nenaza. ¡Entra ahí y échale un polvo encima de la mesa! ¡Ahora mismo! —Una joven enfermera pasó por su lado y se detuvo, consternada—. Sí, *madeimoselle*, mi amigo va a echarle un polvo a la doctora porque está destrozada. ¿Algún problema con ello?

Ya estaba harto de gilipolleces. Solo quería irse a casa y dormir. Ella se apresuró a marcharse, empujando un carro lleno de medicamentos. Damon dejó de mirarla airado y volvió la mirada hacia Mark.

—¡No la conozco! —gritó Mark con los ojos centellantes de ira.

El ancho pecho de Damon se movió cuando cogió una honda bocanada de aire.

—Está bien —espiró con fastidio—. Yo te la presentaré. Pero después me largo. Maggie estará lloriqueando y a mí me irritan los lloriqueos.

—Bien. Me la presentas y luego te vas. Por cierto, ¿de qué la conoces?

—Una vez me dispararon y Maggie tuvo que extraerme las balas. —Hizo un gesto con la mano para restarle importancia al asunto—. Una larga historia. ¿Preparado?

Mark hizo un gesto afirmativo.

—Preparado.

Damon abrió la puerta con gesto brusco.

—¡Maggs! —exclamó en tono alegre—. ¿Cómo estás?

Ella levantó el rostro de su pañuelo y lo miró a través de los enormes lagrimones que se le escurrían por las mejillas. Damon frunció el ceño.

—Ya veo que mal —dijo, desilusionado—. Y por eso he traído a mi amigo Mark. —Su voz recuperó la alegría, y sonrió mostrando su perfecta y blanca dentadura—. Mark es psicólogo. Sabrá lo que hay que hacer en estas situaciones. Mark siempre sabe lo que hay que hacer. —Empujó a Mark dentro del despacho de Maggie—. Por cierto, está soltero —agregó antes de cerrar la puerta.

Mark se detuvo al lado de la puerta, mordiéndose el labio por dentro. Era el momento más vergonzoso de toda su vida. Maldijo hacia sus adentros a

Damon Wilde por haberlo arrastrado hasta ahí y luego se maldijo a sí mismo por dejarse arrastrar a toda esa locura. Acto seguido, levantó una mano y saludó, incómodo.

—Hola, Maggie. Soy Mark Dewar.

Margaret Ward era una mujer de unos treinta y muchos años, delgada y bastante atractiva. Su pelo era negro y rizado y sus ojos grandes, inteligentes y, en ese momento, enrojecidos de tanto llorar. Miró a Mark parpadeando, preguntándose qué demonios estaba haciendo ahí. Después, se esforzó por esbozar una sonrisilla.

—Hola, Mark. Soy Maggie Ward. ¿Quieres tomar asiento? —Le señaló la silla que había delante de su escritorio.

Y él se sentó.

Mientras tanto, Damon caminaba con renovadas energías hacia la salida. Se detuvo al pasar por delante del mostrador de recepción.

—*Madeimoselle*, que nadie moleste a la doctora Ward. Va a echar un polvo. Buenas noches. —Frunció el ceño al ver por la ventana que había detrás de ella cómo la claridad del amanecer iba apoderándose de la ciudad —. O buenos días, como sea.

Se puso en marcha de nuevo. La mujer lo siguió con la mirada y sacudió la cabeza con reprobación, aunque él ya no giró la cabeza para verla.

Damon durmió durante quince horas seguidas y, de no haber sido por el sonido de su móvil, habría dormido otras quince. Por norma general, no se habría dignado a contestar a una llamada a las ocho de la noche de un jueves. Pero sonaba *Right Here Waiting*, lo que quería decir que la que estaba llamando era Alice. Su Alice. Cogió el móvil deprisa y contestó, casi con ansia.

—Alice.

Se incorporó y empezó a frotarse los ojos para espabilarse. Aún estaba aturdido.

—¿Damon? —gritó ella. Parecía estar en una aglomeración—. Estoy en Washington. ¡No lo vas a creer! ¡Hemos detenido al secretario de Defensa! ¡Menudo escándalo!

Damon soltó una risita.

—Bueno, esa era la idea. Detenerlo, ¿no?

Alice hizo una corta pausa.

—Sí, sí, claro. Esa era la idea —rio, abochornada—. Bueno, el caso está cerrado. Solo me queda hacer el papeleo. Grant ha confesando su implicación en los atentados, lo que ha hecho que todo resultase mucho más fácil. ¿Y adivina qué?

Damon no pudo evitar sonreír ante su entusiasmo. Alice parecía muy alegre.

—¿Qué?

—¡Me han hecho directora de la nueva oficina que vamos a montar en Nueva York! —gritó entusiasmada—. ¿Te lo puedes creer? ¡Directora de la CIA! ¡A los treinta!

Damon se mordió los labios. Sabía lo que eso significaba. Alice pasaría más tiempo en la oficina que sobre terreno. Se enfrentaría a menos peligros. Esa idea le agradó.

—Me alegro, nena —susurró—. Realmente te lo mereces.

Alice se quedó callada unos latidos del corazón. Resopló y se armó de valor para seguir. Era ahora o nunca.

—¿Damon? En realidad, no te llamaba por esto. O sea, no te llamaba solo por esto —se apresuró a añadir—. Es que... verás..., ejem..., bueno, harán una fiesta para celebrarlo y me preguntaba si tú..., no sé..., ¿querrías venir?

Damon se quedó sin aire. ¿La agente Montgomery estaba pidiéndole una cita?

—Eh, bueno, tendré que mirar mi agenda y todo eso... Ya sabes, soy un hombre muy ocupado.

Alice sonrió. Damon también lo hizo. Los dos sabían que él acudiría a la

fiesta, incluso si eso suponía dejar plantado al mismísimo sultán de Brunei.

—De acuerdo. Mírala y, si no tienes nada mejor que hacer el sábado a las diez, pásate por ahí. Supongo que no te costará nada de esfuerzo averiguar dónde se celebra. Tengo que irme. He de dar una rueda de prensa. Buenas noches.

Y colgó. Damon se quedó con el móvil en la mano. Una fiesta. Ella quería ir a una fiesta. Con él. Se puso en pie de un salto. ¡Necesitaría un traje! Miró la hora. Las ocho y cinco. La hora perfecta para llamar a Fioravanti y encargarse un traje. Al fin y al cabo, él era cliente VIP. ¿Qué más daba que la tienda estuviese cerrada al público?

Capítulo 8

El sábado a las doce y cinco de la noche, Damon Wilde estaba en el salón del alcalde de Nueva York. Hugh Rogers poseía una mansión en los Hamptons, y la fiesta se organizó ahí por razones que él desconocía.

Se había demorado aposta. Damon detestaba las cenas de etiqueta. Miró con desprecio la fuente de champán y todos aquellos lujos que lo rodeaban. A Alice no le gustaba lo ostentoso. Organizarle esa fiesta era un disparate, haría que se sintiese incómoda. Él habría optado por algo sencillo, invitando solo a las personas que ella apreciaba. Aparte de él y Kirby, Damon no vio a ningún conocido de Alice. ¡Pues vaya mierda de fiesta!

De mala gana, cogió una copa de champán de la bandeja de un camarero de guante blanco, rechazando el caviar. Estaba llevándose la copa a los labios cuando la vio. Estaba exquisita. Llevaba un vestido largo, negro, cuyos finos tirantes eran de bisutería, y el pelo en un elegante recogido. Se le habían soltado unos cuantos mechones rebeldes, que acariciaban su esculpido rostro. Damon deseó poder acariciarlos y olerlos. Estaba convencido de que olerían a vainilla. Recordaba que el pelo de Alice siempre olía a vainilla.

Ella aún no había reparado en su presencia. Estaba hablando con el alcalde. Parecía triste y cansada. Damon se preguntó si su tristeza tendría algo que ver con su retraso. Deseó con todas sus fuerzas que así fuese. Deseó que ella lo hubiera echado de menos durante la cena. Pero no podía ser tan arrogante como para pensar que sus fantasías eran ciertas. Seguramente, ella estaría cansada. Por eso su hermoso rostro lucía tan apagado. Por eso mostraba esa mirada tan inexpresiva.

—¿Ese no es Wilde? —preguntó el alcalde—. Es tu ex novio, ¿verdad, Alice?

Levantó la mirada y lo buscó ansiosa a través de la aglomeración. Los oscuros ojos de Damon estaban clavados en ella, atravesándola. Fue incapaz

de reprimir el estremecimiento que recorrió todo su interior al cruzarse sus miradas. Damon estaba guapísimo con esmoquin negro y el pelo echado hacia atrás. Llevaba barba de tres días, lo que daba a su atractivo rostro un aire de cierta rebeldía. Sus dedos estaban rodeando una copa de champan, y Alice pensó que sus manos parecían tan fuertes que podrían aplastarla sin tan siquiera pestañear. Se imaginó esos dedos recorriendo partes ocultas de su cuerpo y volvió a estremecerse.

Damon sostuvo sus ojos. No hizo ningún gesto de saludo, ni sonrió. Se limitó a mirarla a los ojos, con una de aquellas miradas tan intensas y tan intimidantes. Tan suyas.

—¿Alice? —insistió el alcalde.

Desvió la mirada hacia él y se esforzó por componer una sonrisa de cortesía.

—¿Eh? Sí, Damon y yo estuvimos prometidos. Por poco tiempo. ¿Me disculpa?

Se dio la vuelta con gesto brusco y se encaminó hacia Damon, quien estaba llevándose la copa a los labios. Bebió un sorbito, sobre todo para calmar su nerviosismo. Los ojos de Alice brillaban. ¿Por qué estaban brillando? ¿Eso era bueno o era malo? Damon estaba desquiciándose. Ojalá estuviera Mark ahí. Seguro que Mark sabría a qué se debía el brillo de sus ojos.

—Damon, estás aquí...

Él, fingiendo absoluta tranquilidad, curvó los labios en una sonrisa lenta.

—Bueno, me has invitado. Por norma general, las cosas funcionan así. Tú me invitas, yo vengo.

Alice era incapaz de dejar de sonreír. ¡Él estaba ahí! ¡Él había venido! Sobre las once y media de la noche, en vista de que no se había presentado ni había llamado, había abandonado la esperanza. Estaba convencida de que él no vendría, pero ahí estaba, estudiándola con sus negros ojos.

—¿Damon? —susurró.

Estaban de pie el uno delante del otro y se miraban a los ojos.

—¿Sí, Alice? —La voz de Damon era cálida y seductora. Igual que su mirada.

—Dime que bailarás conmigo —volvió a susurrar, atrapada por esos ojos que provocaban descargas eléctricas a lo largo de su columna vertebral.

Las esquinas de la boca de Damon se alzaron y Alice se preguntó si él era consciente del efecto que causaba en ella.

—Bailaré contigo, Alice.

Ella le tendió la mano y él la cogió. Con esa mano, también cogió la segunda oportunidad que Alice estaba brindándole. Solo que él aún no lo sabía.

La guió hacia una zona apartada y ahí la abrazó. Por supuesto, todo el mundo se detuvo para mirarlos. Se suponía que se habían separado y, sin embargo, bailaban pegados, mirándose con un amor muy concentrado. Las parejas que bailaban a su alrededor hablaban en susurros, pero ni Alice, ni Damon tenían ojos para los demás. Solo podían mirarse el uno al otro. Estaban prácticamente devorándose con los ojos. Para ellos dos, todas las demás personas se habían desvanecido. No había nadie más en esa estancia. Solo estaban ellos y *I Don't Want to Miss a Thing*, de Aerosmith.

*Yo podría mantenerme despierto solamente para oír tu respiración,
mirar tu sonrisa mientras duermes,
mientras te alejas y sueñas.*

*Yo podría pasar mi vida en esta dulce rendición,
yo podría quedarme perdido en este momento siempre.*

Cada momento que paso contigo es un momento que atesoro.

Se deslizaron por el salón con sus pies apenas tocando la madera del suelo. Los dos se sentían como si estuvieran flotando.

—¿Sabes que yo también me quedaba dormido mirándote? —le susurró Damon al oído.

—¿En serio? —preguntó, y una pequeña sonrisa empezó a insinuarse en las esquinas de su boca.

Él hizo un gesto afirmativo.

—Ajá. Solía llevarme el portátil en la cama, colocarlo en la almohada e imaginar que estabas ahí, durmiendo a mi lado.

Los ojos de Alice se llenaron de lágrimas, pero Damon no las vio porque ella enterró el rostro en su cuello y no levantó la cabeza, ni habló hasta que se hubo tranquilizado.

—No quiero hablar de eso, Damon —susurró al cabo de unos segundos de silencio.

Damon actuó como si no la hubiese escuchado. Parecía ausente, perdido en esos momentos del pasado.

—Solo quería que supieras que en esos momentos me hubiese gustado abrazarte y bailar contigo, como lo estoy haciendo ahora. Pero no podía. Tú no estabas ahí.

Alice le rozó la mandíbula con las puntas de los dedos para traerlo de vuelta a su presente. Él, moviendo la cabeza despacio, se esforzó por componer una sonrisilla.

—Damon..., yo... —Se calló. No sabía qué podía decir.

Damon le levantó la barbilla y la sostuvo así, bajando la mirada hacia sus labios. Alice, nerviosa, se los humedeció.

—¿Y quieres saber qué más me hubiese gustado hacer mientras te miraba?

—¿Qué? —preguntó ella en un susurró.

Damon no contestó de inmediato. Movié su poderoso y cálido cuerpo al ritmo de la canción mientras sus dedos se deslizaban por el rostro de ella. Exploró la recta línea de su nariz, sus prominentes pómulos y su mentón. Tocó todo su rostro hasta que sus dedos se detuvieron sobre sus labios.

—Besarte.

Sin ser consciente de lo que estaba haciendo, inclinó la cabeza y cubrió sus labios con los suyos. Alice, con los ojos cerrados, mantuvo el rostro alzado. No hizo ademán de apartarlo o de retroceder. Damon esbozó una sonrisilla antes de abrirle la boca con la suya. El modo en el que la penetró con su

lengua le arrancó un gemido a Alice. La estaba besando como si nunca fuera a saciarse de ella. Se pegó todavía más a él, deslizando las manos por su ancha espalda, cuyos músculos estaban tensos a causa de la excitación.

El beso de Damon fue lento e insistente, muy profundo. Cuando se detuvo, respiraba entre jadeos y sus ojos la miraban más oscurecidos que nunca. Había vuelto a perder el control. Se suponía que iba a dejar que ella moviera ficha y, en vez de eso, se había abalanzado sobre su boca y la había saqueado otra vez. Se maldijo a sí mismo por echarlo todo a perder. Ahora ella debía de estar pensando que se había aprovechado de la situación, que la había ayudado en su investigación con el único propósito de meterla en su cama.

Se quedó mirándola abatido.

—Yo... —sacudió la cabeza y retrocedió—. Lo siento, Alice. No tendría que haberte besado.

Se giró y caminó en dirección a la salida con paso apresurado. Alice permaneció inmóvil, siguiéndolo con la mirada. Cuando él hubo desaparecido de su campo visual, se llevó las puntas de los dedos a los labios y sonrió.

Damon Wilde se montó en su Porche, furioso consigo mismo. Y furioso a causa de la dolorosa erección que amenazaba con reventar la bragueta de sus pantalones de doce mil dólares.

—¡Me cago en la puta! —estalló, golpeando el volante de ambas manos—. Joder, ¿se puede ser tan idiota?

Giró la llave dentro del contacto y salió de ahí con un chirrido de ruedas. Necesitaba una maldita copa.

Cuando llegó a casa, estaba más caliente que el mismísimo infierno. Se había esforzado en pensar en cualquier otra cosa que no fuera Alice, pero el sabor de sus labios se había colado dentro de sus pensamientos y lo había atormentado sin piedad alguna. Recordó el gemido que había escapado de la garganta de ella cuando él le había metido la lengua dentro, y ese simple sonido se la puso todavía más dura. También recordó el calor y el delicioso

olor de su cuerpo y la manera en la que ella se había estremecido entre sus brazos. Recordó las chispas que flotaron a su alrededor mientras bailaban. ¡*Whisky!* Necesitaría el condenado *whisky* para poder apartar a Alice de sus pensamientos.

Destapó una botella de su mejor *whisky*. La ocasión lo requería. Tal vez borracho como una cuba dejara de fantasear con cerrar las palmas sobre sus pequeños y perfectos pechos y arrastrar la lengua por su abdomen. Ante esa imagen, su miembro empujó de nuevo contra la tela de sus pantalones. Maldijo entre dientes, se quitó la pajarita y se bebió de un solo trago el vaso entero. Se echó otro, antes de desplazarse hacia el enorme ventanal que abría ante sus ojos toda la ciudad de Nueva York. Fuera estaba lloviznando. Casi mejor. Daba la sensación de que incluso el cielo estaba triste por él.

Las vistas eran increíbles desde esa altura. Damon nunca se había parado a contemplar la ciudad. No de ese modo. Sabía que estaba ahí, solemne e inamovible, pero nunca le había interesado el asunto. Hasta esa noche. Esa noche estuvo observando las centellantes luces, la aglomeración de las calles, el tráfico, estuvo observando el mundo que había bajo sus pies, como nunca antes lo había hecho. Y en todo lo que lo rodeaba le pareció verla a ella. En las gotas que se deslizaban por las ventanas, en las ramas casi sin hojas de los árboles que bordeaban su calle, en las luces del Empire State... ¿Cómo iba a poder seguir sin ella? Intentó recordar cómo había sido su vida antes de conocerla, pero su rostro apareció dentro de su mente y no pudo ver nada más. Entonces se dio cuenta de que no había vivido antes de conocerla y que no iba a hacerlo después de haberla perdido. En el fondo, era muy triste sumar treinta y seis años y solo haber vivido durante dos meses.

El ático permanecía en la oscuridad, Damon no había encendido ni una sola lámpara, ni tenía intención de hacerlo. Había elegido la oscuridad para que lo acompañara esa noche. ¿Acaso no había habitado en ella durante toda su vida? ¿Por qué demonios había pensado que ahora tenía derecho a unos cuantos halos de luz?

El timbre lo distrajo de sus pensamientos. Dejó la copa encima de un

pesado aparador, se encaminó hacia la puerta y la abrió. Se quedó completamente sin aliento al ver a Alice ahí parada. Era real y estaba mirándolo a los ojos.

—Alice —susurró con la confusión pintada en el rostro—. ¿Qué haces tú aquí?

Alice, callada, empezó a desabrocharse los botones de su abrigo negro de lana. Ese noviembre era el más frío de los últimos cien años.

—¿Alice? —repitió desconcertado.

Ella sonrió mientras se bajaba el abrigo por los hombros y lo dejaba caer al suelo. Damon abrió los ojos de par en par. Quiso decir algo, pero las palabras no brotaron, así que tragó en seco y se limitó a mirarla turbado. Debajo del abrigo solo llevaba un conjunto de encaje negro y el collar de zafiros que él le había enviado, y que ella, supuestamente, había tirado a la basura.

—Era demasiado bonito como para tirarlo —musitó a modo de explicación—. Y las esmeraldas me sientan bien, ¿verdad? —preguntó, parpadeando con coquetería.

El anhelo encendió las pupilas de Damon y las oscureció al instante.

—Son zafiros —la corrigió ausente. Estaba demasiado afectado como para decir cualquier otra cosa.

La sonrisa de Alice se tornó picarona.

—¿Qué más da? Ahora dime, *enemigo público número uno*, ¿vas a invitarme a pasar? Por si no te has dado cuenta aún, estoy medio desnuda en el rellano, delante de tu puerta.

Damon, incapaz de recomponerse, se echó hacia un lado para que ella pudiera entrar. Alice se adentró contoneando las caderas de un modo muy provocativo. Y eso acabó con el buen comportamiento de Damon. Había estado comportándose como un caballero durante demasiado tiempo. Pues eso iba a cesar esa misma noche.

—Alice.

Ella se tornó de cara a él. Él se tomó un instante, le gustaba dar dramatismo a los momentos intensos, y luego levantó la mirada hacia ella con deliberada lentitud. Tal y como él había intuido, Alice se estremeció ante todo ese ardiente deseo que brillaba en sus pupilas.

—No tendrías que haber venido esta noche.

Alice reflexionó durante un momento.

—¿Por qué no?

La obsequió con una sonrisa que habría hecho desmayarse a cualquier mujer, incluida la Dama de Hierro.

—Porque no volveré a dejarte salir de este ático nunca más.

Los oscuros ojos de Alice y la expresión que había en ellos hipnotizaron a Damon. Claramente, aquel era un brillo de pasión. Y fue lo único que él necesitó para lanzarse sobre ella.

Agarró su rostro con ambas manos y la empujó contra la pared más cercana, donde la arrinconó con su poderoso pecho. El pulso de Alice se aceleró, empezando a latirle ruidosamente en los oídos. Estaban tan cerca el uno del otro... Sus labios estaban pegados, pero no se besaban. Alice sentía que iba a enloquecer si él no la poseía en ese mismo instante.

—Damon, vas a...

—Oh, sí, voy a follarte hasta dejarte exhausta —corroboró él, con una sonrisa bastante maliciosa curvándole la boca.

Y entonces la besó. No fue para nada cuidadoso, ni caballeroso. Hundió la lengua en su boca y empezó a moverla en círculos sobre la suya, cada vez con más brusquedad, cada vez con más pasión y más necesidad. Ella temblaba y él estaba a punto de estallar solo con ese beso, pero, aun así, siguió besándola. La impaciencia no iba a colarse entre ellos esa noche.

Mientras su lengua exploraba las profundidades de su boca, su mano se introdujo entre sus piernas. Sus dedos apartaron la fina tela que se interponía en su camino y empezaron a acariciarla.

—Estás preparada para mí —ronroneó al introducir un dedo en su interior.

Lo retiró, se lo llevó a la boca y lo chupó, sin que sus ojos se apartaran de los suyos. Alice, con la respiración acelerada, hundió los dedos en ese oscuro y lacio cabello y tiró de él con suavidad para acercar sus labios a los suyos.

—Damon, no te detengas nunca.

—La canción nunca acaba, Alice —susurró contra su boca, y ella pudo sentir su ardiente respiración incendiándole los labios—. Mi amor por ti, tampoco.

Esta vez fue Alice la que tomó la iniciativa. Deslizándolo la lengua a través de sus labios, le desabrochó los botones de la camisa con impaciencia. Él se quedó quieto mientras ella lo desnudaba. Solo se movió cuando las mangas le llegaron a las muñecas. Se deshizo de la camisa y la dejó caer al suelo. Los dedos de Alice bajaron hasta el botón de su oscuro pantalón. Sonrió al ver cómo se le tensaban los músculos del abdomen bajo las caricias de sus dedos. Se centró en el botón, lo desabrochó, y Damon se quitó los pantalones deprisa. Ahora los dos estaban casi desnudos, ella con la espalda pegada a la pared, y él apoyado contra su cuerpo. Las curvas de Alice encajaban a la perfección entre sus brazos.

Damon arrastró los dedos por el plano vientre de ella, y Alice notó cómo las llamas se apoderaban de la piel que él iba tocando. Se estremeció en lo más profundo de su interior cuando aquellas deliciosas descargas tan familiares empezaron a recorrer su espalda. Nunca había sentido nada parecido. Nunca había tenido esa pasión, ni con Kirby, ni con nadie. Y Alice Montgomery supo esa noche que nunca la tendría, salvo con Damon. Solo Damon podía hacerla temblar con una simple mirada, o un solo beso. Siempre sería Damon.

—Eres tan... exquisita —le susurró.

Su boca se apartó de la suya para arrastrarse por su cuello. Alice se tensó de puro deleite al sentir la humedad de su lengua trazando una lenta línea en dirección a la pálida piel de su escote. Las manos de Damon se trasladaron a su espalda y le desabrocharon el cierre del sujetador. Su ansiosa boca rodeó los pezones erectos y sus labios tiraron con suavidad de ellos. Alice soltó una

exclamación ahogada cuando él le clavó los dientes.

—Damon... —exhaló—. Por favor.

Notó sus labios curvándose contra la piel de su pecho. Estaba disfrutando con todo lo que estaba haciéndole. El muy hijo de Mefistófeles (el demonio, por supuesto) la torturaba sin la más mínima piedad, encantado de ver cómo ella se removía bajo su cuerpo y cómo le demandaba más.

—Por favor, ¿qué?

—Te quiero dentro de mí —le susurró, introduciendo una mano en sus calzoncillos y agarrándole el miembro.

Damon cerró los ojos y se dejó acariciar por ella mientras se besaban. Luego, la cogió por las caderas y la subió a la barra del salón, acomodándose entre sus rodillas. Le quitó las bragas antes de deshacerse de sus calzoncillos, y colocó la punta de su miembro erecto justo en su entrada. Inclinado sobre ella, tomó sus labios. Su boca le hacía hervir la sangre dentro de las venas y, cuando ella empezó a frotarse contra su erección, Damon pensó que iba a estallar de deseo. Se moría por entrar en ella y poseerla. Aun así, se detuvo.

—Alice. Abre los ojos y mírame.

Alice obedeció y lo miró a través de sus largas pestañas, con sus preciosos ojos oscuros. Él retrocedió dos pasos.

—¿Estás segura de esto?

Hizo un gesto afirmativo.

—Angel, ¡hazlo!

Chocaron el uno contra el otro, con sus labios fundiéndose en un arrasador beso. Y entonces, Damon balanceó las caderas para empujarse en su interior.

—¡Jesús! —gruñó cuando ella se encogió a su alrededor y le clavó las uñas en los tensos bíceps.

—Mejor: Alice —se burló ella.

Damon curvó los labios en una sonrisa picarona.

—Así que estamos con las bromitas, ¿eh, *madeimoselle*? Pues bien. Ya veremos si sigues riéndote cuando haya acabado contigo.

Y volvió a penetrarla, entrando y saliendo repetidas veces. No podía dejar de hacerlo. No podía separar la boca de la suya. Estaba absorbiéndola, fundiendo su alma con la suya a través de un beso. Alice gimió contra su boca y balanceó las caderas, siguiéndole el ritmo. Damon bajó las manos hasta su trasero, se agarró a él con fuerza y empezó a moverla con frenesí contra el miembro que la llenaba por completo.

—¡Damon! —gritó ella cuando notó cómo un brutal orgasmo iba apoderándose de su vientre.

—Lo sé, amor —murmuró su boca sobre la suya—. Lo sé.

Balanceó de nuevo las caderas y, cuando se clavó en un punto concreto de su interior, Alice estalló a su alrededor entre gritos que su boca se ocupó de acallar. No había mayor placer para Damon Wilde que saber que todas aquellas sensaciones se las había provocado él, que había sido él quien la había hecho correrse tan violentamente y gritar como una posesa. Esa idea era tan excitante que Damon no pudo contenerse más y eyaculó en su interior.

—Te quiero más que a nada —le susurró, abrazándola con mucha fuerza.

—Yo también te quiero, listillo. Pero ahora estoy muerta de sueño.

Sonriendo con ternura, la levantó en brazos, la llevó a su dormitorio y ahí la acurrucó en la cama, a su lado. Alice solo tardó unos segundos en dormirse. Llevaba días sin hacerlo. Damon no se sentía capaz de dormir. Era demasiado feliz como para hacerlo. Estuvo hasta el amanecer haciendo aquello que más le gustaba: mirar a su princesa. Era increíble poder abrazarla y besarla cada vez que le apetecía. Ahora sí se le permitía tocarla. Ella ya no era esa diosa inalcanzable que él solía mirar a través de una pantalla. Ahora estaba en su cama y nunca se iría de ahí. Jamás. Porque el amor de Damon Wilde, al igual que la canción, nunca iba a acabar.

Epílogo

El agente especial David Bradley Kirby estaba enfurruñado. Alice se había ido de luna de miel con ese empresario gay, y a él le tocaba hacerse cargo de aquel gato con nombre de demonio. Joder, ¿cómo se llamaba la molesta criatura? ¿Aristóteles? Kirby sacudió la cabeza enérgicamente. No, Aristóteles no, que ese era filósofo. Por mucho que intentó recordarlo, le resultó imposible.

—¡Tú! Lucifer, o cómo demonios te llames, ¡baja de ahí ahora mismo!

Mefistófeles, quien estaba subido encima de su portátil, lo miró con sus amarillos ojos cargados de arrogancia. No parecía para nada alterado ante el duro tono de voz de Kirby. Y para dejar claro lo poco impresionado que estaba, le enseñó la parte dorsal de su anatomía gatuna y empezó a afilarse las uñas encima de las teclas. Kirby, enfurecido por tal atrevimiento, le lanzó una zapatilla, lo que hizo que el gato saliese corriendo para refugiarse en su dormitorio. Unos instantes después, Kirby fue a ver qué estaba tramando. Un gato con nombre de demonio no era muy de fiar.

Cuando entró en su dormitorio, Mefistófeles estaba subido en su cama, muy entretenido en tapar algo con la sábana. Kirby aún no había hecho la cama, ni pensaba hacerla. Estaba demasiado triste por la boda de Alice. Si no se hubiera tirado a su amiga en un momento de confusión espiritual, ahora sería él su marido. Sería él quien la besaría y la abrazaría. ¡Pero no! Se había trincado a la rubia («¿Cómo cojones se llamaba? ¿Regina, Roberta, Rose? ¿Y a quién coño le importa?») y ahora era un solterón que tenía que cuidar del gato de su ex (posiblemente, la única mujer que valía la pena) durante un mes entero.

Kirby, suspirando, miró al demonio gris a los ojos.

—Sabes, Lucifer, creo que yo, en el fondo, nunca dejé de querer a tu madre.

A Mefistófeles no le interesaban en absoluto los conflictos interiores de Kirby. Él era un gato, no un psicólogo. Se bajó de la cama, se fue al sofá del

salón y ahí se afiló las uñas encima de ese reluciente cuero blanco. Kirby decidió que no iba a regañarle más. «Al fin y al cabo, todo el mundo tiene problemas para adaptarse en una nueva casa». Cogió al gato en brazos, lo acurrucó a su lado en el sofá y miraron juntos *Titanic* hasta las tantas de la noche.

—Lucifer, no le digas a Alice que he llorado al final.

El gato lo miró indiferente, y Kirby notó que había un vínculo especial entre ellos dos. ¡Habían visto juntos morir a Leonardo DiCaprio! Eso une mucho. Mientras se lavaba los dientes para irse a la cama, el agente Kirby, conmovido por la presencia gatuna en su piso de soltero, estuvo pensando seriamente en comprar un gato. Descartó por completo aquella estúpida idea cuando descubrió lo que había estado tapando la diabólica criatura unas horas antes.

—¡LUCIFER! —rugió como un poseso, al tumbarse en el regalito que el gato había depositado encima de su cama.

En la otra punta de Manhattan, Mark Dewar estaba nerviosísimo. Faltaban diez minutos para su cita con la doctora Margaret Ward. Esa iba a ser su noche y nada (¡ni nadie!) podía estropeársela. A pesar de que Mark no era una persona creyente, dio las gracias al Todopoderoso de que su amigo Damon Wilde se hallara en Tahití.

No, esa noche Damon no iba a interponerse en sus planes. Imposible. Estaba a miles de kilómetros de distancia. Ese pensamiento lo hizo sonreír y canturrear una canción country de lo más alegre. Todo era perfecto. Había preparado la cena para Maggie, había comprado vino y había encendido las velas. Nada iba a fallar. No con Damon Wilde tan lejos de él. Entonces, el móvil de Mark vibró dentro del bolsillo de su elegante traje negro.

—¡Hay que joderse! —gruñó al ver el nombre de Damon en la pantalla. Descolgó de muy mala gana.

—¡Dewar, amigo mío! —gritó Damon para sobreponerse al fuerte ruido del

viento—. ¿Ya has echado un polvo con Maggie?

Mark apretó los dientes.

—No es asunto tuyo.

—No, no lo han hecho aún —le susurró Damon a Alice, quien estaba sujetando el timón de su yate—. Está bien. Te llamaré en media hora. A tu edad, no creo que dures más.

Si lo hubiese tenido delante, Mark le habría dado un puñetazo por decir eso.

—¡Déjame en paz! ¿Tú no estabas de luna de miel?

Damon le dio un sorbo a su zumo de naranja y le guiñó un ojo a su hermosa esposa, quien miraba con admiración su torso desnudo y bronceado, y estaba haciendo un gesto muy poco cristiano con la lengua. Tragó en seco y se esforzó en centrarse en su conversación con Mark.

—Y estoy de luna de miel, pero eso no me impide preocuparme por mis amigos.

—Damon, seriamente pienso que tú y yo deberíamos dejar de ser amigos —dijo Mark en tono serio—. ¡Así que deja de preocuparte! ¡Buenas noches!

No solo colgó, sino que encima apagó el móvil y lo guardó dentro del horno. Con amigos como Damon Wilde, uno nunca podía disfrutar de total privacidad.

Maggie llamó al timbre de su puerta. Ella también estaba nerviosa. Mark le gustaba demasiado y no quería estropear lo suyo pasándose la noche hablando de su trabajo, como lo había estado haciendo en todas las citas que había tenido desde la facultad. Mark, que se apresuró a abrir, se quedó sin aliento al verla tan guapa, toda vestida de negro, delante de su puerta. Ella se perdió en esos estanques verdes durante unos instantes y en ese momento tuvo claro que no iban a pasarse la noche hablando sobre su trabajo. Mark era tan atractivo que Maggie ni siquiera recordaba su nombre, mucho menos iba a recordar cosas del trabajo. Cuando al fin consiguió superar el impacto de verlo, se lanzó a sus brazos y lo besó desesperadamente.

Sujetándola por las caderas, Mark empezó a retroceder por el pasillo, de camino al dormitorio. La depositó con suavidad encima de la cama, la desnudó y cubrió su cuerpo a besos. Cuando al fin pudo hundirse en su interior, Mark Dewar experimentó por primera vez en su vida lo que se siente al ser completamente feliz.

A miles de kilómetros de distancia, Damon Wilde estaba mirando la pantalla de su móvil con el ceño fruncido.

—Dewar ha apagado el móvil. ¿Crees que debería llamar a Maggie?

Alice dejó el yate en manos del capitán White y se encaminó hacia su atractivo y neurótico marido. Le arrancó el móvil de las manos y lo lanzó a las azules aguas del Pacífico. Damon frunció el ceño todavía más. Eso solía intimidar a la gente. ¿Por qué no parecía Alice intimidada en absoluto?

—Deja en paz a Mark y preocúpate por tu propia vida sexual.

Damon arrastró sus lujuriosos ojos por sus curvas y sonrió como un felino. Ella solo llevaba un minúsculo bikini blanco que contrastaba con su perfecto bronceado. Conociéndose a sí mismo, Damon sabía que en menos de diez minutos ese mismo bikini acabaría al lado de su móvil, en las serenas aguas del Pacífico.

—Oh, créeme, nena, yo me preocupo bastante por mi vida sexual.

Dicho eso en un tono bastante amenazador, la cogió en brazos y empezó a bajar las escaleras hacia su camarote, que era algo parecido a la suite de un hotel de lujo. Desde su más temprana edad, Damon había sido un ser bastante excéntrico.

Lanzó a Alice a la cama, mirándola a los ojos mientras se desabrochaba el botón del pantalón corto color blanco que llevaba.

—Damon...

—¿Mmmm?

—Tengo que confesarte algo.

Damon se detuvo y la miró con suspicacia. No le gustaban las confesiones en general. Lo inquietaban. Las confesiones no se podían controlar. Y

cualquier cosa fuera de su control, resultaba desquiciante. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrenatural por dominar su inquietud y aparentar tranquilidad.

—¿Qué pasa? —susurró.

Alice le dedicó una sonrisa ladeada.

—Llegué a tener sentimientos por los dos. A la vez.

¡¿Los dos?! ¡¿Qué quería decir con los dos?! ¿A quién se refería? ¡¡¿¿A Kirby?!! ¡Lo mataría con sus propias manos! ¡¡Un Tigre-ER!! ¡Necesitaba un maldito Tigre-ER! ¡Y respirar! «¡Vale, vale, tranquilízate! ¡Respira! ¡No, no quiero respirar! ¡Quiero un jodido Tigre-ER!»

—Damon, ¿has oído lo que te he dicho?

Cogió una honda bocanada de aire y luego la soltó, esforzándose por controlar su vena de tirano. Con Alice nunca la dejaba salir a luz. Ella era una princesa fina y delicada. No podía rugir como una bestia delante de ella y hablar sobre mandarle a su ex novio un misil de largo alcance.

—No sé si te sigo, Alice.

Su voz sonó tan tranquila y serena que, de haberle escuchado, Woody Allen lo habría fichado para su próxima película.

—Me refiero a ti y a Angel.

Soltó aire y rio, aliviado, mostrándole su perfecta dentadura.

—Oh. ¿En serio?

Se quitó los calzoncillos y permaneció delante de ella, completamente desnudo. Alice trataba por todos los medios de alimentar sus pulmones con un poco de aire. Respirar. Era la cosa más normal del mundo. Pero toda aquella virilidad, la masculinidad personificada que estaba de pie delante de ella, dificultaba tanto su tarea, que inhalar aire se había convertido en todo un reto. Notaba esos oscuros ojos atrayéndola como un imán. Y ella no pudo apartar la mirada.

—En tal caso, lo mejor sería que Angel y tú intiméis esta tarde —propuso con voz profunda y ronca.

Alice tenía las cejas un poco arqueadas, mostrando un divertido interés.

—Pensaba que tú no compartías ni el ascensor, como para andar compartiendo esposa.

La mirada de Damon no se apartó de la suya ni un solo instante mientras caminaba hacia ella despacio. Se inclinó sobre su cuerpo, le clavó los dientes en el labio inferior y tiró de él con suavidad.

—Angel es el único hombre a quien le permito que toque a mi esposa. ¿Y quieres saber por qué?

Era enloquecedor tenerlo tan cerca de ella y no besarlo. Intentó hacerlo, pero Damon agarró su cabeza con ambas manos y la detuvo. Era un momento serio. Él no se andaba con tonterías en los momentos serios.

—¿Por qué? —susurró Alice impaciente.

Ella tampoco se andaba con tonterías. Quería a su marido dentro de ella y lo quería en ese preciso instante.

—Porque gracias a él pude conocerte. Gracias a él, me enamoré de ti. Sé que es una locura, Alice, pero me enamoré de ti mientras te miraba.

—Y yo, Angelus, me enamoré de ti mientras me mirabas —susurró ella.

Y entonces el *hacker* más buscado por la CIA besó a la nueva directora de la oficina de Nueva York, que, además, era su esposa. Había que ser un poco retorcido para acabar casándose precisamente con ella.

Si te ha gustado

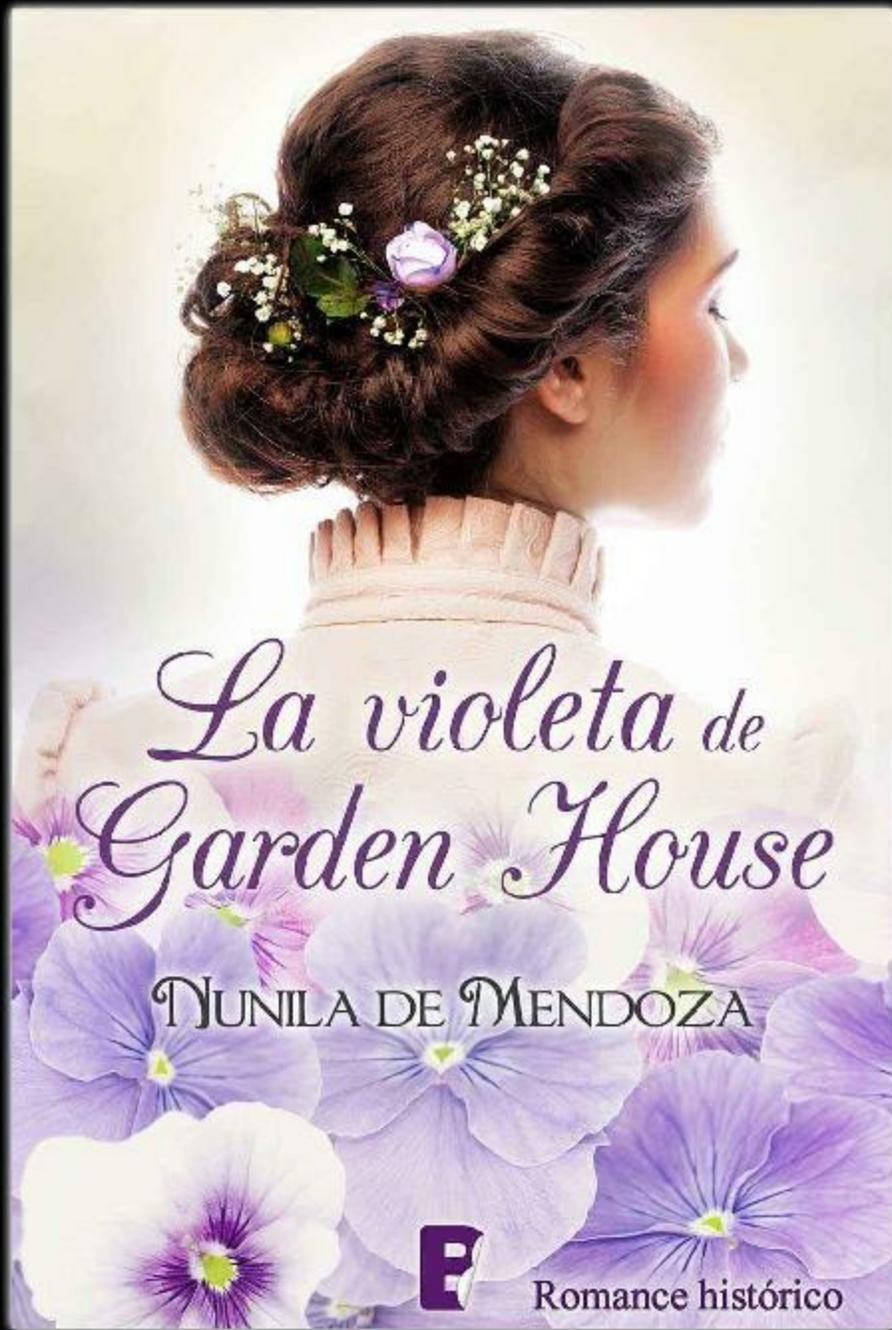
Mientras te miraba

te recomendamos comenzar a leer

La violeta de Garden House

Nunila de Mendoza

Selección RNR



Londres, 1884

La visión era muy graciosa: un bollito en satén amarillo espiaba entre los rosales, mientras comía ávidamente un pastelito, haciendo girar su enorme vestido, balanceándolo al ritmo de la música. Y creyendo, erróneamente, no ser vista por nadie, se atrevía a girar en el patio con los ojos cerrados. Ian Townsend la miraba sonriente desde el ventanal de un salón situado en la planta alta, donde esperaba su cita clandestina con *lady* Gertrudis. «Será una tímida debutante», pensó él. «Pequeñas tontuelas».

—Perdón por la demora, amor.

—Solo diez minutos —dijo Ian con una sensual y perezosa sonrisa—, estás mejorando.

La hermosa mujer se lanzó a sus brazos, él suspiró un tanto aburrido, mientras besaba los labios ardientes de *lady* Gertrudis, pensó: «Descarada, otra debutante tonta».

—¡Aquí estás!

—Perdón, tía Gloria. —Violet tragó saliva y escondió el resto del pastelito a sus espaldas—. Perdón.

—Niña, ¿así piensas conseguir marido? —preguntó de mal talante la tía, con los brazos en jarra—. ¿Escondida entre los rosales?, ¿comiendo desafortunadamente? ¡Oh, Dios! ¿Qué voy a hacer contigo Violet?

Esa era una pregunta que todo aquel que conocía a Violet —o mejor dicho, Lady Violet de Hamilton— se hacía. Mientras *miss* Gloria —su chaperona, su tía y su único familiar cercano, limpiaba el rostro de la chica acomodando sus cabellos, repetía la misma pregunta, una y otra vez. Ese era el estigma de la muchacha: desde que nació nadie ha sabido qué hacer con ella, ahora que era una mujer de casi veintiún años, parecía condenada a no encajar en ningún lugar. Era, en fin, una contradicción ambulante: noble de cuna pero pobre, divertida pero tímida, inteligente pero infinitamente torpe, muy culta pero en temas impropios de una mujer educada; sabía hablar en griego, pero no tocar el piano; sabía matemáticas y horticultura, pero no de hacer mamparas ni monederos. Tenía los ojos de color violeta, los más hermosos que alguien

podiera imaginar, pero era casi ciega si no se ponía anteojos.

—¿Qué voy a hacer contigo? —la enconaba *miss* Gloria— ¡Concéntrate, muchacha! Este *Weekend*, en el castillo del duque de Ithron, es de las pocas invitaciones que he conseguido para ti. ¡Es aquí donde debes encontrar marido, sí o sí! Pon de tu parte, ni siquiera has tratado de comenzar una conversación decente con algún muchacho.

—No se acercan a hablarme —respondió Violet—; cuando lo hacen, yo lo estropeo. A lord John Becher lo bañé con ponche de uva cuando quise alcanzarle su sombrero; al honorable Arthur Gibss casi le vuelo un ojo porque abrí mi sombrilla muy cerca de él (ojalá no le quede cicatriz); por último, a lord Michael Separad le pregunté por su madre sin saber que, hacía dos semanas, había huido con su amante: el pobre Michael se atragantó del susto. Todos los solteros que me ven ahora huyen descaradamente al otro extremo de la habitación.

—¡Tu abuelo! —dijo *miss* Gloria, mientras la miraba sorprendida durante unos segundos. Luego, lanzó una exclamación a la par que alzaba sus brazos al cielo—. ¡Tu abuelo! Es culpa de él: te llenó la cabeza de tonterías, nunca se dignó enseñarte a socializar con la gente.

—¡Mi abuelo! —Violet dio un melancólico suspiro, mientras lo recordaba bajito, delgado, haciendo muecas divertidas con el bastón: todo para hacerla reír.

—Sí, tu abuelo. No creas, yo también lo quería mucho, pero ¡qué daño te hizo, muchacha, al aislarte del mundo! Ahora, ¿cómo te hacemos encajar en él? Estás empezando tres años más tarde tu debut en la sociedad, ya todos saben de los problemas financieros de Garden House... —La tía hizo una pausa, cerró los ojos, suspiró dándose palmadas en sus muslos y recobró inmediatamente su correcto temple—. ¡Basta!, concentrémonos. Necesitamos un hombre con dinero...

—Joven —agregó Violet.

—Joven —asintió *miss* Gloria.

—Los viejitos me recuerdan a mi abuelo, me da cosas —dijo Violet

haciendo un gesto de escalofrío.

—Joven, con dinero, que esté ansioso de tener que darles un apellido noble a sus hijos, y que desee casarse pronto.

—¿Tía, si respondemos a esos correos de los americanos que piden esposas? Nos comprometemos, nos casamos antes de que me conozcan, luego no podrán desistirse.

—No digas tonteras, muchacha. Le juré a tu abuelo, de rodillas ante su tumba, que te casarías, y bien casada. Aunque la vida se me vaya en ello, lo haré. Y sobre todo, no dejaré que tu tío Truman ponga un dedo en Garden House.

—Solo quedan diez semanas para cumplir los veintiún años.

—Lo haremos, ya verás, lo haremos. —*Miss* Gloria comenzó a repasar en su mente los posibles candidatos para planear la estrategia para el mejor abordaje. Mientras, Violet jugaba balanceando el bolso de mano en su muñeca.

—Tía Gloria —la interrumpió en sus profundas elucubraciones—, ¿no sería maravilloso que mi esposo también me quisiera?

—¡Oh, Violet! —dijo la mujer—, ¿qué voy a hacer contigo?

Ian se acomodaba la ropa mientras escuchaba las desbordadas palabras de amor de la bella Gertrudis:

—Haré que mi padre autorice el compromiso, ya verás, amor. ¡Oh, Ian! Seremos tan felices, viajaremos por todo el mundo. Me gusta tanto viajar: me llevarás en tu barco, recorreremos América, iremos a China, me comprarás turquesas y esmeraldas en la India....

Ian sonreía cínicamente mientras la mujer hablaba y hablaba de sus planes futuros como esposos. «Lo que hace el dinero», rumiaba en su fuero interno. Hace unos años no hubiese atravesado la puerta de la mansión de estos nobles, ni como mozo de caballerizas. Ahora la hija de un conde le pedía matrimonio. Ella iría a rogarle a su padre que le diera su consentimiento para casarse con él. «¡Qué graciosa!» Cuando ese padre, que estaba endeudado hasta por lo que no tenía, ya se la habría arrojado a sus brazos, prácticamente. «¡Cierto eres un bastardo sin orígenes! —Lo abordó borracho en el club de caballeros al cual

ambos asistían—. Pero dicen que tienes más dinero que el mismo rey George. Entonces, tu dinero acicalará mis deslices financieros, para que mi apellido noble higienice tu lóbrego pasado».

Ian Townsend, después de un frío y concienzudo análisis, había decidido que ya era tiempo de casarse, además, que lo haría con una mujer de nobles orígenes. A sus 32 años, había comprendido que, en este mundo —sobre todo, en Inglaterra—, no bastaba contener dinero, del cual disponía y mucho. Tenía que tener un apellido noble, también. Sus hijos tendrían un pasado decente, él podría introducirse a los lugares que necesitaba, para hacer lo que tenía que hacer. Sí, un matrimonio por conveniencia con Gertrudis no estaba mal: la mujer era hermosa, lo suficientemente tonta para no estorbarlo en la vida y así podría cumplir sus metas trazadas. De repente se le vino a la mente la imagen del bollo amarillo que estaba dando vueltas en el jardín, entonces logró borrar esa sonrisa cínica por una verdadera.